

En el otro lado del corazón

Volumen I

Hermanos Montenegro
(Spin-off de *Donde vuelan las Mariposas*)

Andrea Adrich

**EN EL OTRO LADO DEL
CORAZÓN**

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Allí donde habla el corazón,
es de mala educación que la razón lo contradiga.
(Milan Kundera)

CAPÍTULO 1

Alexia se ocultaba detrás del árbol para que no la vieran. Ladeó la cabeza y se asomó ligeramente mientras el viento agitaba los mechones de pelo que le caían a ambos lados del rostro. A unos metros de donde se encontraba, un nutrido grupo de personas, vestidas elegantemente de negro y con ojos llorosos en algunos casos y expresiones indolentes en otros, escuchaba las palabras del sacerdote. Todos estaban allí, en el cementerio de La Almudena, para dar el último adiós a Francisco Malasaña, el patriarca de una de las familias más importantes y con más renombre de Madrid.

El cielo rezumaba tormenta y las nubes, negras y amenazantes, teñían la escena de tristeza y melancolía.

—Francisco... —susurró Alexia en un lamento.

—Alexia, tenemos que irnos —la apremió su hermana, situada un par de pasos por detrás de ella—. Si nos pillan aquí, vamos a tener que dar explicaciones —añadió con miedo en la voz. Los Malasaña le producían escalofríos.

Alexia giró el rostro y la miró por encima del hombro. Sus ojos azul oscuro estaban vidriosos.

—Tienes razón —afirmó—. Pero es que no puedo, Jimena. Ha muerto... Francisco ha muerto —sollozó con el rostro congestionado—. Vete tú, si quieres —le sugirió a su hermana—. Yo me voy a quedar hasta que termine el entierro.

Jimena suspiró y se armó de paciencia. Sabía el afecto que Alexia le tenía a Francisco Malasaña y, su repentina muerte, provocada por un infarto fulminante, la había dejado desolada.

—No te voy a dejar sola —concedió finalmente Jimena, bajando los hombros en actitud resignada.

No, por nada del mundo iba a dejar sola a Alexia frente a la jauría que

formaban los Malasaña. Los miembros de esa familia eran como perros de presa, que no sueltan a su víctima hasta que no terminan con ella; dispuestos a caer sobre cualquiera que consideraran un intruso, y Alexia lo era.

Alexia se arrebuja en la chaqueta de punto negra que llevaba puesta. Aunque era septiembre y el verano todavía se hacía notar en Madrid, aquella tarde la tormenta había adelantado el otoño con una brisa fría y desapacible.

Un trueno rugió encima de sus cabezas. Alexia y Jimena miraron hacia el cielo, sobresaltadas.

—Va a terminar lloviendo —apuntó Jimena.

Apenas acabó de decir la frase, cuando unas gotas grandes y fuertes comenzaron a caer sobre ellas.

—¡Mierda! —masculló Alexia.

Chasqueó la lengua.

¿Por qué en todos los entierros llueve? ¿Por qué en todos los entierros el cielo siempre está gris y plomizo?, se preguntó en silencio.

Bajó la cabeza y volvió a prestar atención a la escena que se desarrollaba delante de sus ojos. Los Malasaña abrían los paraguas negros mientras el sacerdote lanzaba agua bendita sobre el féretro de Francisco, al tiempo que cuatro obreros lo hacían descender con unas sogas hasta el fondo de la enorme tumba, perteneciente a la familia desde hacía décadas.

Unos minutos después, cada uno de los miembros de los Malasaña se marchaba en sus respectivos coches, huyendo de la tromba de agua que estaba cayendo.

Cuando el mausoleo de Francisco quedó vacío, Alexia salió de detrás del árbol y se dirigió a él con determinación. Su hermana Jimena le seguía un paso por detrás. Alexia se agachó, cogió una rosa roja de una de las coronas y entre lágrimas la colocó en medio de la tumba mientras la lluvia golpeaba la tierra sin parar.

—Adiós —musitó con la garganta cerrada.

Jimena miraba hacia todos lados, temerosa de que en cualquier momento un Malasaña apareciera y les preguntara qué es lo que hacían allí y por qué Alexia lloraba la pérdida de Francisco.

—Alexia, vámonos —instó a su hermana.

Le cogió el brazo y tiró de ella. Quería irse del cementerio cuanto antes. Además, el agua les había empapado por completo. La ropa les chorreaba y tenían el pelo pegado a la cara.

Alexia al fin cedió y se dejó arrastrar por Jimena.

—Aquí está ya todo visto —dijo Jimena, mientras la alejaba de la tumba de Francisco Malasaña.

—¡Dios mío, mirad cómo venís! —exclamó Valeria, su madre, al verlas aparecer por la puerta de casa.

—Es que nos ha pillado el aguacero en plena calle y está lloviendo a cántaros —explicó Alexia, que intercambió una mirada muda con Jimena. No quería que su madre se enterara de que había estado en el entierro de Francisco Malasaña, sino la regañaría. Pero no resultaba tarea fácil engañar a Valeria.

—Has estado en el entierro de Francisco, ¿verdad? —le preguntó Valeria, aunque era más bien una afirmación. La expresión de su rostro era de pocos amigos.

Alexia alzó los ojos y tragó saliva.

—Tenía que ir —confesó finalmente.

—Alexia, ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que esa familia es peligrosa?

—Mamá, tenía que ir a darle un último adiós —se defendió Alexia.

Jimena pasaba la vista de una a otra con los labios apretados.

—¡¿Qué último adiós ni que niño muerto?! —masculló Valeria enfadada—. Francisco Malasaña no se merece un último adiós ni nada.

—¡Mamá, por favor! ¡Se ha muerto! —dijo Alexia—. ¡Se ha muerto! Era mi obligación.

—¿Tú obligación? —repitió Valeria—. Tú no tenías obligación de nada.

—Ir a su entierro es lo mínimo que podía hacer —se justificó Alexia.

Valeria suspiró sonoramente, clavando los ojos en su hija. Alexia era testaruda

y cabezota como su padre, de eso no había duda.

—Daros una ducha o acabaréis cogiendo una pulmonía —aseveró simplemente, cortando el tema de raíz.

Valeria se dio media vuelta sin decir nada más y se fue a la cocina.

—Alexia, mamá nunca va transigir en este asunto —le dijo Jimena. Se adelantó unos metros y pasó justo al lado de Alexia—. Ya sabes que nunca dio el visto bueno al trato que tenías con Francisco Malasaña.

Alexia respiró hondo mientras veía a su hermana alejarse por el estrecho pasillo de casa.

¿Por qué nadie me entiende, joder? ¿Por qué nadie entiende la relación que tenía con él?

Bajó los hombros y soltó el aire que había retenido en los pulmones. Después de unos segundos, echó a andar en dirección al cuarto de baño.

Se miró en el espejo con semblante abatido. El flequillo y los mechones de su larga melena pelirroja se pegan a su cara, dándole un aspecto lastimoso.

—Parece que me acaba de lamer una vaca —se dijo.

—No eres la única —intervino Jimena detrás de ella, mientras se secaba el pelo con una toalla.

Alexia se giro hacia su hermana.

—Gracias por acompañarme —le agradeció.

Jimena sonrió.

—Sabes que iría contigo al fin del mundo. Aunque mamá no esté de acuerdo —dijo—. Para eso soy tu hermana mayor. —añadió con una ligera sonrisa. —Vio el rostro triste y los ojos rojos de Alexia—. Lo siento mucho —la consoló—. Sé que a pesar de todo le querías mucho.

Extendió los brazos y estrechó a Alexia contra ella.

—Gracias —respondió Alexia, conteniendo las lágrimas como buenamente podía.

Le dolía en lo más profundo del alma la muerte de Francisco Malasaña. Era algo que no podía evitar y le costaba horrores ocultar la espantosa sensación de pérdida que la embargaba.

CAPÍTULO 2

Leonardo y Andrés, los dos hijos de Francisco Malasaña, su hija, Graciela, y su afligida viuda, Leonor, junto a la esposa de Andrés, Laura, esperaban impacientes, con una visible expectación asomando a los ojos, alrededor de la vieja mesa de madera tallada que presidía el despacho con cierto aire de museo de Francisco Malasaña.

El hombre que permanecía sentado al otro lado del enorme escritorio, un tipo de mediana edad, extremadamente delgado, con ojos pequeños y rostro consumido, era Pablo Valcárcel, notario y fedatario y la persona encargada de abrir el testamento de Francisco Malasaña y de hacer que sus últimas voluntades se cumpliesen a rajatabla.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Comencemos —dijo, cogiendo entre las manos el sobre color crema que descansaba sobre la superficie de la mesa.

Rompió el lacre que lo sellaba y extrajo su contenido. De su interior surgieron dos sobres más, uno grande, en el que se encontraba el testamento, y otro más pequeño. Leyó en silencio las instrucciones dadas por Francisco y abrió el sobre pequeño en primer lugar.

Transcurridos unos segundos, levantó la vista y la paseó por cada uno de los miembros que integraban la familia Malasaña.

—¿Ocurre algo? —se adelantó a preguntar Graciela, que casi se mordía las uñas de impaciencia.

—Me temo que tengo que aplazar la apertura del testamento de su difunto padre —respondió Pablo Valcárcel en tono profesional.

Graciela frunció el ceño, perpleja. Su frente se llenó de arrugas.

¿Qué está diciendo este idiota?

—¿Por qué? —quiso saber, presa de un incipiente mal humor.

—Se requiere la presencia de... —El fedatario miró de nuevo el papel que sostenía entre las manos para asegurarse de no equivocarse en el nombre—... Alexia Durán —dijo al fin.

—¿Alexia Durán? —repitió Graciela, que parecía llevar la voz cantante.

Leonardo y Andrés intercambiaron entre ellos una mirada confusa. Leonor clavó los ojos color café en Pablo Valcárcel con el corazón latiendo de manera acelerada. ¿Quién era Alexia Durán?, se preguntaron todos.

—¿Quién demonios es esa? —saltó Graciela con desdén, sin poder contenerse.

—Graciela —la amonestó ligeramente su madre, que conocía el carácter arisco y a veces intratable de su hija.

—En estos momentos me es imposible contestarle a esa pregunta —dijo Pablo Valcárcel en tono templado, encogiéndose de hombros—. Pero sea quien sea, tiene que estar presente en la apertura del testamento. Así lo ha dejado indicado su padre en sus últimas voluntades.

Graciela bufó exasperada al tiempo que el desconcierto llenaba las expresiones de los presentes en el despacho.

¿Quién coño es esa tal Alexia Durán y por qué papá ha dejado escrito que esté cuando tenga lugar la lectura del testamento?

Pablo Valcárcel se apresuró a introducir de nuevo la documentación en el sobre y lo guardó todo en su maletín negro. Echó la silla hacia atrás y se levantó. Ya no tenía nada más que hacer allí.

—Cuando consiga dar con el paradero de Alexia Durán, me pondré en contacto con ustedes para llevar a cabo la apertura del testamento de su difunto padre —anunció formal.

Sin pronunciar más palabras, cogió el maletín, rodeó la mesa y salió del despacho de Francisco Malasaña, dejando tras de sí una maraña de confusión.

Graciela giró el rostro hacia su madre.

—¡Mamá!, ¿quién es Alexia Durán?! —explotó cuando se quedaron solos.

—Cálmate —le pidió Leonardo, tratando de apaciguarla de alguna forma.

—¿Es su amante? —continuó preguntando Graciela, ignorando a su hermano.
Se levantó de la silla.

—No lo sé. No sé quién es —respondió Leonor, estrujándose los dedos de las manos con nerviosismo, aunque en su fuero interno tenía varias hipótesis.

—¿Cómo es posible que no lo sepas, mamá? —la apremió Graciela, fulminándola con la mirada mientras abría los brazos de par en par—. ¿Cómo es posible que ninguno sepamos quién es? —continuó, dirigiendo la mirada a Leonardo y a Andrés.

Durante unos instantes, un silencio extraño y pesado se instaló en el despacho.

—Creo que lo mejor será que busquemos un abogado —intervino Andrés, ante la mirada de su esposa Laura, que permanecía a su lado callada, sin entender muy bien qué estaba pasando.

Graciela lanzó al aire un sonoro suspiro.

—Sí —asintió—, creo que va a ser lo mejor —afirmó sin disimular sus malas pulgas.

—Y que sea bueno —terció Leonardo—. Algo me dice que nos va a hacer falta.

—Raúl Montenegro —dijo Andrés—. Él es el mejor abogado de Madrid y uno de los mejores del país.

Graciela se pasó la mano por la barbilla, haciendo memoria.

—¿Raúl Montenegro? ¿Es hermano de Jorge Montenegro, el arquitecto? —curioseó.

—Sí —le confirmó Andrés.

—Pensé que todos los Montenegro eran arquitectos —comentó Graciela.

—Jorge y Adrián, que creo que es cómo se llama el benjamín de la familia, lo son —terció Leonardo, el rebelde de los Malasaña—. Pero Raúl es abogado.

—Qué interesante... —apuntó Graciela con voz ausente.

La idea de contratar los servicios de uno de los Montenegro se le antojó de

pronto sumamente atractiva. Por todos era sabido que los Montenegro eran una de las familias más importantes y célebres de la capital. Aparte de que sus hijos integraban la lista de los solteros de oro del país año tras año. Excepto Jorge. Según había leído en las crónicas de sociedad, se había casado recientemente con una tal Sofía, una chica humilde y sin apellido que había conseguido robarle el corazón.

¿Qué verán en esas pobretonas sin clase ni posición?, se preguntó Graciela con suficiencia, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza para sí misma.

—Yo me encargaré de ir a hablar con Raúl Montenegro —dijo, emergiendo de sus cavilaciones—. Pediré una cita con él esta misma semana. No podemos demorarnos. No creo que el fedatario tarde mucho tiempo en dar con la tal Alexia Durán —añadió desdeñosamente.

CAPÍTULO 3

—¿Cuándo te marchas a Nueva York? —le preguntó Raúl a Adrián.

—En un par de días —respondió él—. La semana que viene comienzan las obras del edificio *O'Neal Enterprise Consulting* en la Quinta Avenida y los dueños quieren que esté allí unos días antes para consultarme algunas cosas del diseño.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en la Gran Manzana? —intervino Jorge Montenegro, que estaba sentado con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos en una de las sillas del otro lado de la mesa.

—En principio tres meses —le contestó Adrián.

Raúl se echó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa de cristal de su despacho.

—Es un verdadero triunfo que finalmente confiaran el proyecto en ti —apuntó, ciertamente orgulloso de su hermano pequeño.

—Ya lo creo —corroboró Adrián.

—Más teniendo en cuenta la cantidad de arquitectos que presentaron proyectos —añadió Jorge.

—Y que los norteamericanos son poco dados a confiar sus empresas a extranjeros. Que no se nos olvide que son muy patrióticos —agregó Raúl.

—¡Pero los Montenegro lo conseguimos! —exclamó Adrián, levantando los puños en señal de triunfo.

Estaba pletórico desde que le comunicaron algunos meses atrás que el proyecto arquitectónico para hacer el edificio *O'Neal Enterprise Consulting* correría de su cuenta. Había trabajado en él más de un año y ahora por fin se iba a llevar a cabo. Se encontraba a solo unos días de comenzar las obras de la ambiciosa

construcción.

En esos momentos golpearon la puerta, interrumpiendo la conversación.

—Adelante —dijo Raúl, alzando los ojos.

La puerta se abrió y entró Esther, la secretaria personal de Raúl. Una chica de ojos rasgados verdes y pelo rubio oscuro que llevaba liso a la altura de los hombros.

—Señor Montenegro, su cita de las doce y media, Graciela Malasaña, acaba de llegar —anunció.

Al oír el apellido, Jorge frunció ligeramente el ceño. Raúl consultó el reloj.

—Hágala pasar, Esther —indicó.

—Sí, señor Montenegro.

—Gracias —agradeció Raúl.

Esther se giró sobre sus talones y salió del despacho.

—¿Graciela Malasaña? —preguntó Jorge cuando la secretaria no les podía oír. Estaba sorprendido de que los Malasaña estuvieran buscando un abogado.

—Sí —confirmó Raúl.

—¿Y qué les ocurre a los Malasaña? —curioseó Adrián.

Raúl se encogió de hombros.

—Su padre, Francisco Malasaña, ha muerto hace unos días, ¿no? —apuntó Jorge—. La noticia salió en todos los periódicos.

—Eso tengo entendido —habló Raúl—. No sé que querrá Graciela Malasaña, pero creo que lo voy a saber dentro de unos minutos —apostilló.

Jorge miró a Adrián.

—Creo que es hora de irnos —sugirió, al tiempo que se levantaba de la silla y se abrochaba el botón de la chaqueta del traje.

Adrián imitó su gesto y también se incorporó del asiento.

—Te dejamos con... Graciela Malasaña —dijo, con un toque de mordacidad en la voz.

Raúl negó para sí, sonriendo. Adrián nunca cambiaría. Siempre que había una

mujer en medio, fuera quién fuera, usaba ese tono mordaz.

¿Querrá que me eche novia de una vez?, se preguntó Raúl. Si es así, Adrián lo lleva claro. No tengo ninguna intención de emparejarme. Lo más importante para mí en estos momentos es mi carrera como abogado. Solo me debo a mi profesión y así va a seguir siendo.

—Nos vemos luego —se despidió Jorge—. Te dejamos trabajar.

—Hasta luego, hermanito —le dijo Adrián.

—Hasta luego, chicos —dijo Raúl.

Jorge y Adrián se encaminaron hacia la puerta y se perdieron tras ella, dejando a Raúl solo en el despacho.

—Señor Montenegro, la señorita Malasaña —anunció la secretaria un minuto después.

—Gracias.

Esther dio paso a Graciela, que entró en la estancia con un insufrible aire de suficiencia. Raúl entornó los ojos ante la mujer alta, teñida de rubio, de treinta años aproximadamente, que caminaba hacia su mesa con un movimiento de caderas como si fuera una modelo de pasarela.

Se levantó del sillón de cuero y se estiró la chaqueta del traje negro que llevaba puesto. Alargó el brazo por encima de la mesa.

—Buenos días, señorita Malasaña —la saludó.

—Buenos días, señor Montenegro —correspondió Graciela, estrechándole la mano cordialmente, mientras le dedicaba una larga mirada con la intención de escanearle de arriba abajo.

No está nada mal, afirmó Graciela en silencio con expresión lobuna. Nada, nada mal...

Raúl Montenegro era un hombre alto, masculino, moreno de pelo y piel, con los ojos oscuros y enmarcados en un tupido abanico de pestañas. Graciela se preguntó con malicia si todos los atributos de Raúl Montenegro serían tan magníficos como los que estaban a la vista.

—Tome asiento, por favor —le pidió Raúl, señalando una de las sillas.

—Tutéeme, si es tan amable —apuntó Graciela en tono cálido e incluso

seductor.

—Igualmente —asintió Raúl.

Esperó que Graciela se sentara y después lo hizo él.

—¿A qué debo tu visita,...

—Graciela —se adelantó a decir ella.

—¿A qué debo tu visita, Graciela? —repitió Raúl con una modulación formal en la voz.

—Deseo contratar tus servicios como abogado —respondió ella. Raúl inclinó la cabeza y dejó que Graciela continuara hablando—. Hace unos días murió mi padre, Francisco Malasaña. El fedatario fue a abrir el testamento, pero finalmente no pudo.

Raúl frunció el ceño con gravedad.

—¿Por qué? —preguntó.

—Mi padre dejó dicho que tenía que estar presente una tal Alexia Durán. — Graciela alzó la barbilla con orgullo—. No sabemos quién es —apuntó con un desdén que no pudo disimular—. Pero está claro que va a darnos problemas — afirmó tajante. Clavó sus ojos marrones en Raúl—. Sé que eres uno de los mejores abogados de Madrid, que hasta la fecha no has perdido ningún caso, y por ello quiero que te ocupes de quién quiera que sea esa tal Alexia Durán y de las... trabas que pueda causarnos.

Raúl echó a volar sus pensamientos. Había trabajado en otros casos similares. Seguro que Alexia Durán era la amante de Francisco Malasaña.

—No te preocupes —la tranquilizó Raúl con profesionalidad—. He tenido casos de las mismas características y no dan mayor problema. Déjalo en mis manos —añadió, aceptando el encargo de Graciela Malasaña.

—Gracias —dijo Graciela—. Te agradecería que te pusieras a ello cuanto antes —le pidió, aunque más bien era una exigencia, como casi todo lo que salía siempre de la boca de Graciela, que se creía que el mundo entero tenía que estar a sus pies.

Con Raúl Montenegro se estaba midiendo y templando las palabras, básicamente porque le convenía.

Me interesas. Me interesas mucho, y no solo como abogado..., se dijo para

sus adentros con lascivia.

Por eso tenía que mostrarle su mejor cara, aunque tuviera que fingirla.

—Si quieres, paso a comentarte mis honorarios —dijo Raúl.

Graciela lo miró con altanería al tiempo que hacía un gesto con la mano, restándole importancia al asunto.

—Sobra decir que no habrá ningún problema respecto a eso —subrayó—. Sean los que sean, —dijo, y Graciela estaba convencida de que sería muy elevados, teniendo en cuenta la fama y la profesionalidad que se gastaba Raúl Montenegro—. Te pagaremos lo que pidas.

—Está bien —dijo Raúl, dando el tema por zanjado—. Como quieras.

—Solo deseo que ganes —dijo Graciela en tono sugestivo.

Se pasó la lengua por los labios, humedeciéndoselos.

—No dudes ni por un momento de que ganaré —sentenció Raúl, sin ningún titubeo en la voz.

CAPÍTULO 4

Alexia hizo una borrajeta y tiró el lápiz sobre el diseño de moda que estaba dibujando en el papel: un maniquí con un vestido largo. Bufó exasperada. Llevaba toda la mañana intentando crear algo mínimamente decente, pero le era imposible concentrarse en nada que no fuera Francisco Malasaña.

Su muerte había sido tan fulminante que ni siquiera le había dado tiempo de despedirse de él. Tampoco había podido. La única vez que había reunido suficiente valor para ir a verlo al hospital Gregorio Marañón, apenas se había atrevido a asomarse al pasillo donde estaba su habitación. Los miembros de la familia Malasaña al completo parecían vigilar la puerta como si fueran *can cerberos*, las cuatro horas que duró vivo tras el fuerte ataque cardiaco.

Alexia sacudió la cabeza enérgicamente. Le dolía en lo más profundo del alma no haber podido estar con él en sus últimos momentos, no haber podido decirle que... que le quería.

—Si mi madre me oyera me mataría —farfulló en voz baja.

Levantó la vista y miró a través de la ventana. Después de la monumental tormenta que había sacudido la ciudad el día del entierro de Francisco Malasaña, el sol y el calor de septiembre habían regresado a Madrid sin pretensiones de dar todavía una tregua.

El timbre de la puerta sonó al otro lado del pasillo.

—Alexia... —dijo su madre, entrando en la habitación un minuto después—, te buscan.

Alexia arrugó la nariz.

¿Quién será? No espero a nadie.

Extrañada, se levantó de la silla y salió de su cuarto detrás de su madre, que le

había dado el mensaje con una expresión indescifrable en el rostro.

Alexia ralentizó el paso a medida que avanzaba por el estrecho pasillo de casa.

—¿Alexia Durán? —se adelantó a preguntar Pablo Valcárcel en cuanto la vio aparecer.

—Sí, soy yo —respondió Alexia en tono apocado.

¿Quién es este hombre y qué quiere de mí?

—Mi nombre es Pablo Valcárcel —se presentó, como si hubiera leído su pensamiento. Extendió el brazo. Alexia le estrechó la mano que le ofrecía—. Soy notario y el fedatario de Francisco Malasaña.

Al oír el nombre de Francisco Malasaña, Alexia sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Tragó saliva ruidosamente y comenzó a mordisquearse la pielecilla del labio superior.

—La familia Malasaña requiere de su presencia para proceder a la apertura del testamento —prosiguió Pablo Valcárcel—. Tal y como lo dejó estipulado el señor Malasaña.

Alexia notó como el latido del corazón golpeaba su pecho como un martillo.

¿Apertura del testamento? ¿Para qué diablos querría Francisco Malasaña que esté presente cuando se proceda a la lectura del testamento?

Miró a su madre, que se encontraba de pie a unos metros de ella, con el rostro fruncido. Alexia volvió la vista hacia el fedatario.

—Lo siento —comenzó a decir—, pero... yo... yo no tengo nada que hacer allí.

El amago de una sonrisa ligeramente comprensiva apareció en los finos labios de Pablo Valcárcel.

—Señorita Durán, no se podrá abrir el testamento del señor Malasaña si usted no está presente —afirmó.

—¿En serio?

Alexia no salía de su asombro.

—Totalmente en serio —le confirmó el fedatario—. Es una de las instrucciones de Francisco Malasaña y hay que seguirla.

—Comprendo... —murmuró Alexia en tono de resignación.

Estaba atónita y... aterrada. Lo que menos esperaba es que Francisco Malasaña requiriera su presencia en la lectura de su testamento como última voluntad y que fuera obligatorio para ella asistir. Le daba pavor enfrentarse, de la manera que fuera, a los Malasaña. Los conocía perfectamente y sabía de lo que eran capaces algunos de sus miembros.

Siguió con la mirada la mano de Pablo Valcárcel, que sacaba del bolsillo interior de su chaqueta una tarjeta y se la tendía.

—¿Le viene bien acudir mañana a las doce de la mañana a la casa de los Malasaña, en el Barrio de Salamanca? —le preguntó, alargando hacia ella la tarjeta.

Alexia la cogió con dedos temblorosos. Giró el rostro, pidiendo en cierto modo la aprobación de su madre. Valeria tenía el rostro inexpresivo y la mandíbula contraída.

—Sí —afirmó Alexia al fin de forma mecánica, volviendo los ojos azul oscuro hacia el fedatario.

—Si le surge alguna duda o quiere preguntarme algo, le dejo mi número de teléfono para que se ponga en contacto conmigo —le explicó—. Le atenderé encantado —agregó.

—Gracias —dijo Alexia, sin dejar de mirar la tarjeta de Pablo Valcárcel.

—Hasta mañana, entonces —se despidió el fedatario.

Alexia reaccionó y levantó la vista hacia él.

—Hasta mañana —correspondió.

Cuando la puerta se cerró, Alexia prestó toda su atención a su madre y dijo:

—¿Para qué crees que Francisco Malasaña ha dejado dicho que esté presente en la lectura de su testamento? —preguntó.

—No lo sé —respondió su madre en tono serio—. Pero no me gusta nada. No me gusta que te mezcles con esa familia, Alexia. —Valeria entornó los ojos—. No quiero que vayas —dijo, haciendo palpable su desacuerdo con todo eso.

—Mamá, ya has oído al fedatario: si no acudo, no se podrá abrir el testamento —justificó Alexia.

Valeria negó de manera imperceptible.

—Los Malasaña no van a traernos más que problemas —fue lo único que dijo.

Alexia dejó caer los hombros y exhaló el aire que tenía en los pulmones mientras observaba cómo su madre se perdía pasillo adelante.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensaba —musitó para sí misma.

Y el hecho de que Francisco Malasaña la hubiera tenido presente en el testamento no hacía sino complicarlo todo más. Debía de haber dejado las cosas como estaban.

Levantó la tarjeta que le había dado Pablo Valcárcel y durante unos instantes se quedó mirándola. En esos momentos, Jimena regresaba de la Universidad.

—¿Qué haces ahí? Pareces una estatua de sal —bromeó al entrar en el piso. Alexia se giró hacia ella—. ¿Ocurre algo? —le preguntó Jimena cuando advirtió la expresión de preocupación que reflejaba su cara.

—Mañana tengo que ir a la casa de los Malasaña. Tengo que estar presente en la lectura del testamento —contestó Alexia.

Jimena abrió mucho sus ojos de color ámbar.

—¿Lo estás diciendo en serio, Alexia?

—Por desgracia para mí, nunca he hablado tan en serio en mi vida.

—Y..., ¿vas a ir?

Jimena depositó las llaves encima del aparador.

—Tengo que ir obligatoriamente. Según me ha explicado el fedatario, el testamento no se puede abrir si yo no estoy presente.

La voz de Alexia sonaba con una mezcla de apatía e intranquilidad.

—Vaya...

Alexia suspiró.

—No me hace ninguna gracia tener que ir a la casa de los Malasaña —comentó.

—Lo sé, cielo —dijo Jimena. Lo sé... ¿Qué te ha dicho mamá? —le preguntó.

—A ella tampoco le hace ninguna gracia. Pero no tengo otra opción —se adelantó a justificar.

Jimena asintió.

—¿A qué hora tienes que estar allí?

—A las doce.

—¿Quieres que te acompañe?

El rostro salpicado de pecas de Alexia se esponjó.

—Te lo agradecería mucho —anotó aliviada. Avanzó un par de pasos y se lanzó a los brazos de Jimena—. ¿Puedes? —preguntó después.

—Sí, mañana tengo las clases por la tarde. Así que tengo la mañana libre.

—¡Qué bien que puedas acompañarme! —exclamó Alexia a media voz.

—Pero no se lo digas a mamá —le aconsejó Jimena—. Tampoco le gusta que yo esté cerca de los Malasaña.

—Tranquila. No diremos nada —dijo Alexia, deshaciendo el abrazo y sonriendo a su hermana.

CAPÍTULO 5

El metro estaba muy concurrido pese a que no era una hora punta.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Jimena a Alexia, sentadas en dos asientos del fondo del vagón.

—Sí —respondió Alexia con sinceridad.

Jimena le apretó la mano cariñosamente.

—Todo va a salir bien —la animó.

Alexia contrajo los labios y se limitó a asentir con expresión contenida.

¡Va a darme algo!, exclamó para sus adentros. Enfrentarme a los Malasaña hace que se me detenga el corazón.

Meneó la cabeza tratando de huir de los pensamientos que la asaltaban.

—Tenemos que bajarnos aquí —anunció Jimena un rato después.

Alexia se puso en pie y esperó agarrada a la barra del vagón a que el metro parase. Dejó bajar a la gente que se arremolinaba en tropel en la puerta y después se apeó junto con Jimena.

Lanzó una mirada al reloj mientras avanzaban con paso ligero por la calle de Serrano, donde estaba situada la mansión de los Malasaña. El pulso se le aceleró al ver que solo faltaban cinco minutos para las doce.

El momento casi, casi había llegado.

Cuando llegaron a la verja de hierro de la entrada, Alexia respiró hondo y miró a Jimena, que asintió ligeramente. Alexia alargó la mano y con dedo tembloroso tocó el timbre, impaciente.

—Residencia de la familia Malasaña —habló una voz femenina y madura al otro lado del interfono.

—Soy... Soy Alexia Durán —se presentó Alexia.

La persona que estaba al otro lado abrió la puerta sin pronunciar una sola palabra más y Alexia y Jimena entraron en la propiedad de los Malasaña.

—¡Seeñor! —exclamó Jimena al ver el inmenso jardín que se extendía delante de ellas—. ¡Cómo se las gastan los Malasaña! —ironizó.

Alexia no hizo ningún comentario. Estaba demasiado nerviosa para decir algo. De pronto se le había cerrado la garganta. Mientras caminaba hacia el porche de la casa, miraba a todos lados, alerta, como si estuvieran en plena selva y en cualquier momento un león fuera a saltar sobre ellas y a engullirlas con sus enormes y temibles fauces.

Subían los peldaños de piedra del porche cuando se abrió la puerta lacada en blanco y apareció la figura consumida de Pablo Valcárcel. Alexia desconocía la razón, pero sintió una suerte de alivio al verlo. Al menos era una cara conocida. Aunque solo lo conociera de haber hablado cinco minutos con él el día anterior.

—Buenos días —saludó a ambas.

—Buenos días —dijeron Alexia y Jimena casi al unísono.

Pablo Valcárcel dio la mano a una y a otra, que correspondieron a su gesto de modo mecánico. Alexia detestaba ese tipo de formalismos. Chocaban de frente con su naturalidad.

El fedatario las hizo pasar al vestíbulo, una estancia con perfil de salón de baile. Alexia no podía apartar la mirada de la larga escalinata con moqueta granate que llevaba a la segunda planta. Nunca había visto la mansión de los Malasaña por dentro, pero más de una vez, agujijoneada por la curiosidad, se había preguntado cómo sería.

—Me temo que la señorita tiene que esperarla aquí —se adelantó a decir Pablo Valcárcel mirando a Jimena.

—Es mi hermana —aclaró Alexia—. Puede oír todo lo que vaya a hablarse. No tengo secretos con ella.

—Lo siento, señorita Durán. Pero no puede estar presente nadie... —El fedatario buscó la palabra adecuada... ajeno, a no ser que sea un abogado —le explicó—. ¿Ha traído abogado? —le preguntó.

Alexia frunció el ceño en una contracción involuntaria.

¿Abogado? ¿Por qué diablos iba a venir yo con un abogado? ¿Es que se piensan que todo el mundo puede permitirse pagar uno, como si no costaran una fortuna?

—No —respondió escuetamente, negando al mismo tiempo con un movimiento de cabeza.

—Está bien —dijo el fedatario—. Acompáñeme, por favor. —Miro a Jimena—. Espere aquí, si es tan amable —le pidió en tono afable.

Alexia giró el rostro y lanzó una mirada a Jimena; no quería ir sola, pero enseguida cayó en que no podía hacer nada. El fedatario lo había dejado claro. Suspiró resignada y subió las escaleras guiada por Pablo Valcárcel mientras su hermana la observaba como si se dirigiera al matadero.

Pobre Alexia...

Jimena se sentó en una de las sillas del vestíbulo a esperar. Alexia se volvió en lo alto de la escalinata para mirarla una última vez. Necesitaba sentir su halo protector de hermana mayor. Jimena le sonrió con los ojos para imbuirle ánimo.

—Por aquí —indicó Pablo Valcárcel.

El fedatario la condujo por una amplia galería. En las paredes colgaban cuadros de retratos de lo que Alexia adivinó que eran miembros de la familia, ya que reconocía en sus rostros algunos de los rasgos de Francisco Malasaña. Al fondo había una puerta de madera de doble hoja. Estaba profusamente labrada y daba el aspecto de ser pesada como la de un castillo.

Pablo Valcárcel detuvo sus pasos frente a ella y Alexia hizo lo mismo. Alargó el brazo e hizo girar el pomo con la mano.

—Pase, por favor —dijo el fedatario, cediendo el paso a Alexia.

Cuando cruzó el umbral, el leve murmullo que recorría la estancia se apagó. Las miradas de todos se posaron en ella. Alexia tragó saliva.

Joder, las piernas me tiemblan como si fueran de gelatina, pensó.

Echó un vistazo rápido. Sabía quién era cada uno de ellos. Sabía quién era Leonardo, Andrés, su esposa Laura, Graciela y la viuda, Leonor. Los conocía porque Francisco le había hablado de ellos. Pero había un rostro al que no le supo poner nombre.

¿Quién es el hombre moreno de ojos oscuros que está sentado junto a

Graciela? ¿Será su novio? Es... muy guapo. Madre mía, es más que guapo.

—Siéntese aquí.

La voz de Pablo Valcárcel la sacó de sus cavilaciones. Se giró hacia él y vio que apuntaba a una silla al fondo del despacho, al lado del enorme escritorio de madera de roble.

Alexia carraspeó nerviosa, y se obligó a andar. Notaba los pies como si fueran de plomo. Tan pesados que no podía con ellos.

¡Venga! Un paso y después otro. No es tan difícil, Alexia, se animó a sí misma con burla.

Cruzó la estancia intentando mostrarse decidida, como si no le molestase el escrutinio al que estaba siendo sometida, aunque en el fondo le intimidaba sobremanera.

¡Mierda! Esta gente me mira como si fuera una rata de laboratorio. Para ellos debo serlo.

El trecho hasta alcanzar la silla que le había señalado el fedatario se le hizo eterno. Finalmente se sentó con las piernas juntas, puso el bolso bandolera encima de las rodillas y se aferró a él como si le fuese la vida en ello.

CAPÍTULO 6

¿Esta es Alexia Durán?, se preguntó Raúl Montenegro.

Miró a su alrededor. Todos parecían estar preguntándose lo mismo, a juzgar por sus expresiones de sorpresa. Quizás esperaban a una mujer más... sofisticada. Incluso más artificial, más madura. No a una niña que apenas superaba los veinte años de edad.

Vaya con los gustos de Francisco Malasaña para escoger amante. Está claro que le gustaban jovencitas...

Raúl la siguió con la mirada entornada hasta que se sentó. Alexia Durán tenía el pelo rojo como una llama, largo hasta la cintura y los ojos de un azul oscuro que de pronto le resultaban vagamente familiares, aunque no sabía de qué.

Giró el rostro y observó a Graciela. Contemplaba a Alexia con indisimulado desdén y con la mandíbula contraída por la tensión. A la primogénita de los Malasaña le debía de parecer un espanto la falda larga naranja de estilo hippy que llevaba puesta Alexia y el top de tirantes.

Sí, seguro que le están sangrando los ojos, afirmó Raúl en su particular conversación interior. *Tan acostumbrada como está ella a la ropa de marca y a llevar complementos como si fuera un árbol de Navidad.*

Sin embargo, a Raúl Montenegro el atuendo de Alexia le pareció divertido, incluso sexy, pese a que el motivo que la había llevado hasta allí requiriera algo más serio. ¡Pero solo tenía veinte años!

No había que tener ningún máster para ver que Alexia Durán se sentía incómoda y visiblemente intimidada por todo cuanto la rodeaba. Agarrada al bolso como si fuera una tabla salvavidas.

De pronto sintió una punzada de algo que podría ser compasión, o puede que ternura. Esa chica no sabía dónde se había metido. Los Malasaña la

despedazarían como leones hambrientos en cuanto tuvieran ocasión, y él sería el brazo ejecutor. Tal vez Raúl Montenegro no fuera a actuar mejor que ellos. Al fin y al cabo, tenía fama de implacable. Lo era. No solía mostrarse especialmente piadoso con la persona que se encontraba al otro lado, fuera víctima o verdugo. Eso le era indiferente; él se debía a quien le contrataba y a su labor profesional, sin más.

No será difícil acabar contigo, Alexia Durán.

Entornó más aún los ojos.

Alexia carraspeó. Tenía la boca seca. Se sentía totalmente fuera de lugar. Se veía a sí misma como un delincuente sobre el que proyectaran un gran foco de luz.

—Les presento a Alexia Durán —dijo Pablo Valcárcel, que había tomado asiento detrás de la mesa de madera.

Nadie dijo nada, nadie la saludó. Solo se escuchaba el sonido del tráfico de Madrid que se filtraba por la ventana.

—Procederé entonces a la apertura y posterior lectura del testamento de Francisco Malasaña —anunció el fedatario.

La voz monótona de Pablo Valcárcel inmiscuyó a Raúl en la realidad.

¿Cómo se le ha ocurrido a Alexia Durán acudir sin el respaldo de un abogado?, se cuestionó Raúl. Eso era una imprudencia, sin duda. ¿Acaso no sabe que cualquier cosa que se diga puede ser utilizada en su contra?

Mientras el fedatario abría los sobres y extraía el documento que configuraba el testamento, Alexia se quedó mirando el imponente retrato de Francisco Malasaña que presidía el despacho. Su semblante era regio e ilustre; señorial. Absolutamente nada que ver con ella.

De pronto cayó en la cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y soltó el aire de los pulmones.

Pablo Valcárcel carraspeó para llamar la atención de los presentes.

—Yo, Francisco Malasaña de la Mata, en pleno uso de mis facultades... —comenzó a leer, poniendo voz a la última voluntad que había dejado escrita el patriarca de los Malasaña.

Un segundo después, la tensión empezó a mascarse en el ambiente y la impaciencia a ser protagonista de las expresiones de los Malasaña.

—Así pues, dejo un tercio de mi fortuna y de mis posesiones a mi esposa, Leonor. Así como a Graciela, a Andrés y a Leonardo. Y no puedo olvidarme de Alexia Durán, a ella le dejo igualmente un tercio de mi fortuna y de todas mis posesiones.

Cuando Pablo Valcárcel terminó de decir aquello, Alexia sintió como una oleada de calor le subía por el rostro. Las manos le sudaban copiosamente mientras notaba cómo todos los Malasaña la miraban. Trató de levantar los ojos, pero le fue imposible. Solo quería salir corriendo de allí y no parar hasta llegar a casa.

—¿Qué?! ¿Un tercio de la fortuna de mi padre para esta *pintas*?! —estalló Graciela sin poder contenerse, levantándose de un salto de la silla y apuntando acusadoramente con el dedo a Alexia—. ¿Un tercio de la fortuna de mi padre para la zorra de su amante?!

Alexia se quedó sin palabras. Los ojos de Graciela Malasaña despedían una ira y un odio que casi podía tocarse.

Leonor aferró a su hija por el brazo y tiró de ella hacia abajo.

—Cálmate, por Dios —le pidió entre dientes en voz baja.

—¡No quiero calmarme! —espetó Graciela, histérica—. Esta maldita zorra quiere quedarse con nuestro dinero.

—Yo no quiero quedarme con nada —alcanzó a decir Alexia—. Yo no...

Las palabras se esfumaron antes de llegar a sus labios.

—¡No eres más que una de esas putas que andan detrás de un hombre rico al que engañar! —continuaba Graciela, sin darle tiempo a defenderse—. ¡Una buscona, una golfa, una vulgar ramera...!

Graciela se acercó a Alexia con semblante amenazador y alzó la mano con la intención de darle una bofetada, pero justo en ese momento Leonardo, que se había levantado rápidamente de la silla, aferró su muñeca evitando que golpeará a Alexia.

—Ya está bien —siseó—. Deja de montar escándalos.

Graciela giró el rostro y lo taladró con la mirada.

¿Escándalos? ¿Qué deje de montar escándalos?

Sus ojos echaban chispas. De un movimiento seco se deshizo de la mano de su

hermano.

A esas alturas, todos se habían puesto en pie. Advirtiendo que la cosa podía llegar a mayores y que de un momento a otro, Graciela iba a echar espuma por la boca, Raúl cogió a Alexia del brazo y tiró de ella hasta sacarla fuera del despacho de Francisco Malasaña mientras Graciela seguía increpándola.

—¡No pienses que vas a recibir ni un euro de mi padre! ¡¿Me oyes?! —vociferaba—. ¡No lo vamos a permitir!

Alexia apenas fue consciente de que la arrastraban hasta que vio a Raúl Montenegro frente a ella, a escasos metros. Entonces pudo comprobar lo alto que era y el porte varonil que tenía; sus ojos oscuros y profundos y sus labios perfectamente definidos.

Tragó saliva, incapaz de apartar la mirada de su rostro. Todo desapareció a su alrededor.

¡Santa Madre de Dios es guapísimo!

—Soy Raúl Montenegro, el abogado de la familia Malasaña —se presentó en tono formal, al tiempo que le soltaba el brazo.

—Yo... soy Alexia —balbució ella.

Raúl asintió con expresión indiferente. Sabía perfectamente quién era. Todos sabían quién era: la joven amante de Francisco Malasaña. No pudo evitar sentir una punzada de repugnancia.

CAPÍTULO 7

Raúl le dedicó una larga mirada. Se fijó en su rostro ovalado de rasgos aún aniñados; salpicado de graciosas pecas, y en los preciosos ojos azul oscuro, que en esos momentos estaban anegados de lágrimas a punto de derramarse.

Alexia Durán poseía una belleza muy singular. De pronto no le extrañó que Francisco Malasaña se hubiera encaprichado de ella. Pero, ¡joder! tenía suficiente edad para ser su padre. Y ella... tan joven y desperdiciando su juventud con un viejo, solo por dinero.

Negó para sí. Despreciaba a ese tipo de mujeres que se movían por interés.

—Lo mejor será que se vaya, señorita Durán —la aconsejó tajante—. Y la próxima vez búsquese un buen abogado. Lo va a necesitar.

Alexia enarcó las cejas rojizas con gravedad. Raúl Montenegro sonaba amenazante.

—No va a ver próxima vez —afirmó—. No quiero ni un céntimo de la herencia que me ha dejado Francisco Malasaña.

¿Qué? ¿He escuchado bien? ¿Ha dicho que no quiere la herencia de Francisco Malasaña? No puede ser. Tiene que tratarse de una artimaña.

Raúl frunció el ceño. Estaba desconcertado.

—¿Cómo que no quiere ni un céntimo de la herencia del señor Malasaña? —le preguntó sin poder contenerse—. ¿Acaso no es eso lo que buscaba de él? ¿Su dinero?

Alexia apretó los dientes.

¿De qué coño habla este imbécil? Esto es lo último que me faltaba por oír. De buena gana le abofetearía la cara.

—Es usted un gilipollas, señor Montenegro —dijo únicamente, intentando que no le temblara la voz.

Raúl abrió los ojos como platos, sorprendido por su respuesta. Alexia Durán tenía carácter, pese a que lo escondía tras la máscara de un rostro angelical.

Vaya, vaya... esto sí que es toda una sorpresa.

Alexia se colgó el bolso en el brazo, pasó al lado de Raúl Montenegro con las mandíbulas contraídas y enfiló los pasos hacia la escalera. Por encima de todas las cosas quería irse de allí. El aire se había vuelto sofocante e irrespirable.

Mientras descendía por los peldaños lo más rápido que podía, las lágrimas empezaron a rodar sin control por sus mejillas.

—Hágame caso, señorita Durán... —La intensa voz de Raúl en lo alto de la escalinata la hizo volver el rostro hacia él. Lo encontró apoyado en la balaustrada —, búsquese un buen abogado.

—¡Váyase a la mierda, señor Montenegro! —le espetó Alexia con rabia contenida.

Raúl Montenegro sonrió de medio lado ladinamente y se giró. Alexia corrió hasta el vestíbulo.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Jimena en tono sumamente preocupado, cuando la vio acercarse en el estado alterado en el que estaba.

—Vámonos de aquí —fue lo único que dijo Alexia.

—¿Estás bien? —insistió Jimena, al tiempo que abandonaban a toda prisa la mansión de los Malasaña.

—No, no estoy bien —bufó Alexia.

—Pero... ¿qué ha pasado?

—Graciela Malasaña ha intentado pegarme una bofetada.

—¿Quéeee?! —gritó Jimena—. ¿Qué se ha creído esa imbécil?

Alexia se detuvo en mitad del jardín. Su hermana se paró a su lado.

—Francisco Malasaña me ha dejado un tercio de su fortuna.

El color desapareció del rostro de Jimena.

—Alexia, ¿estás... segura? —alcanzó a preguntarle.

—Por eso Graciela ha querido pegarme —afirmó Alexia. Se pasó la mano por la frente, agobiada—. Me ha gritado de todo, Jimena —dijo, conteniendo las lágrimas—. Me ha dicho que soy una puta, una golfa, una ramera...

Jimena apretó los puños.

—¡Y ella es una cerda y una prepotente! —exclamó con rabia.

¿Cómo se atrevía esa mujer a insultar de esa manera a su hermana? ¿Con todas las cosas que se decían de ella?

Alexia chasqueó la lengua.

—Vámonos —volvió a decir, echando de nuevo a andar.

—No tenías que haber venido —dijo Jimena.

—Ya sé que no tenía que haber venido —reconoció Alexia en tono malhumorado, dejando atrás la verja de hierro—. ¿Crees que no lo sé? Pero no tenía otra opción. Mamá escuchó a Pablo Valcárcel, el fedatario de Francisco Malasaña. Él dejó muy claro que tenía que asistir obligatoriamente. Yo no quería venir.

La voz de Alexia se elevó unas cuantas octavas.

—Lo sé... —admitió Jimena—. Lo siento —se disculpó con ella.

La rodeó con el brazo y la estrechó contra sí.

—Ha sido horrible —comentó Alexia, haciendo una mueca con la boca.

—Ya sabes cómo son los Malasaña... —apuntó Jimena.

—No no son peores que su abogado.

—¿Estaba presente su abogado?

Alexia asintió lentamente.

—Sí, un gilipollas llamado Raúl Montenegro.

Jimena arrugó la nariz.

—¿Raúl Montenegro? ¿Es familia de los Montenegro de Madrid?

—¿Cómo que si es familia de los Montenegro de Madrid? —repitió Alexia.

—Sí, bueno... Me refiero a que si pertenece a los famosos Montenegro de aquí. Ya sabes... los que están considerados como los solteros de oro del país —le

explicó Jimena.

Alexia se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo, a medida que avanzaban por la calle—. Solo sé que es un gilipollas.

—¿Por qué?

—Le ha faltado tiempo para echarme en cara que era la amante de Francisco Malasaña y para decirme que lo que busco es su dinero —detalló. Sonrió con amargura—. Como si a él eso tuviera que importarle...

—Pues no, a él no le importa.

Bajaron las escaleras de la boca del metro y esperaron a que llegara el suyo sentadas en uno de los bancos del andén. Jimena estaba pensativa.

—Ese tal Raúl no puede pertenecer a la familia de los Montenegro —se adelantó a decir—. Según tengo entendido, los Montenegro son arquitectos, no abogados.

Abrió el bolso y sacó su móvil. Lo encendió y tecleó «familia Montenegro» en Google. Tenía curiosidad por saber si estaban hablando de la misma persona.

Buscó algunas fotos.

—¿Es este el abogado de los Malasaña? —le preguntó a Alexia, acercándole el móvil a la cara.

Alexia miró la pantalla.

—Sí —respondió.

—¡Joder! Esta muy bueno, ¿no? —señaló Jimena.

—Sí, pero todo lo que tiene de guapo lo tiene de imbécil.

—Oh, oh... —farfulló Jimena mientras leía la biografía que se podía encontrar de Raúl Montenegro en Internet.

—¿Qué significa ese «oh, oh»? —preguntó Alexia.

—Prepárate —afirmó Jimena.

—¿Por qué dices eso?

—Según pone en su biografía, Raúl Montenegro es uno de los abogados más prestigiosos, no solo de Madrid, sino de España. Tiene fama de implacable y

hasta la fecha no ha perdido ni un solo caso.

—Acabáramos —resopló Alexia. Su flequillo se levantó—. No me extraña que los Malasaña hayan contratado los servicios del *súmmum* de los abogados —se burló. Necesitaba poner humor a todo aquel asunto—. Solo ellos se lo pueden permitir. De todas formas, yo no tengo ninguna intención de convertirme en su enemiga. No quiero nada de Francisco Malasaña.

El metro llegó finalmente a la parada, disminuyendo poco a poco la velocidad a medida que salía del túnel. Alexia y Jimena se levantaron del banco, se dirigieron apresuradamente a una de las puertas que se abrían y se subieron a él.

—¿Entonces, vas a renunciar a la herencia que te ha dejado? —le preguntó Jimena a Alexia mientras tomaban asiento en mitad del vagón.

—Sí —afirmó Alexia sin dudarle un momento—. No quiero líos —añadió—, y tampoco quiero volver a ver a ese tal Raúl Montenegro.

Jimena volvió a ver las fotos que aparecían de Raúl Montenegro en Google.

—Hay que reconocer que el tío es muy guapo —comentó, sin dejar de mirar el móvil.

—Y te aseguro que de cerca gana. Es verdad que es muy guapo —reconoció Alexia, muy a su pesar—. Pero no se puede ser perfecto; y es un imbécil redomado.

Sacudió la cabeza.

—¿Cómo tiene el culo? —le preguntó Jimena con sumo interés.

—¡Jimena! —la amonestó Alexia.

—¿Qué? Es que en Google no hay ninguna foto en la que se le vea —dijo Jimena en tono natural—. ¿Lo tiene... ya sabes, potente? —insistió.

—La verdad es que no se lo he visto —terminó respondiendo Alexia—. Solo le he visto de frente.

—La próxima vez tienes que fijarte en su culo. El culo de un tío es muy importante.

Jimena parecía estar hablando de algún estudio extraño realizado por una de esas Universidades raras que no conoce nadie.

—¿Próxima vez? ¿Estás loca? —inquirió Alexia—. Solo espero no tener que

verlo nunca más.

CAPÍTULO 8

Cuando llegaron a casa, alrededor de las dos, Alexia trató de hacer borrón y cuenta nueva y dejar atrás todo lo que había pasado en la mansión de los Malasaña, incluido el desagradable altercado con Graciela, y volver a su vida normal.

Deseaba más que nada en el mundo regresar a su vida tranquila y alejada de escándalos, y de sobresaltos; continuar con sus estudios de Diseño de Moda y divertirse con su hermana y con sus amigas como cualquier chica de veinte años.

—¿Cómo te ha ido con los Malasaña? —le preguntó Valeria cuando se sentaron a la mesa para comer.

Alexia cruzó en silencio una mirada con Jimena. Se tensó. Tenía que ser sincera con su madre. Que Francisco Malasaña la hubiera nombrado heredera no era algo que se pudiera esconder.

—Francisco me ha dejado un tercio de su fortuna —respondió sin ningún tipo de preámbulos—. Por eso tenía que estar presente obligatoriamente en la apertura del testamento, tal y como indicó Pablo Valcárcel.

Al escucharla, Valeria se atragantó con el agua que estaba bebiendo. Tosió.

—¿Qué?! —exclamó, cuando logró calmar la tos.

La expresión de su rostro era de rotuna perplejidad, incluso de estupefacción.

—Soy una de las herederas —le confirmó Alexia.

—¿Es que Francisco Malasaña no va a dejar de buscarte problemas ni siquiera estando muerto? —dijo Valeria, molesta, apoyando el vaso sobre la mesa—. Parece mentira que no supiera cómo es su familia. Esa gente va a ir a por ti, Alexia —afirmó, con una contundencia tal que hizo que Alexia se estremeciera.

—Tranquila, mamá —se adelantó a decir ella con voz templada. No quería

discutir—. No voy a aceptar ni un solo céntimo de Francisco Malasaña. No quiero nada material de él.

Su madre pareció sentir un inmenso alivio a oír a su hija. Sin embargo, una incipiente inquietud comenzó a corretearle por el cuerpo como si tuviera miles de hormigas en él.

—Es lo más sensato, Alexia. Lo más acertado —dijo con aprensión—. Cuanto más lejos estés de esa familia, mejor, mucho mejor. Los Malasaña no son trigo limpio; no se andan con chiquitas.

Alexia se quedó mirando a su madre durante unos instantes. Era evidente que la noticia le había puesto muy nerviosa. No esperaba otra reacción. Pero, ¿realmente los Malasaña eran tan malos como los retrataba?, ¿o eran exageraciones suyas fruto de la animadversión que sentía hacia ellos?

Soy consciente de que es una familia de cuidado, pero ¿son tan peligrosos como dice mi madre? Quizás sí, ella los conoce de primera mano.

—No te preocupes, mamá —seguía tratando de tranquilizarla Alexia—. Ya te he dicho que no voy a aceptar ni un solo céntimo. Lo que quería de Francisco Malasaña lo tuve en vida. Ahora que está muerto, no quiero nada suyo. No quiero su dinero, ni sus casas, ni ninguna de sus propiedades.

—No sé por qué ha tenido que nombrarte heredera —continuaba rezongando su madre, al tiempo que jugueteaba con la servilleta de tela—. Eso solo va a traerte problemas.

—¡Ya, mamá, por favor! —le pidió Alexia.

No aguantaba más.

—Mamá, Alexia ya te ha dicho que no va a aceptar la herencia —terció Jimena, en un intento infructuoso por que su madre entrara en razón. Si es que eso era posible.

—Es igual —refutó Valeria, dirigiendo el rostro a su hija mayor—. Lo único que ha hecho Francisco Malasaña haciendo heredera a Alexia es ponerla en el disparadero, en el ojo del huracán.

Valeria parecía desesperada.

—Los Malasaña no van a hacer nada en mi contra. No cuando sepan que no estoy interesada en su fortuna —intervino Alexia de nuevo.

De repente, la imagen de Graciela levantando la mano con la intención de abofetearla apareció traicioneramente en su cabeza. No hablaría de ese suceso con su madre. Si lo hiciera, lo único que conseguiría sería preocuparla más de lo que ya estaba.

—Confía en mí, mamá —dijo en tono convincente.

Valeria dejó de arrugar la servilleta y alzó la mirada hacia Alexia. Tomó una bocanada de aire y negó para sí.

—No ha debido nombrarte en el testamento. Tuvo que haber sido más precavido —apuntó—. Hacerlo ha sido una mala idea y una imprudencia.

Que Francisco Malasaña hubiera dejado parte de su patrimonio a Alexia no le gustaba absolutamente nada. A esa familia no le hacían gracia los extraños, y sabía que aunque su hija renunciara a la herencia, no la dejarían en paz.

Alexia alargó el brazo por encima de la mesa, cogió la mano de su madre y la apretó afectuosamente.

—No te preocupes, ¿vale? Todo va a estar bien. Mañana sin falta llamaré a Pablo Valcárcel y le diré que renuncio a la herencia de Francisco —apuntó con suavidad, esbozando una sonrisa tranquilizadora en los labios.

Por nada del mundo quería que su madre se angustiara. Renunciaría a la parte de la herencia que le había dejado Francisco Malasaña y así evitaría problemas con la familia. Muerto, a ella no le interesaba nada de ellos.

—Eso espero —comentó Valeria, anhelante.

Y de verdad lo esperaba. Se negaba a que Alexia se viera envuelta en los tejes manejes de los Malasaña.

Mientras las tres recogían la mesa y colocaban los platos en el lavavajillas. Valeria no paraba de dar vueltas al asunto.

¿Por qué coño Francisco le había dejado a Alexia un tercio de sus bienes?

Sé muy bien la razón por la cual lo has hecho y, hasta cierto punto, lo

comprendo. ¿Cómo no voy a comprenderlo? Pero ha sido una imprudencia.

Valeria giró el rostro hacia Alexia, que en esos momentos trasteaba con lo cubiertos. Tenía los ojos azul oscuro de su padre y su misma valentía, pero aún era muy ingenua. Solo tenía veinte años. Era una niña. Su niña.

Suspiró quedamente y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Tenía que protegerla de los Malasaña. No soportaría que nadie le hiciese daño, ni tampoco a Jimena. Ambas se habían convertido en sus tesoros, en sus joyas más preciadas. Y las defendería con uñas y dientes como una leona con sus cachorros.

Tenía que reconocer que Francisco se había portado muy bien con Alexia — aunque nunca lo admitiría en alto—. Pero su familia le haría pedazos sin contemplaciones.

Dios mío...

Sacudió la cabeza de un lado a otro para tratar de no pensar en ello en esos momentos. Solo le quedaba poner la esperanza en que los Malasaña se olvidaran de Alexia cuando renunciara al tercio que le había dejado de herencia Francisco.

CAPÍTULO 9

Alexia corría pasillo adelante de la academia, sujetando con fuerza la carpeta y los libros que llevaba en los brazos para que no se le cayeran al suelo. Si no se daba prisa, no llegaría a tiempo a clase. Al doblar una esquina, chocó contra un chico.

—Perdón —se disculpó rápidamente sin apenas pararse.

El chico hizo una señal con la mano, restando importancia al golpe. Alexia echó a correr de nuevo.

—¡Joder, ya han entrado! —masculló a media voz.

Se detuvo de golpe y abrió la puerta de la clase. El profesor Sheldon Frazer; un londinense de vestimenta estrambótica que se encargaba de impartir la clase de Proyectos de Estilismos, la miró por encima de sus gafas de pasta con estampado de *animal print*.

—Siento llegar tarde, señor Frazer —dijo Alexia, arrugando divertidamente la nariz.

—¿Qué ha pasado esta vez, señorita Durán? —le preguntó el profesor con un marcado acento inglés.

—El... metro —se excusó Alexia.

—¿Se ha retrasado?

Alexia afirmó con la cabeza repetidas veces, esperando que un milagro la librara de una regañina. Sheldon Frazer puso los ojos en blanco y suspiró resignado. No era la primera vez ni sería la última que Alexia Durán llegaba tarde a su clase.

—Al menos dígame que tiene listo el trabajo sobre Estilismos del siglo XXI que tenía que presentar para hoy —le dijo.

Alexia sonrió con visible alivio.

—Sí —dijo.

Se apresuró a abrir la carpeta que sujetaba entre los brazos y a extraer el trabajo del que hablaba el profesor Frazer. Se acercó a él y se lo entregó.

—Aquí tiene.

Sheldon Frazer lo cogió y se quedó mirándola durante unos segundos.

—Siéntese, señorita Durán —le indico finalmente, resinado.

—Gracias —agradeció Alexia.

Se dio media vuelta y enfiló los pasos hacia su mesa.

—Es la tercera vez que llegas tarde a la clase del profesor Sheldon —le dijo su amiga Miriam.

—Ya sabes que la puntualidad no es lo mío —respondió Alexia con una sonrisa llena de complicidad, al mismo tiempo que se sentaba—. Encima me he chocado con un chico en el pasillo.

A Miriam se le escapó una risilla. Alexia no se llevaba muy bien con el reloj, de eso no había duda. Pero aún eso, nadie podía enfadarse con ella, ni siquiera los profesores. Tenía algo único que encandilaba a todo el mundo. Un carisma muy especial.

Mientras el profesor Sheldon hablaba, Alexia estaba distraída pensando en sus cosas. No era capaz de concentrarse. Sus pensamientos se pararon de golpe cuando la imagen de Raúl Montenegro apareció sorpresivamente en su cabeza.

¿Por qué narices tengo que pensar en él?

Tenía que admitirse a sí misma que había sentido una suerte de alivio cuando, fuera del despacho de Francisco Malasaña, se había presentado como el abogado de la familia y no como el novio de Graciela, que es lo que ella había pensado que era cuando lo vio sentado a su lado.

De todas formas, ¿qué más da que sea el abogado de la familia o el novio de

Graciela Malasaña? No tengo ninguna intención de volver a verlo. Es un gilipollas en mayúsculas.

Apoyó la barbilla en la mano y dejó que su mirada se perdiera en la nada.

Era evidente que Raúl Montenegro se había formado ya una opinión de ella y de que nada iba a cambiarla.

¿Qué más da también lo que piense de mí? No me importa. Como a él no tiene que importarle la relación que yo tenía con Francisco Malasaña. Pero le faltó tiempo para recriminármelo y para echarme en cara que buscaba su dinero. ¿Quién es él para decirme algo semejante?

Alexia volvió a la realidad cuando sintió el codazo que le daba Miriam. Cuando reaccionó, miró a su amiga, que le hizo una seña con la cabeza, pero era tarde. El profesor Sheldon la miraba con ojos fiscalizadores desde el otro lado de la clase.

—¿Ha escuchado algo de lo que le he dicho, señorita Durán? —le pregunto con su inconfundible acento anglosajón.

—Lo siento, señor Frazer —se disculpó Alexia, roja como un tomate.

—¿En qué está pensando?

En Raúl Montenegro, pensó en silencio Alexia.

Su propia afirmación la escandalizó. En quien menos debería de pensar era en ese hombre.

—En nada importante —atajó de forma atropellada—. Simplemente me he... despistado —se excusó.

—Como siga en este plan, señorita Durán —comenzó a decir Sheldon Frazer, cruzando los brazos sobre el pecho—, voy a tener que mandarle que me copie cien veces: «Debo de atender a las clases del profesor Sheldon». A ver si los castigos a la vieja usanza surten efecto en usted.

Alexia notó como volvían a ruborizársele las mejillas.

¡Mierda!

—No será necesario, señor Frazer. Le aseguro que no volverá a ocurrir —se adelantó a decir, bajando ligeramente la cabeza.

—Eso espero —dijo Sheldon Frazer, mirándola por encima de sus gafas de

estampado de *animal print* como era su costumbre.

El profesor Sheldon no hablaba en tono enfadado, aunque su expresión era seria. La fantástica creatividad que poseía Alexia lo tenía hipnotizado. Pero ella tampoco debía de tomarse el pie. Era su alumna y tenía que respetar sus clases y la materia que impartía.

Alexia levantó la mirada lentamente y se mordió el labio inferior, tratando de ganarse su favor.

—Sigamos —dijo el profesor, dándose la vuelta y sentándose detrás de la mesa.

Alexia miró de reojo a su amiga Miriam, que apretó los labios para reprimir una sonrisa.

Esta regañina ha sido por tu culpa, Raúl Montenegro.

Al llegar a casa después de las clases, Alexia se encontró a su madre de pie en el pasillo.

—Acaban de traer esta carta certificada —anunció a Alexia—. Es para ti —dijo, tendiéndosela.

Alexia tomó la carta de la mano de su madre con expresión de extrañeza en el rostro.

¿Una carta certificada? Que raro.... Quizás sea algún trámite burocrático necesario para llevar a cabo la renuncia de la herencia, tal como me dijo Pablo Valcárcel. Sí, debe de ser eso.

Dejó la carpeta y los libros sobre el aparador y se dispuso a abrirla. Sacó el documento que contenía y lo leyó. De pronto palideció y sintió en la espalda una suerte de descarga eléctrica que la azotó como un latigazo.

—No puede ser... —alcanzó a musitar con la boca seca.

—¿Qué ocurre, Alexia? —le preguntó Valeria con un visible tono de alarma—. Te has quedado blanca.

Alexia alzó la vista hacia su madre. La notificación de la demanda temblaba en

sus manos.

—Los Malasaña me han demandado —dijo.

CAPÍTULO 10

—¿Qué estás diciendo? —dijo su madre en un hilo de voz. Cogió la carta de las manos de Alexia y la leyó con ojos impacientes—. Esto no... no puede ser —titubeó nerviosa, al comprobar que lo que decía su hija era cierto: los Malasaña la habían demandado.

Valeria dio unos pasos atrás y se sentó en una de las sillas que había al lado del aparador del pasillo. De repente se sentía muy cansada, tremendamente cansada.

Esto no puede estar pasando. No puede estar pasando. Tiene que ser un error.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntó Alexia.

Sintió que el mundo se le caía encima. Decenas de pensamientos atravesaban su cabeza de un extremo a otro como relámpagos, pero uno sobresalió entre los demás.

—Seguro que esto es idea de ese cabrón de Raúl Montenegro —masculló entre dientes con rabia.

—¿Qué...? —balbució Valeria, que no entendía nada.

Sin pronunciar más palabras, Alexia le arrebató la carta de las manos, se giró y salió de casa como alma que lleva el diablo.

—Alexia... Alexia... —la llamó Valeria, pero Alexia ya se había metido en el ascensor. Mientras bajaba, buscó en Internet la dirección del bufete de Raúl Montenegro.

Cuando salió del bloque, corrió calle arriba en busca de un taxi. Tenía prisa, así que no iba estar perdiendo el tiempo subiendo y bajando de un metro a otro, ya que eso lo único que harían sería exasperarla.

Dobló la esquina y vio que un taxi se aproximaba en dirección contraria. Cruzó la calle sin apenas mirar si venían coches y se llevó varios bocinados de los

conductores que tuvieron que esquivarla para no llevársela por delante.

Cegada por la rabia e ignorando las increpaciones de los conductores, Alexia levantó la mano para llamar al taxi, que se detuvo frente a ella.

—¿Adónde la llevo, señorita?

—A la Plaza de Castilla —respondió Alexia, tratando de recuperar el resuello.

El taxista se puso de nuevo en marcha, mezclándose diligentemente con el vertiginoso tráfico que a esa hora llenaba las calles de Madrid.

No pienses ni por un momento que voy a dejar esto así, señor Montenegro, farfulló Alexia para sus adentros, mirando la notificación de la demanda, que todavía tenía en las manos. *Antes vas a tener que escuchar unas cuantas cosas.*

—Hemos llegado, señorita —anunció el taxista.

—¿Cuánto es?

—Nueve euros con ochenta céntimos.

Alexia sacó la cartera del bolso, extrajo diez euros y se los tendió al taxista.

—Quédese con el cambio —dijo.

No quería perder tiempo ni siquiera con la vuelta del dinero.

—Gracias —le agradeció el taxista—. Que tenga un buen día.

—Igualmente —correspondió Alexia cuando ya salía del coche.

A toda prisa cruzó la ancha acera y sin reparar siquiera en qué edificio se metía, entró como si los pies le quemaran. Se dirigió a la recepción, en la que se encontraba una chica pelirroja como ella y maquillada de manera imaculada.

—¿El señor Montenegro? —preguntó con voz acelerada.

—¿Jorge, Raúl o Adrián? —preguntó a su vez la recepcionista. Era la pregunta más habitual que hacía, por lo que la pronunciaba casi de forma mecánica.

—Raúl —respondió Alexia.

—Última planta. Pasillo de la izquierda —indicó la chica pelirroja.

—Gracias —le agradeció Alexia al escape, según se dirigía a grandes zancadas a la fila de ascensores que había al fondo del enorme hall.

Echó a correr cuando advirtió que las puertas de uno de ellos estaban a punto

de cerrarse.

—Ahora o nunca —susurró.

Se introdujo en el ascensor justo cuando las puertas metálicas se sellaban. El grupo de ejecutivos que esperaba dentro le hizo un hueco entre sus trajes y sus corbatas mientras Alexia trataba de recuperar el aliento. No había corrido tanto en su vida.

—¿A qué planta va? —le pregunto un hombre maduro, trajeado y bastante atractivo para su edad.

—A la última —dijo Alexia.

El hombre apretó el botón por ella.

A medida que el ascensor subía, la rabia de Alexia crecía como la espuma. No entendía por qué los Malasaña la habían demandado. No lo entendía.

¡Si he renunciado a la maldita herencia!

Las puertas se abrieron y Alexia emergió al área amplia, luminosa y de líneas depuradas que distribuía los distintos pasillos de los despachos de los hermanos Montenegro.

—Pasillo de la izquierda, pasillo de la izquierda, pasillo de la izquierda... —repetía una y otra vez al tiempo que lo ubicaba con la mirada y se dirigía a él.

Caminó por el corredor de paredes pintadas de un sofisticado gris marengo, hasta llegar a otra recepción-recibidor donde había un par de sofás de cuero negro, una mesita auxiliar de cristal y una chica de ojos verdes rasgados y pelo rubio oscuro sentada detrás de un escritorio de madera.

—Buenos días —la saludó Esther, la secretaria personal de Raúl Montenegro, en cuanto advirtió su presencia.

—¿Este es el despacho de Raúl Montenegro? —le preguntó Alexia sin ni siquiera detenerse, apuntando a las puertas negras de doble hoja que había al fondo, abarcando la totalidad de la pared.

—Sí —afirmó Esther.

Al ver que Alexia no se paraba, se levantó.

—Gracias —dijo Alexia en tono mordaz.

—¡Espere! —prorrumpió Esther—. No puede entrar en el despacho del señor

Montenegro si no tiene cita.

¿Y eso quién lo dice?, se burló Alexia para sus adentros, enrabiada.

—¡Espere! ¡Espere, por favor! —exclamaba la secretaria, que salió detrás de Alexia para impedir que entrara en el despacho—. No puede pasar sin que avise su visita. No puede...

Alexia ignoró a la secretaria y se apresuró a abrir la puerta.

—Esto es idea suya, ¿verdad? —le increpó a Raúl nada más de entrar en el despacho, agitando compulsivamente la notificación de la demanda.

Raúl alzó la mirada lentamente y dejó de atender los documentos que estaba revisando.

—Lo siento mucho, señor Montenegro —se oyó la voz azorada de Esther—. He intentado detenerla, pero me ha sido imposible.

—Está bien, Esther. No se preocupe —la tranquilizó Raúl.

—Si quiere llamó al personal de seguridad.

—No es necesario. Yo me encargo —se adelantó a decir Raúl.

Esther asintió en silencio, se dio media vuelta y salió del despacho. Alexia escuchó como la puerta se cerraba a su espalda. Agradeció que Raúl estuviera solo, pero no le hubiera importado que se encontrara con algún cliente.

CAPÍTULO 11

—¿No le han enseñado a llamar a la puerta, señorita Durán? —le preguntó Raúl en tono sarcástico, pero sin inmutarse en absoluto por el modo en que Alexia había irrumpido en su despacho.

—¡Contésteme! —le exigió Alexia, avanzando hacia su sofisticada mesa y lanzando el papel ya arrugado sobre la superficie de cristal.

Raúl sabía perfectamente de qué se trataba, así que no se molestó en coger la notificación.

—Los Malasaña me pagan para que proteja sus intereses —dijo únicamente, echándose hacia atrás y apoyando la espalda en el respaldo del sillón de cuero, en un gesto que a Alexia se le antojó de lo más prepotente.

—¿De qué intereses habla? —espetó ella, ahogando en la garganta una carcajada irónica—. Ya le dije al señor Valcárcel la semana pasada que renunciaba a la herencia de Francisco Malasaña.

—Pero la familia quiere asegurarse de que no le dará por reclamar su parte dentro de un tiempo —explico Raúl—. Con personas como usted, nunca se sabe...

Alexia dio un paso amenazador hacia adelante y apretó los dientes.

—¿Con personas como yo? ¿Qué cojones quiere decir con eso? —dijo ceñuda.

Raúl deslizó el sillón hacia atrás y se levantó. Alexia siguió el movimiento de su cuerpo con la mirada, comprobando de nuevo lo alto que era y el poderoso porte que tenía. El corazón le latía tan deprisa que lo oía retumbar en las sienas como un tambor.

No te dejes intimidar por él, Alexia. Es lo que pretende, se dijo. Solo quiere amedrentarte.

El orgullo le hizo erguir la espalda y alzar ligeramente la barbilla. Raúl Montenegro no se saldría con la suya. No se lo permitiría.

—Vamos, señorita Durán, todo el mundo sabe qué tipo de pretensiones tienen las mujeres de su calaña —afirmó Raúl como algo obvio.

¡Calaña! ¡Pero, ¿qué...?! Cálmate, cálmate...

Tenía que calmarse, sí, respirar hondo y contar hasta diez, o mejor hasta mil, porque le estaban entrando unas enormes ganas de arrancarle la piel a tiras.

—Y, según usted, ¿cuáles son mis pretensiones? —preguntó pausadamente con voz medida.

—Las sabe mejor que nadie. No me haga repetírselas —respondió Raúl.

Alexia apretó la mano formando un puño. Si no lo hacía, acabaría dándole un puñetazo. Raúl la observaba con una expresión inescrutable en el rostro.

—Es evidente que ya ha emitido su propio juicio respecto a mí —dijo Alexia.

—Soy abogado —apuntó Raúl, justificándose.

—Usted lo ha dicho: abogado. No juez —matizó Alexia—. Así que tenga cuidado cuando pronuncie la sentencia. No vaya a ser que se equivoque.

A Raúl le demudó el rostro. No le hizo gracia aquella respuesta.

—No me gustan las mujeres como usted —aseveró.

—¿Y a mí qué me importa cómo le gusten las mujeres? —saltó Alexia—. A mí, como si le gustan calvas.

Raúl dejó escapar una risilla. No podía negar que Alexia Durán era puro carácter debajo de esa apariencia delicada y de la timidez que mostró el día que estuvo en la mansión de los Malasaña. Una gata pelirroja dispuesta a enseñar las uñas cuando hiciera falta. Aquello, lejos de molestarle, le divertía.

—Estoy seguro que de eso de renunciar a la herencia de Francisco Malasaña no es más que una treta —dijo.

—¿Una treta? —repitió Alexia, desconcertada.

¿De qué demonios habla?

—Sí, una treta —reafirmó Raúl, rodeando la mesa y colocándose de frente a Alexia. Ella se tensó ante su cercanía—. ¿Quién va a creerse que después de

haber estado enredada con Francisco Malasaña va a renunciar a su dinero así por así?

—¡No le voy a permitir que me hable de ese modo! —exclamó Alexia con furia contenida.

Alzo la mano, dispuesta a abofetear ese rostro lleno de arrogancia que tenía delante, pero Raúl la detuvo a medio camino, agarrando su muñeca con un movimiento ágil como el de un felino.

—Tranquila, gatita —le dijo con voz profunda e intensa.

Alexia se estremeció.

Raúl se acercó a ella hasta quedar a solo unos cuantos centímetros de su rostro salpicado de pecas. Alexia tragó saliva ruidosamente cuando sintió su aliento cálido en el borde de los labios. El corazón le palpaba tan fuerte que parecía que se le quería salir del pecho. Durante unos segundos, ambos se escrutaron los ojos mutuamente.

Raúl deslizó la mirada hasta la boca de Alexia. Era pequeña y jugosa y los labios se apreciaban de una tonalidad rojiza que se le antojó deliciosa.

¿Va a besarme?, se preguntó Alexia, nerviosa. *Oh, Dios, ¿va a besarme?*

El pulso se le aceleró vertiginosamente y notó un extraño cosquilleo en el estómago. De pronto se sentía turbada.

Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, hipnotizada por la extraña atmósfera de la situación. Raúl sonrió, le soltó la muñeca y dio un paso hacia atrás. Alexia se quedó descolocada y en cierto modo, aturdida. Pestañeo varias veces seguidas, como si acabara de despertar de una ensoñación. Entonces vio la sonrisa sarcástica que mostraban los labios de Raúl Montenegro.

Un impulso de renovada determinación la poseyó al tiempo que también retrocedía un paso, tomando distancia con él. Por alguna razón que se le escapaba al entendimiento, necesitaba alejarse de Raúl Montenegro.

—Es usted un gilipollas —alcanzó a decir únicamente, intentando disimular su nerviosismo.

—Eso no es nuevo, señorita Durán —ironizó Raúl con semblante templado—. Ya me lo dijo el día que la saqué del despacho de Francisco Malasaña para evitar que Graciela la golpeará. Por cierto, no me dio las gracias —añadió con el

mismo matiz de ironía.

—Pues a estas alturas no piense que voy a dárselas —dijo Alexia, haciendo gala de terquedad.

—¿Por qué será que no me sorprende? —comentó Raúl.

Alexia lo ignoró. De repente estaba como ausente.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntó a sí misma. Pero para cuando se quiso dar cuenta, lo había expresado en voz alta.

—Buscarse un buen abogado —le respondió Raúl.

Alexia sonrió con amargura.

—¿Usted se cree que todo el mundo tiene el suficiente desahogo económico como del que disfruta la familia Malasaña o la suya propia, para contratar los servicios de un abogado, sea bueno o malo? —comentó.

—Ese no es mi problema, ni problema de la familia Malasaña —fue la seca respuesta de Raúl.

—Entiendo... —murmuró Alexia con voz apagada. *¿Cómo puede ser tan cruel? ¿Tan insensible?*—. Aparte de gilipollas es usted un capullo —afirmó sin poder morderse la lengua y resistiéndose a ser intimidada por Raúl Montenegro.

Raúl no se inmutó.

—Soy abogado, señorita Durán —dijo en tono impersonal—. Mi deber es proteger los intereses...

—... de los Malasaña —terminó la frase Alexia—. Ya lo ha dicho antes. Eso tampoco es nuevo.

Alexia notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, pero trató por todos los medios de no llorar. Ella no tenía dinero para pagar los honorarios de un abogado, ni bueno ni malo, ni caro ni barato, y lo peor es que ni Raúl Montenegro ni los Malasaña parecían estar dispuestos a dejarla en paz. Llevarían aquel asunto a los tribunales hasta acabar con ella, tal y como había predicho su madre.

Aquel pensamiento la espeluznó.

—Ha sido un error venir —reconoció en un arranque de sinceridad. Respiró hondo y como pudo, se tragó las lágrimas—. Yo también sé de sobra cómo son los hombres como usted —añadió. Ese comentario hizo que Raúl frunciera el ceño,

pero no dijo nada, dejó que Alexia continuara hablando—. Fríos, insensibles, intimidantes y entregados totalmente a su trabajo. Seguro que no tiene ningún tipo de remordimiento a la hora de romper a su contrincante en el estrado...

—Para eso me pagan —se justificó Raúl—. Es mi trabajo.

Alexia lo miró sin parpadear. Las pupilas le vibraban.

—Pues siga trabajando —le dijo.

Sin decir nada más, se giró y enfiló los pasos hacia la puerta, bajo la atenta mirada de Raúl, que la seguía con los ojos entornados.

—Que tenga un buen día —se despidió Raúl.

Antes de salir, de pie en el umbral y con el pomo de la puerta en la mano, Alexia se detuvo durante una fracción de segundo y miró a Raúl Montenegro por encima del hombro.

—Váyase al infierno.

Finalmente salió del despacho y Raúl se quedó un rato observando la puerta cerrada, apoyado en el borde de la mesa.

CAPÍTULO 12

Alexia pasó dando grandes zancadas por delante de Esther, que en esos momentos tecleaba algo en el ordenador.

—Hasta luego —se despidió la secretaria, más por cortesía que por otra cosa, ya que no le había gustado nada el modo en que Alexia había irrumpido en el despacho del señor Montenegro. La había dejado en evidencia a ella. Pero Alexia no la oyó. Estaba sumida en sus pensamientos y tratando de que la rabia que bullía en el interior de sus venas como un dragón no le hiciera explotar.

Estaba tan ensimismada, que tampoco se dio cuenta de que se había cruzado con Jorge Montenegro y de que este se le había quedado mirando al ver que tenía la cara congestionada y los ojos llenos anegados en lágrimas.

Eres detestable, Raúl Montenegro, farfulló Alexia en silencio mientras el ascensor la bajaba a la primera planta. *Detestable*.

Quería gritar, patalear, pero se tuvo que conformar con apretar los labios y dejar que el aire fresco de la calle le refrescara el rostro. Se paró frente a las puertas de cristal para tomar aliento e intentar recuperar el dominio de sí misma.

No quería llorar, pero las lágrimas que llevaba un buen rato conteniendo, finalmente comenzaron a rodar con precipitación por sus mejillas.

Dio un zapatazo en el suelo, rabiosa. Giró el rostro por encima del hombro y susurró una maldición que dirigió a la construcción de cristales azul cobalto que se encontraba a sus espaldas. Hasta ese momento no se había fijado en que el edificio donde se alojaba la firma de los hermanos Montenegro era una de los más imponentes de Madrid, y también uno de los más imponentes.

Echó un vistazo rápido de abajo arriba; apenas podía abarcarlo con la mirada. De pronto se sintió insignificante frente al peso pesado del tándem que habían formado los Malasaña y Raúl Montenegro.

Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo.

—¿En qué lío me has metido, Francisco? —lanzó al aire en voz baja.

Jorge Montenegro llamó al despacho de su hermano y seguidamente entró.

—¿Quién es la chica que acaba de salir de aquí? —le preguntó.

—¿Una pelirroja?

—Sí. ¿Es una clienta?

—No —negó Raúl—. Es la amante del difunto Francisco Malasaña —le aclaró.

—¿La amante de Francisco Malasaña? —Jorge dejó entrever una profunda sorpresa en la expresión de su rostro—. ¿Cómo iba a ser su amante, si apenas es una niña?

—Pues ya ves —concluyó Raúl, rodeando la mesa y sentándose en el sillón de cuero—. Las niñas de hoy en día están muy espabiladas —añadió algo molesto.

Jorge avanzó unos metros, se desabrochó la chaqueta del traje y se acomodó en una de las sillas que había delante del escritorio.

—¿Y eso te... molesta? —le preguntó a Raúl, reparando en el extraño tono en el que hablaba.

Raúl arrugó la frente.

—¿Molestarme? ¡No, hombre! —se adelantó a decir, al mismo tiempo que hacía un gesto con la mano que resultó casi desdeñoso—. Alexia Durán puede hacer con su vida lo que le dé la gana. Mi labor en todo esto es lograr que los Malasaña ganen la demanda que le han puesto para que renuncie al tercio de la herencia que le ha dejado Francisco Malasaña y que no moleste nunca más.

—Y estoy seguro de que lo vas a conseguir —intervino Jorge.

—¿Hay algún caso que se me haya resistido? —preguntó Raúl, aunque más bien era una afirmación.

—Ninguno —corroboró Jorge, blandiendo en los labios una sonrisa de medio

lado. Raúl era un hacha como abogado. Eso era indiscutible—. Si me permites un consejo, hermanito...

—¿Esta es una de esas veces en que vas a hacer de hermano mayor? —dijo Raúl en tono de broma.

—Yo siempre hago de hermano mayor —respondió Jorge—. Básicamente porque lo soy.

Raúl lanzó una risilla y negó para sí.

Jorge tiene un instinto de protección muy desarrollado.

—A ver... dime —dijo resignado.

—He visto a esa chica, a... Alexia Durán... No tiene aspecto de ser una persona problemática. Tenía el rostro congestionado y estaba a punto de llorar.

—Pero eso es porque tiene un carácter de cuidado —alegó Raúl—. No se ha podido salir con la suya y se comporta como una niña pequeña a la que le quitas un juguete y forma un berrinche.

—Raúl, te conozco muy bien —dijo Jorge, echándose hacia adelante—. Sé que eres implacable como abogado. Pero quizás en este caso debas quitar un poco el pie del acelerador...

—¡Vamos, Jorge! —exclamó Raúl en tono distendido, abriendo los brazos en un gesto teatral—. Es un caso como otro cualquiera.

—¿Estás seguro?

Raúl se encogió de hombros, indiferente.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé por qué, pero esa chica no me da aspecto de... —buscó una palabra que dejara claro qué quería decir—... interesada o lagarta.

Raúl soltó una sonora carcajada.

—No te dejes engañar por su aspecto angelical —afirmó—. Ese es el arma que utilizan este tipo de mujeres. Engatusan a un pobre viejo con pasta y se dan una vida de lujo gracias a su dinero.

—No creo que sea el caso de Alexia Durán. Parece de lo más indefensa —atajó Jorge de inmediato, que, aunque desconocía el motivo, seguía empeñado en sacar la cara por ella.

Le había conmovido mucho verla salir del despacho de Raúl en el estado en el que la había visto.

—Creo que ves en Alexia el reflejo de Sofía —opinó Raúl—. Salvando las distancias que hay entre ellas, claro —añadió—. Y hasta cierto punto, puedo comprenderlo. Pero te aseguro que no se parecen en nada. No es el primer caso al que me enfrento en el que una mujer vende su *afecto* y sus *favores* a cambio de una vida llena de lujos, y Alexia Durán es una de ellas.

—Tal vez tienes razón —apuntó Jorge—. Solo espero que no te estés equivocando.

—Estoy completamente seguro de lo que te digo —repuso Raúl, convencido.

—Definitivamente, eres implacable —señaló Jorge con orgullo de hermano.

—No se puede ser el mejor abogado del país sin tener un lado algo despiadado —afirmó Raúl—. Y yo soy, ante todo, abogado.

CAPÍTULO 13

—¿Dónde has estado? —le preguntó Valeria a Alexia, levantándose rápidamente del sofá cuando entró en el salón con rostro apático—. Me tenías preocupada.

—He ido a ver al abogado de los Malasaña —le informó Alexia.

—¿Y?

—Es peor que ellos, mamá —dijo Alexia—. Es un déspota, un insensible, un prepotente y un cabrón —enumeró.

—Alexia...

Valeria no daba crédito.

—Y me quedo corta.

Alexia exhaló un profundo suspiro, agotada. Se sentía como si hubiera estado toda la mañana corriendo en una maratón.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber su madre.

—Que me busque un buen abogado, que lo voy a necesitar —contestó Alexia.

Valeria se llevó las manos al pecho.

—Dios mío... —musitó—. ¿Y tú que le has respondido?

—Que es un gilipollas y un capullo.

—¡Alexia, esas no son palabras! —la reprendió Valeria en tono suave.

—Pero es que lo es, mamá. Lo es —reafirmó Alexia con énfasis.

Pensar en Raúl Montenegro hacía que la rabia creciera de nuevo dentro de ella.

—Tienes que aprender a controlar ese genio —le aconsejó su madre, aunque no

lo hacía en tono de enfado o de reproche.

Quizás mamá tenga razón. Quizás debo controlar mi genio. Pero sin mi genio yo no sería yo...

Alexia miró a su madre. Chasqueó la lengua. En esos momentos había algo mucho más importante de lo que preocuparse que de su genio.

—Tengo a las dos familias más poderosas de Madrid unidas en mi contra —afirmó, retomando el tema de la conversación. Hizo una pequeña pausa—. Lo siento, mamá. Lo siento mucho.

Alexia sabía lo que le angustiaba a su madre todo ese asunto y lo poco que le gustaba que ella estuviera mezclada con los Malasaña.

Valeria se acercó a ella y la abrazó.

—Tú no tienes la culpa, Alexia —la consoló mientras le acariciaba cariñosamente la cabeza—. Tú no tienes la culpa de nada... Bastante has hecho con renunciar a la herencia que te ha dejado Francisco.

Después de unos segundos deshicieron el abrazo. Alexia deslizó la mirada hasta el suelo. Valeria tomó el rostro de su hija entre las manos y la obligó a alzarlo.

—Buscaremos un abogado de oficio —dijo—. Nos acogeremos a la Constitución Española: todos tenemos derecho a asistencia jurídica gratuita. Mañana iremos al Servicio de Orientación Jurídica del Colegio de Abogados y veremos cuáles son los requisitos necesarios para solicitarlo ¿vale? —Alexia asintió con la cabeza en silencio—. No estás sola en esto, mi niña. Yo estoy contigo, por supuesto, y Jimena también.

Los ojos de Alexia se llenaron de lágrimas al escuchar las palabras de ánimo de su madre.

—No llores —le dijo Valeria, limpiándole los surcos que las lágrimas dibujaban en sus pecosas mejillas—. No merece la pena. Además, saldremos de esta del mismo modo que hemos salido de otras.

Alexia se refugió toda la tarde entre las cuatro paredes de su habitación.

Necesitaba estar sola. Al final del día, cuando el sol terminaba su jornada, Jimena golpeó la puerta del cuarto.

—¿Se puede? —preguntó, asomando ligeramente la cabeza.

Alexia insinuó una breve sonrisa en los labios.

—Claro, pasa —le dijo, mientras se incorporaba encima de la cama, cerraba el libro que estaba leyendo y lo dejaba sobre la mesilla.

Jimena terminó de abrir la puerta y entró.

—Mamá me ha contado lo del abogado —comenzó a decir—. ¿Quieres hablar?

Alexia le hizo un hueco a su lado a modo de respuesta.

—¿Cómo estás? —se interesó Jimena, sentándose en la cama.

Alexia alzó los hombros.

—Creo que se me avecinan problemas —respondió.

—¿No has conseguido nada hablando con Raúl Montenegro?

Jimena subió las piernas encima de la cama y las colocó como si fuera un indio.

—No —negó Alexia—, excepto que se me desarrolle una vena asesina que no conocía —bromeó.

Jimena rio. Admiraba el humor, casi siempre ácido, con el que Alexia se tomaba las cosas. Aunque sabía que lo estaba pasando mal. Lo veía en la tristeza que anidaba en el fondo de sus preciosos ojos azules.

—Va a ir a por mí —aseveró Alexia, tomando de nuevo la palabra.

—¿Por qué lo dices cómo si Raúl Montenegro tuviera algo personal contra ti?

—Porque es lo que parece.

—Pero, ¿qué puede tener en tu contra? —preguntó Jimena, ceñuda.

—No lo sé. Quizás solo es que se toma su trabajo muy a pecho. Pero no ha parado de decirme que no se cree que vaya a renunciar a la herencia, que es una treta, que conoce muy bien a las mujeres de mi calaña.

—¿Mujeres de tu calaña?

—Para Raúl Montenegro soy poco menos que una interesada y una fresca.

—Él no es nadie para juzgarte —repuso Jimena rotundamente.

Raúl Montenegro estaba empezando a caerle francamente mal.

—Eso mismo le he dicho yo: que es abogado, no juez, y que debe de tener cuidado, no sea que se equivoque. Pero no está por la labor de cambiar su opinión respecto a mí.

—¿Y a ti te importa que piense eso? —le preguntó Jimena. Alexia cogió el peluche de piolín que tenía sobre los almohadones y comenzó a jugar con él—. ¿Qué pasa, Alexia? —dijo, buscando su mirada.

Alexia levantó los ojos y miró a su hermana.

—Ha habido un momento mientras estábamos discutiendo que... —súbitamente se interrumpió.

—¿Que qué? —la espoleó Jimena, que se moría de curiosidad.

—Juraría que ha estado a punto de besarme —dijo al fin Alexia.

—Espera, espera, espera un segundo... —le pidió Jimena, visiblemente exaltada. Extendió las palmas de las manos haciendo el gesto de «stop». Necesitaba algo de tiempo para procesar lo que le estaba contando Alexia—. ¿Has dicho que casi te besas con Jorge Montenegro?

Dio un salto y se puso de pie.

—No sé cómo pasó —se adelantó a decir Alexia, tratando de excusarse mientras seguía con la mirada a Jimena, que caminaba de un lado a otro de la habitación—. Yo levanté la mano para darle una bofetada...

—¿Llegaste hasta ese extremo? —interrumpió Jimena, que no salía de su asombro.

—¡Es que me saca de mis casillas! —afirmó Alexia—. ¡Tiene un don para sacarme de quicio!

—La verdad es que no me extraña. Pero continúa —le pidió su hermana.

Alexia volvió a retomar el relato.

—El caso es que él lo impidió sujetándome por la muñeca y cuando me quise dar cuenta, lo tenía a un palmo del rostro. ¡A un palmo!

—¿Y qué sucedió después? ¿Qué sucedió? —preguntó Jimena, que a esas alturas ya no podía disimular su impaciencia.

—Cerré los ojos, pensando que iba a besarme y de repente... pufff...

—¿Pufff?

—Sí, pufff.

—¿Qué significa «pufff»?

—«Puff» significa nada.

—¿Entonces no hubo beso?

Alexia meneó la cabeza de un lado a otro, negando.

—No —dijo—. Cuando abrí los ojos, Raúl Montenegro se había separado y me sonreía sarcásticamente.

—¡Será cabrón! —exclamó Jimena con rabia.

De otro salto volvió a sentarse de nuevo sobre la cama.

—Le gusta intimidar, imponer —aseveró Alexia—, hacerle saber a la otra persona que está por encima de ella y que es quien controla la situación.

—Desde luego, como abogado no tiene precio —ironizó Jimena—. Es normal que sea uno de los mejores del país.

—No, no lo tiene —comentó Alexia—. Raúl Montenegro es una de esas personas para quien su profesión lo es todo. No hay nada en su corazón que no sea su vocación. No hay cabida para otra cosa, ni en un lado ni en otro del corazón. Por eso es implacable, incluso cruel...

—¿Cruel?

—Sí, hoy me pareció cruel. La forma cáustica en que se ha dirigido a mí... No sé...

Alexia hizo una mueca de disgusto con la boca.

—No me explico cómo puede haber gente así. De verdad que no me lo explico —comentó Jimena. Volvió el rostro y miró a su hermana—. ¿Y qué vas a hacer? —preguntó, transcurridos unos instantes.

—¿Con Raúl Montenegro?

—Con él y con los Malasaña.

—Vamos a buscar un abogado de oficio —respondió Alexia—. Mañana mamá y yo vamos a ir al Colegio de Abogados para informarnos.

Jimena delineó una sonrisa en los labios.

—Me alegro de que vayas a plantarle cara a los Malasaña y a ese cabrón de Raúl Montenegro —aseveró en tono determinante.

—La verdad es que no me queda de otra —alegó Alexia, lanzando al aire un suspiro de resignación—. Están dispuestos a ir a por mí a toda costa, incluso aunque mi intención sea renunciar a la parte de la herencia que me ha dejado Francisco.

—Da igual si lo haces porque no te queda de otra o porque te sale de las narices, me alegra que les vayas a dar guerra —apostilló Jimena—. Que se enteren de quién es Alexia Durán.

Jimena se aproximó a su hermana, inclinó la cabeza hacia un lado y la apoyó en la suya.

—Sabes que cuentas conmigo, ¿verdad? —le dijo.

—Sí, lo sé —respondió Alexia.

—Y también sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, también lo sé. —Alexia alargó el brazo y le acarició el pelo—. Yo también te quiero, Jimena. Te quiero mucho. Mucho.

Jimena se giró ligeramente y abrazó con fuerza a Alexia.

CAPÍTULO 14

Anocheecía en Madrid cuando Raúl llegó a casa. Un piso de más de setecientos metros cuadrados situado en el barrio de Almagro, una de las zonas más exclusivas de la capital, emplazado entre la calle de Santa Engracia y el Paseo de la Castellana.

Nada más de entrar se dirigió al salón y dejó el maletín encima de la mesa de cristal que presidía la estancia. Había sido un día agotador, sobre todo, la mañana.

Se pinzó la nariz a la altura de las cejas para intentar mitigar la presión que tenía en la frente.

Exhaló el aire de los pulmones.

Fue hasta el equipo de sonido y pulsó el *play*. Las notas de *La Sinfonía número 8* de Beethoven llenaron el aire. Envuelto en la música clásica enfiló los pasos hacia la licorera que había en el rincón del fondo, echó un par de hielos en un vaso ancho y se sirvió un whisky.

Se desabrochó el botón de la chaqueta del traje, tiró del nudo de la corbata y se la aflojó.

A media luz, con el incipiente resplandor de las luces de Madrid colándose en el salón, se acercó a los ventanales. Dio un trago largo del whisky. El líquido ambarino calentó su garganta, relajándole.

La visita de Alexia Durán lo había descolocado. No se la esperaba. Esa manera de entrar en su despacho como un huracán al que no se le puede detener, le hizo esbozar una sonrisa ladina que se reflejó en el cristal. Esa chica era pura vehemencia, puro ímpetu, puro fuego...

—Me pregunto si serás igual para todo —murmuró en tono pícaro.

El momento en el que Alexia le levantó la mano asomó a su mente.

—Incluso has intentado darme una bofetada. —Apretó los dientes—. Mmmm... —siseó sugestivamente—. Eres una gata, una gata pelirroja. Me hubieras arañado la cara de no ser porque te detuve.

Alzó el brazo y se llevó el vaso a los labios. Mientras el whisky le raspaba la garganta, se dio cuenta de que rememorar la escena le estaba poniendo cachondo.

Enarcó los ojos. Su expresión se ensombreció y su rostro ganó seriedad.

—Lástima que tenga que acabar contigo —aseveró con voz rotunda.

De repente, recordó la conversación que había mantenido con Jorge. Había dejado entrever la posibilidad de que Alexia se hubiera enamorado realmente de Francisco Malasaña. Raúl reflexionó sobre ello.

No, negó para sí mismo. Ese tipo de mujeres no se enamoran de nadie. Solo lo hacen de las carteras y de las cuentas corrientes llenas de ceros. Pero, ¿Alexia Durán es así? ¿Es de ese tipo de mujeres?

—¡Claro que es de ese tipo de mujeres! —exclamó, reafirmando en sus pensamientos. De un trago se terminó el whisky que le quedaba en el vaso—. No es posible que estuviera enamorada de Francisco Malasaña. Es cierto que hay mujeres a las que les gustan los hombres maduros, pero Francisco Malasaña le triplicaba la edad. Era imposible. La diferencia generacional era abismal. ¿Cómo iba a estar enamorada de él?

Paró sus pensamientos en seco.

—¿Qué coño me importa a mí si estaba enamorada o no de Francisco Malasaña? —se preguntó.

El sonido de su móvil interrumpió sus reflexiones. Dejó el vaso vacío sobre el alfeizar de la ventana, se palpó los bolsillos de la chaqueta, introdujo la mano en el derecho y lo sacó.

Era Adrián.

—Dime...

—¿Qué tal? —le preguntó Adrián.

—Bien, ¿y tú? —correspondió Raúl.

—Terminando de hacer la maleta —respondió Adrián, mientras sujetaba el

teléfono entre la mejilla y el hombro y doblaba un pantalón—. ¿Puedes acercarme mañana al aeropuerto, así aprovechamos para tomarnos un café y despedirnos?

—¿A qué hora tienes que estar allí?

—El avión sale a las doce, así que con estar allí a las once es más que suficiente —dijo Adrián—. Pero quizás vas a estar ocupado.

Raúl hizo un repaso mental rápido a la agenda que tenía el día siguiente.

—No —negó, viendo que no tenía nada importante—. A esa hora puedo escaparme y llevarte al aeropuerto.

—Gracias, hermanito —le agradeció Adrián con su buen humor—. ¿Qué te parece si me acerco al despacho?

—Perfecto. Así ganamos tiempo.

—Entonces te veo mañana.

—Hasta mañana.

Raúl colgó la llamada. Cuando iba a guardarse el teléfono en el bolsillo, volvió a sonar.

—Buenas noches, Graciela —saludó al descolgar.

—Buenas noches, Raúl. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿A qué debo tu llamada? —le dijo Raúl, atajando la conversación.

—¿Tienes alguna noticia sobre la demanda puesta a esa zorra? —le preguntó Graciela, directa como una bala, refiriéndose a Alexia.

Esta mujer no tiene medida.

—Sí, sé que ya la ha recibido —respondió Raúl.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ha estado en mi despacho.

—Vaya... *La pintas* no se anda con tonterías —se burló sin miramientos—. ¿Qué te ha dicho?

—Sigue manteniendo que va a renunciar a la herencia de tu difunto padre, que no quiere ni un solo céntimo.

Graciela puso los ojos en blanco al otro lado de la línea y chasqueó la lengua

con fastidio.

—Qué generosa es —apuntó mordaz—. Bastante le habrá sacado ya en vida a mi padre —añadió con desdén. Un músculo se movió en las mandíbulas de Raúl cuando las contrajo—. No es más que una pu...

—Graciela... —le cortó Raúl.

No sabía la razón, pero que Graciela hablara en esos términos estaba haciendo que le bullera la sangre en las venas. La hija mayor de Francisco Malasaña estaba enferma de arrogancia. Hasta un punto que resultaba insufrible.

—Perdón —se disculpó ella, aunque su voz sonaba totalmente desafectada—. Pero es que pensar en que esa... —Buscó una palabra más tibia—... niñata y mi padre... —Suspiró de forma ruidosa—. En fin...

—No te preocupes —intervino Raúl en tono templado—. Yo me ocuparé de Alexia Durán.

—Que sea rápido —pidió Graciela.

Raúl dejó escapar una risilla.

—La justicia lleva su tiempo —apuntó—. Mucho me temo que vamos a tener que armarnos de paciencia.

—Tienes razón, Raúl —dijo Graciela con suavidad—. Pero es que es tan desesperante tener la herencia parada, solo por esas *pintas*.

Raúl pensó que Graciela tenía muchas más ganas de echarle mano a la fortuna de Francisco Malasaña que Alexia. Era más que justificable; era la hija, y tendría ganas de que todo se normalizara, aunque le hiciera menos falta el dinero.

—Bueno, no te molesto más —agregó Graciela.

Esperaba que Raúl le dijera que no era ninguna molestia y que empezara un tipo de conversación un poco más personal. Sin embargo nada de eso llegó. En realidad, Raúl quería colgar y darse una ducha. Estaba cansado.

—Cuando tenga más noticias, me pondré en contacto contigo —dijo Raúl.

—Está bien —claudicó Graciela, al comprobar que Raúl no tenía ganas de charla.

—Hasta mañana —se despidió Raúl.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO 15

Cuando Graciela colgó, se quedó un rato con el teléfono en la mano.

—Raúl Montenegro me gusta. Me gusta mucho —murmuró con los ojos entornados—. Es atractivo a rabiarse, varonil, elegante, inteligente y además es uno de los solteros de oro de España. —Entornó los ojos—. Tengo que llevármelo a la cama, y quién sabe dónde más —afirmó.

Se dejó caer sobre el sofá de piel mientras fantaseaba con la idea de llevarlo al altar.

—¿Te imaginas, *Little*? —dijo, dirigiéndose al gato de angora negro que tenía de mascota—. Casarme con Raúl Montenegro... —Fijó la mirada en el techo—. Saldría en todas las revistas. Ohhh, sí, sí... Absolutamente en todas, y en portada, por supuesto. —Graciela se relamía solo de pensarlo.

Little la miró con sus ojos redondos y felinos y parpadeó lánguidamente, como si estuviera cansado de escuchar diariamente los delirios de grandeza de su dueña.

—Ya veo los titulares, *Little* —continuó Graciela, ajena al aburrimiento de su gato. Movié los brazos aspaventosamente—: ¡Graciela Malasaña y Raúl Montenegro se casan! ¡Raúl Montenegro, uno de los solteros de oro del país, cae rendido a los pies de Graciela Malasaña!

Little se estiró, desperezándose como si hubiera estado dormido un siglo, ronroneó y se tumbó al lado del muslo de Graciela, que le acarició el lomo.

—Sin duda sería la boda de año —habló de nuevo—. Los Malasaña y los Montenegro, dos de las familias más importantes de Madrid, emparentados. Sí, *Little*... —La mano de Graciela seguía acariciando el suave pelaje del gato—, tengo que conseguir a Raúl Montenegro a como dé lugar. Será mi trofeo particular.

Y realmente eso es lo que era Raúl Montenegro para Graciela: un trofeo, una

suerte de premio, merecido o no. Para ella no parecían existir las personas ni los sentimientos; para ella solo existían los triunfos, los logros, los objetivos, las metas conseguidas. Todo en su vida funcionaba así.

—¡Seré la envidia de la alta sociedad! —exclamó.

En un arrebato, cogió al gato, que solo le quedaba dejarse hacer. Dejarse hacer, o arañarle el rostro, y se lo puso delante de la cara.

—¿Me oyes bien, *Little*? ¡La envidia de la sociedad!

Después lo depositó sobre sus rodillas y lo acarició con la palma de la mano, desde la cabeza a la cola, como el personaje malo de un cuento. Cualquiera que viera la escena diría que se parecía a la mismísima Maléfica.

Adrián introdujo el equipaje en el maletero del Audi A8 color aguamarina de Raúl y se metió en el coche.

—Listo —dijo, acomodándose en el asiento del copiloto.

Raúl puso en marcha el vehículo, estacionado frente al edificio del despacho, y se incorporó a la circulación.

—El tráfico está cada día peor —se quejó Raúl, al que le tocó dar un frenazo para no chocar por detrás con un Opel Corsa que se había detenido de repente delante de ellos—. Al final voy a terminar viniendo a trabajar en bici, como los ejecutivos americanos —dijo.

—Déjame que lo dude —le contradijo Adrián—. Tú no puedes vivir sin tu Audi —se burló.

Raúl giró el rostro al parar en un semáforo en rojo. Iba a rebatir a su hermano, pero decidió callarse. En el fondo tenía razón.

—Iba a objetar tu afirmación —dijo con ironía—, pero tienes razón. Mi coche parece un apéndice mío.

—No parece un apéndice tuyo. Es, literalmente, un apéndice tuyo —le corrigió Adrián.

—No es para tanto.

—Sí, sí que lo es. Vas con él a todas partes.

El semáforo se puso en verde. Raúl suspiró y con rostro de resignación echó a andar de nuevo el coche.

—¿Al final qué quería la hija mayor de Francisco Malasaña? —curioseó Adrián—. Con todo el lío de mi viaje a Nueva York se me ha olvidado preguntarte.

—Quitarle el tercio de herencia que su padre le ha dejado a su joven amante —respondió Raúl.

Adrián levantó una ceja negra en un elocuente gesto entre interrogativo y asombrado.

—Vaya, vaya... ¿Francisco Malasaña tenía una amante? —dijo.

—Sí, una chica de apenas veinte años.

—¿Veinte años?! —Adrián silbó—. No me digas nada más. Seguro que es una de esas chicas de largas piernas, aspirante a modelo y con aire de pavisosa.

—Pues la verdad es que no, Alexia Durán es una estudiante que viste de forma ligeramente hippy y que tiene un carácter de los mil demonios.

—¿En serio?

—Sí.

—Supongo que algo vería en ella Francisco Malasaña.

—Bueno, pese a su aspecto desenfadado e informal, es una chica atractiva. —Raúl hizo un repaso mental de su imagen—. Pelo largo, pelirroja, ojos azules, mejillas salpicadas de pecas...

—¿A lo Pipi Calzaslargas? —bromeó Adrián.

—Tiene bastante más glamour que Pipi Calzaslargas y más mala hostia también —rió Raúl—. No es de las que se deja amedrentar fácilmente.

—Veo que ya has tenido oportunidad de comprobarlo en persona.

—Ya me conoces...

—Pobre chica.

—De pobre, nada —atajó Raúl, terminante.

Adrián frunció el ceño.

—¿Ocurre algo? —preguntó desconcertado.

Raúl lo miró con expresión de extrañeza.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó a su vez.

—No sé, pero te ha cambiado la cara y tu tono de voz se ha vuelto... serio.

—¿De qué coño hablas?

—Raúl, ¿te estás escuchando? —insistió Adrián.

—¿Qué?

—¿Ocurre algo con esa chica?

—¡¿Qué?! Estás desvariando Adrián —afirmó Raúl a la defensiva, levantando la voz.

—¿Se puede saber por qué hostias te pones así? —Adrián estaba descolocado—. Raúl, ¿pasa algo con esa chica? ¿Con esa tal... Alexia? —le volvió a preguntar con gravedad.

—No pasa nada con ella —respondió al fin Raúl—. ¿Qué iba a pasar?

—Raúl, ¿follas a menudo? —le dijo Adrián.

—Seguro que follo más que tú.

—Es que no lo entiendo...

Raúl puso los ojos en blanco.

—Será mejor que cambiemos de tema —sugirió, imponiéndose.

—Solo espero que cuando regrese, te hayas echado novia —añadió Adrián.

Raúl no pudo evitar soltar una carcajada.

—Ya sabes que yo no soy de estar en pareja como Jorge o como tú, prefiero ir a mi bola...

—Eres un soltero incurable.

—Y hablando de novias... —le cortó Raúl—, ¿qué me dices de Eva, la amiga de Sofía? El día de la boda se os veía muy...

—¿Muy qué?

—Ya sabes... Muy... pendiente el uno del otro.

—No la he vuelto a ver desde entonces. Ella se fue a Londres a aprender inglés. De todas formas, sería un suicidio empezar algo ahora. Te recuerdo que me voy a Nueva York.

—Lo dices como si te fueras a la guerra a Afganistán y no fueras a regresar.

—No me voy a la guerra y te aseguro que espero volver; no os vais a deshacer de mí así como así. Pero empezar algo y largarte a más de 5.600 kilómetros no es recomendable.

—Supongo que tienes razón —concedió Raúl con un matiz de burla en la voz—. Tú y Jorge sois los expertos en el amor —añadió.

—Claro que tengo razón —bromeó Adrián, dando un pequeño puñetazo en el hombro de su hermano.

—¡Ay! —se quejó Raúl—. Porque estoy conduciendo, sino este te le devolvía —siguió la broma.

—Eres un enclenque.

—Sí, sí, enclenque.

Ambos se echaron a reír con la complicidad que había entre ellos.

Ya en el aeropuerto, se tomaron un café mientras hablaron de todo un poco. Adrián no quiso volver a sacar el tema de la tal Alexia, vista la extraña reacción que había tenido Raúl, aunque nadie le quitaba de la cabeza que pasaba algo raro.

—Y échate novia —se despidió Adrián a medida que avanzaba hacia la puerta de embarque.

—Lárgate ya, Adrián —respondió Raúl, negando para sí y sonriendo.

Novias yo..., pensó en silencio.

CAPÍTULO 16

Alexia se pasaba el secador por la larga cabellera pelirroja tratando de secar lo antes posible la enorme mata de pelo que tenía.

Valeria asomó la cabeza por la puerta del cuarto de baño. Alexia apagó el secador cuando la vio.

—Lo siento, cariño —se disculpó Valeria—. Me ha llamado la señora Gómez para pedirme que entre un par de horas antes a trabajar. Va a tener visita y quiere que le limpie la casa. Ya sabes lo pesada que es a veces. Mejor dicho, siempre. —Apretó los labios—. No te puedo acompañar al Colegio de Abogados.

—No te preocupes, mamá. Puedo ir sola —dijo Alexia, esbozando una sonrisa de comprensión.

—¿Por qué no lo dejamos para mañana? Así podré ir contigo —sugirió su madre.

Alexia amplió la sonrisa.

—No te preocupes, mamá. Iré sola. Además, supongo que los trámites para que nos asignen un abogado de oficio llevará unos días. Así que cuanto antes lo haga, mejor.

—¿No tendrás ningún problema?

—Seguro que no.

—¿No puede acompañarte Jimena?

—Se acaba de ir a clase —respondió Alexia—. Mamá, tranquila, en serio. Solo voy a informarme. Vete a atender a la pesada señora Gómez.

—Está bien —accedió Valeria, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza—. Llámame por teléfono en cuanto sepas algo.

—Así lo haré.

Valeria lanzó un cariñoso beso al aire.

—Te quiero —le dijo a Alexia.

—Y yo a ti, mamá.

Se giró sobre sus talones y salió del cuarto de baño. Alexia encendió de nuevo el secador y terminó de acondicionarse el pelo mientras tarareaba el último single de Vanesa Martín.

Una hora después estaba frente a las puertas del edificio que alojaba el Colegio de Abogados.

—Vamos allá —se dio ánimos.

Respiró hondo y se estiró la chaqueta de punto que se había puesto para resguardarse de la brisa fresca de finales de septiembre.

Al entrar, sorteó al guardia de seguridad y a un par de grupos de hombres trajeados y se acercó al mostrador de información. El chico que atendía detrás de él le indicó que subiera a la segunda planta, donde se encontraba el Servicio de Orientación Jurídica.

Media hora después, y con los documentos necesarios para solicitar un abogado de oficio en la mano, Alexia bajó de nuevo al hall principal.

—Vaya, veo que ha seguido mi consejo, señorita Durán, y que va a buscar un abogado.

La voz de Raúl Montenegro la sorprendió a su espalda.

—¡Mierda, no puede ser! —farfulló en voz baja—. ¡Maldita sea!

He estado a punto de alcanzar la calle sin que este idiota me hubiera visto.

Suspiró quedamente.

—¿Me ha dejado otra alternativa? —le preguntó al darse la vuelta.

Los ojos oscuros e intensos de Raúl la impactaron sobremanera. ¿Por qué tenía que mirarla de esa forma? ¿Por qué los Malasaña no podían haber contratado a un abogado bajito, calvo y con gafas?

Iba vestido con un elegante traje gris oscuro, una camisa negra y una corbata de color plata. En la mano izquierda llevaba un maletín, lo que le confería un aspecto

sobrio y formal.

—Ahora resulta que voy a tener yo la culpa —ironizó Raúl.

Alexia puso los ojos en blanco.

—Señor Montenegro, ¿sabe que como mosca cojonera no tiene precio? —Raúl no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de Alexia—. Yo no le veo la gracia —continuó diciendo Alexia en tono serio—. Definitivamente he tenido que hacer algo muy malo en otra vida para que usted se haya cruzado en mi camino en esta.

—No es eso precisamente lo que las mujeres suelen decir de mí —apuntó Raúl, mirándola de arriba abajo con intención.

Alexia notó cómo se sonrojaba y cómo una ráfaga de calor se alojaba en sus mejillas.

Joder, ¿por qué tengo que ponerme roja precisamente delante de este idiota?

Carraspeó, tratando de aclararse la voz, y levantó la barbilla en un intento por recomponerse.

—Dígame una cosa: ¿Los Malasaña le pagan algún incentivo por hacerme la vida imposible? ¿Entra dentro de los honorarios?, ¿o es que usted tiene unas ganas innatas de joder al prójimo?

Raúl se llevó la mano a la boca para reprimir la risa.

—Tengo que reconocer que tiene usted una lengua muy rápida —comentó—. Sería una buena abogada.

—¡No, gracias! —exclamó Alexia, saltando como una escopeta de feria—. Con usted como letrado es más que suficiente.

Raúl lanzó una mirada al reloj con todo el descaro del mundo.

—Tengo que dejarla, señorita Durán —anunció en tono irónico—. No puedo perder más el tiempo.

Alexia abrió los ojos de par en par, alucinada.

¿Qué? ¿Estoy oyendo bien?

Era él el que había llamado su atención, el que la había parado antes de salir, el que le estaba haciendo perder el tiempo, ¿y ahora salía con esas? Pero, ¿qué coño se había creído?

—¿Cómo se puede ser tan insolente, señor Montenegro? —preguntó, poniendo voz a sus pensamientos.

—Es innato —respondió él pausadamente, sin inmutarse. Pasó a su lado con expresión de superioridad—, como mis ganas de joder al prójimo —afirmó—. Aunque le aseguro que de esta manera no es de la única que me gusta joder —agregó ladino.

Se estiró la chaqueta del traje con la mano que tenía libre y salió por las puertas giratorias del edificio del Colegio de Abogados. Alexia se quedó parada, agarrando la carpeta contra el pecho mientras le contemplaba descender con aire resuelto los peldaños de piedra del pórtico.

—¿Se puede ser más cabrón? —se dijo cuando logró reaccionar, aunque Raúl ya no podía escucharla.

El que sí la oyó fue el guardia de seguridad, que la miró con una mezcla de perplejidad y extrañeza en los ojos. Alexia no pudo evitar sentir cierta vergüenza. Le sonrió nerviosa.

—No me lo puedo creer... —murmuró al tiempo que salía al exterior.

Fuera, el cielo se había tornado gris. De repente amenazaba con romperse y caer el diluvio universal. Alexia alzó la vista.

—¿Y estás nubes? ¿Dónde está el sol que había cuando he entrado aquí? —se preguntó de manera retórica—. ¡Y yo sin paraguas! —se quejó mientras echaba a andar.

CAPÍTULO 17

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer cuando bajaba la escalinata de piedra del Colegio de Abogados, y para cuando alcanzó la calle, el diluvio universal se había materializado en una tormenta de dimensiones casi apocalípticas.

¡Maldita sea!

Alexia se lanzó a correr por la acera mientras maldecía enfadada una y otra vez, cagándose en su mala suerte y en el puto cambio climático.

—¡Puñetera tormenta!

Mientras se dirigía a la estación de metro más próxima, escuchó un claxon a su espalda, pero lo ignoró, hasta que el coche que pitaba insistentemente se detuvo a su lado.

—¿Quiere que la acerque a algún lado?

Alexia le dio un vuelco el corazón al advertir que se trataba de Raúl Montenegro.

No es posible, pensó, comprobando al girar la cabeza que sí, que se trataba de él. *Este hombre es omnipresente. Está en todas partes, como Dios.*

—No —respondió de forma escueta, mirando de nuevo al frente mientras se protegía de la lluvia como buenamente podía.

—Vamos, señorita Durán, se está calando hasta los huesos —insistió Raúl, circulando a su lado muy despacio, con la ventanilla abierta.

—Lo dice como si le importara que me mojara —le reprochó Alexia.

—Es que no quiero que coja una pulmonía. En el fondo soy un blandengue.

Alexia bufó.

Sí, sí, blandengue.

Varios coches dieron algunos bocinazos, ya que estaba interrumpiendo la circulación, pero Raúl no parecía inmutarse.

—No sea terca y suba.

Alexia se paró y lo miró. Raúl detuvo el coche a su altura.

—Déjeme en paz, señor Montenegro —dijo Alexia, empezando a caminar de nuevo.

—No quiero —fue la rotunda respuesta de Raúl.

—Y luego la terca soy yo —se burló Alexia.

Los pitidos de los coches seguían sucediéndose uno tras otro. Sin embargo, Raúl continuaba a lo suyo, como si la cosa no fuera con él.

—¿No ve que está interrumpiendo el tráfico? —le preguntó Alexia como algo obvio, para ver si caía en la cuenta.

—Que esperen —afirmó Raúl.

Alexia comenzó a sentir vergüenza ajena cuando se dio cuenta de que los conductores la estaban increpando también a ella, la razón por la que Raúl estaba provocando el atasco.

¡Joder!

En esos momentos, un grupo de adolescentes pasó corriendo a su lado a toda velocidad. Uno de ellos, huyendo de la tromba de agua que estaba cayendo, la empujó con tanta fuerza que hizo que se golpeará contra el coche de Raúl.

—¡Ay! —se quejó Alexia.

Su rostro pecoso se frunció en una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó Raúl con un deje de alarma en la voz.

—Me he hecho daño en los dedos —respondió Alexia, dolorida.

Sin pensárselo dos veces, Raúl salió del coche rápidamente, lo rodeó corriendo para no mojarse y se dirigió hacia Alexia.

—Entra —le dijo, al tiempo que abría la puerta del copiloto.

—No es nada —se adelantó a decir Alexia, resistiéndose.

No quería montar en el coche de Raúl Montenegro.

—Si no entras por las buenas, te meteré yo por las malas —aseveró Raúl, dirigiéndole una mirada tan intensa que Alexia se dio cuenta de que no bromeaba. Finalmente accedió y se metió en el vehículo. Tenía razón, llovía a mares y se estaba calando hasta los huesos.

Raúl se sentó a su lado y giró el rostro hacia ella.

—¿Te duelen los dedos? —le preguntó.

El tuteo les sumergió en un ambiente más íntimo, rompiendo la distancia que había entre ellos desde el día en que se conocieron.

—No ha sido nada —respondió Alexia, acariciándose la mano para mitigar el dolor del golpe.

—A ver, déjame que lo eché un vistazo.

—No es nada, de verdad.

—¿Eres siempre tan terca? —le preguntó Raúl, cogiéndole la mano y tirando de ella hacia su regazo.

—¿Y tú tan borde? —preguntó a su vez Alexia.

—¿Crees que soy un borde?

—Ganarías un concurso.

Raúl bajó la cabeza sin hacer ningún comentario y observó los dedos que habían recibido el golpe. Estaban rojos.

—No parece que estén rotos —dijo en tono suave.

Cogió la mano de Alexia entre las suyas y comenzó a masajearle los dedos con delicadeza. El corazón de Alexia se aceleró tanto que pensó que le estallaría dentro del pecho.

—Ya te he dicho que no ha sido nada —comentó nerviosa por el contacto.

—Si quieres podemos ir a urgencias para asegurarnos de que no has sufrido ninguna fractura.

—No es necesario, de verdad. Estoy bien.

—¿Segura?

Alexia asintió mecánicamente. La caricia de Raúl había hecho que se olvidara

del dolor de los dedos.

Vamos, Alexia, responde, o vas a quedar como una idiota.

—Sí, segura —se obligó a decir.

Raúl miró a Alexia durante unos segundos. Tenía el pelo medio empapado y algunos mechones pelirrojos se pegaban a su rostro. Parecía un gatito mojado. No podía negarse que estaba preciosa. Alexia carraspeó intimidada, rompiendo el imperioso silencio que se había instalado en el interior del coche.

—Está bien... —dijo Raúl, soltándole la mano—. ¿Entonces te llevo a casa? —propuso.

—No. Tengo clase ahora.

—¿Qué estudias?

Alexia no quería darle a Raúl detalles de su vida, pero ¿qué podía hacer? Era la primera vez que hablaban como seres civilizados, sin tirarse de los pelos.

—Diseño de Moda.

—Vaya... una mente creadora.

—¿Algún problema? —preguntó Alexia, que estaba de nuevo a la defensiva.

—No, no. Ninguno —se apresuró a negar Raúl—. ¿Dónde estudias?

—En la Escuela Kroom Dos.

—¿Y está en...? —preguntó Raúl, arrancando el motor.

Alexia se inquietó cuando reparó en que Raúl tenía realmente intenciones de llevarla donde quisiera que fuera.

—Señor Montenegro...

—Raúl —la interrumpió, incorporándose al carril.

Alexia lanzó un suspiro.

—Raúl, es mejor que coja el metro. Tú no puedes *perder tiempo conmigo* —dijo con sorna, usando las mismas palabras que había usado él en el Colegio de Abogados.

—No seas tan picajosa.

—¿Picajosa?

—Sí, picajosa.

—Yo no soy picajosa —se quejó Alexia.

—¡Por Dios! ¿Tienes que protestar absolutamente por todo? —le preguntó Raúl.

Alexia se calló. Respiró hondo y contó hasta diez.

—Calle del Pilar de Zaragoza, número 104 —dijo, dándole finalmente la dirección de la Escuela de Moda.

—Eso está mejor —asintió Raúl, mirándola de reojo.

CAPÍTULO 18

Tras unos segundos en silencio, Alexia dijo:

—Puedes acortar por la avenida la Paz y después torcer a la izquierda en Prosperidad. Así se llega antes y se evita un buen tramo de atasco.

—Perfecto —asintió Raúl.

Volvió a mirar de reojo a Alexia, sin apartar las manos del volante.

Es preciosa, pensó en silencio. En estos momentos parece tan inocente... Nadie diría que lo único que le interesa de los hombres es su dinero. Por eso estaba liada con Francisco Malasaña. Por su dinero. ¿Por qué iba a estar sino con él? ¿Sino era por interés? Parece mentira que detrás de ese rostro tan dulce y, a ratos, lleno de candidez, se esconda una oportunista. ¡Joder!

Imaginarse las manos del viejo Malasaña sobre el tierno cuerpo de Alexia hizo que se le revolviera el estómago.

Ufff...

—Tu coche es muy chulo —dijo Alexia, tratando de sacar algún tema de conversación.

—¿Te gusta? —le preguntó Raúl en tono serio.

—¡Ya lo creo! —exclamo Alexia con una sonrisa distendida en los labios—. Y el color es muy raro. Nunca había visto una tonalidad así en un coche.

Los rasgos marcados de Raúl se ensombrecieron.

—Y dime algo... ¿te gusta más o menos que el coche en el que te paseaba Francisco Malasaña?

Alexia lo taladró con la mirada y frunció el ceño con gravedad.

¿A qué viene eso ahora?

—¿Qué?! —alcanzó a decir, presa de la estupefacción.

—Ya me has oído —inquirió Raúl, sin suavizar la expresión—. ¿Te gusta más o menos que el coche en el que te paseaba Francisco Malasaña?

—¿Todavía sigues con eso?

—¿Por qué debería dejarlo?

—¡Porque no te importa! ¡Maldita sea, porque no te importa! —saltó Alexia, exasperada. Sacudió la cabeza enérgicamente y bufó—. Es increíble... —murmuró.

—¿Qué es increíble? —le preguntó Raúl en el tono desdeñoso que había adoptado de repente.

—Que sigues siendo un gilipollas y un capullo —afirmó Alexia.

—Tú también sigues siendo igual —arguyó él.

—No tienes ni puta idea de cómo soy. ¿Me oyes? Ni puta idea.

—Fíjate que creo que sí sé cómo eres —ironizó Raúl.

Alexia no salía de su perplejidad.

—¡Para! —le ordenó de repente.

—No voy a dejarte aquí con la que está cayendo —objetó Raúl.

—¡Para! —gritó de nuevo Alexia—. ¡Qué pares! —volvió a decir, al ver que Raúl no le hacía caso.

—Como quieras.

Raúl se desvió a un carril de bus que salía a su derecha y detuvo el coche. Sin demorar un solo segundo, Alexia abrió la puerta y salió del Audi dando un portazo.

—Alexia... —la llamó Raúl.

—¡Váyase a la puta mierda, señor Montenegro! —gritó ella, furiosa.

Sin girarse hacia él, alargó el brazo y le hizo una peineta. Raúl lanzó un bufido al aire.

—¡Mierda! —siseó entre dientes, dando un fuerte puñetazo en el volante.

En ese momento, un sonoro pitazo llenó el aire. Raúl miró por el retrovisor. El

conductor de un autobús levantaba los brazos con cara de pocos amigos instándole a que se quitara.

—¡Ya voy, hostias! —exclamó malhumorado Raúl.

Volvió la atención a la calle. Alexia había desaparecido corriendo tras la cortina de agua que formaba la lluvia. No había ni rastro de ella. Chasqueó la lengua y volvió a golpear el volante. Metió primera, apretó el acelerador y se inmiscuyó entre los coches con tanta falta de precaución que se ganó otra retahíla de bocinazos e improperios.

—¿Qué me pasa? —se preguntó a sí mismo mientras conducía—. ¿Qué cojones me pasa? ¿Por qué Alexia Durán me afecta tanto? Tiene razón cuando dice que es algo que no me importa, y es cierto, si ha sido o no la amante de Francisco Malasaña es algo que debería serme totalmente indiferente. Pero no lo es... ¡Joder, no me es indiferente! —exclamó con rabia contenida.

Se pasó la mano con impaciencia por el pelo a la vez que maldecía.

El móvil sonó. Para coger la llamada, alargó el brazo y apretó el botón correspondiente del salpicadero del coche, ya que el teléfono estaba conectado con el ordenador de a bordo.

—Dime, Esther —respondió en tono seco.

—¿Está... bien, señor Montenegro? —le preguntó su secretaria algo cohibida, al notar el tono cortante con que se había dirigido a ella.

Raúl expulsó poco a poco el aire de los pulmones, tratando de calmarse.

—Sí, estoy bien —respondió, relajando la voz—. Dime.

—Le llamo para recordarle que tiene cita con Alberto Martín —le informó Esther.

—Joder, es verdad —masculló Raúl—. Se me había olvidado.

—No se preocupe, todavía faltan tres cuartos de hora.

Raúl consultó el reloj digital del coche.

—Voy directamente al restaurante Casa Lucio, donde hemos quedado para comer.

—Muy bien.

—Gracias, Esther.

—De nada, señor Montenegro.

Raúl colgó con Esther y giró a la derecha en el primer desvío, en dirección al barrio de La Latina. Afortunadamente, cuando llegó al restaurante el cliente con el que había quedado acababa de llegar.

—Siento el retraso —se disculpó Raúl, al tiempo que extendía el brazo y le daba la mano—. Ya sabes cómo está el tráfico en Madrid —se excusó.

—No te preocupes, acabo de llegar —dijo Alberto Martín con una sonrisa afable—. Madrid está imponente y más teniendo en cuenta la tromba de agua que está cayendo.

Ambos se sentaron casi a la vez en la mesa que tenían reservada. Raúl levantó el brazo y llamó al camarero, que se acercó a ellos de inmediato.

—¿Les traigo la carta? —les preguntó.

—Sí, por favor —respondió Raúl.

Pese a que Raúl trataba de mantener la atención en la conversación con Alberto Martín, le resultaba prácticamente imposible. La escena que había tenido lugar en el interior del coche con Alexia aparecía una y otra vez en su cabeza. Su voz exigiéndole que parara, la forma en que se bajó del coche, el portazo...

—Raúl... Raúl...

Raúl dejó a un lado sus cavilaciones y volvió a la realidad.

—Discúlpame, Alberto —le dijo—. Estoy trabajando en un caso que me tiene absorbido casi por completo.

—¿Un caso difícil?

La imagen de Alexia apareció fugazmente entre los pensamientos de Raúl.

—Sí, muy difícil —afirmó transcurridos unos segundos—. Siempre aparece alguna complicación, y en este ha aparecido una que no me esperaba —añadió pensativo.

Una que no me hubiera imaginado, se dijo en silencio para sí.

—Seguro que acabas solucionándola. Eres el mejor abogado de Madrid y hasta ahora no ha habido un solo caso que se te haya resistido. Estoy convencido de que ese caso difícil del que me hablas también lo acabarás ganando —lo animó Alberto Martín.

Raúl delineó en sus labios una sonrisa de medio lado, más por compromiso ante el halago que por delectación.

—Eso espero —dijo.

CAPÍTULO 19

Jorge Montenegro se asomó a la cocina. Sofía se dio la vuelta en cuanto sintió su presencia.

—¿Ya has llegado, mi amor? —dijo.

—Sí —respondió Jorge, dejando la enorme carpeta de los planos de arquitectura sobre la mesa.

Sofía rodeó la isleta limpiándose las manos en el delantal, se acercó a Jorge y le dio un beso en los labios. Jorge la asió por la cintura, la estrechó contra él y alargó el beso introduciendo su lengua en la boca entreabierta de Sofía y recorriendo cada recoveco de ella. Sus labios sabían cada día mejor.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Sofía, sonriente.

—Siempre —respondió Jorge con doble intención.

Sofía rio. Sus ojos verdes brillaron como dos esmeraldas recién pulidas.

—No me refiero a ese hambre —comentó entre risas, consciente de que Jorge se refería a sexo y no a comida.

Sofía cogió la mano de Jorge y lo arrastró con ella hacia los fogones. Introdujo una cuchara en la cazuela de la sopa de marisco que había preparado.

—Prueba —le dijo.

Aproximó la mano a sus labios y Jorge se metió la cuchara en la boca.

—Deliciosa —opinó, relamiéndose como un gato.

—Es para esta noche —le aclaró Sofía—. También he hecho merluza al horno. ¿Le gustará a Raúl?

—Por supuesto. Mi hermano tiene muy buena boca. Te aseguro que se va a chupar los dedos.

—Lo voy a dejar todo listo ahora, porque esta tarde hay recital de poesía en el Marimba Café Bar y aprovechando que no tengo que trabajar en la perfumería, quiero pasarme. Seguro que después con el curso y las clases de la Universidad no voy a tener tanto tiempo.

Animada por Jorge, Sofía iba a comenzar a estudiar la licenciatura de Lengua y Literatura Hispana en la Universidad. Un proyecto que la tenía muy ilusionada.

—Sabes que puedes dejar la perfumería cuando quieras —comentó Jorge, como lo había hecho otras tantas veces.

Le dio un toque en la nariz a Sofía.

—Sí, lo sé. Pero me gusta ganar algo dinero para mis gastos personales —respondió ella.

Jorge sonrió sin despegar los labios. Era consciente de que aquello hacía aumentar la autoestima de Sofía, tan mermada por culpa del cabrón de Carlos, y de que le hacía sentirse bien consigo misma, y estaba totalmente de acuerdo.

—Como quieras —dijo conforme—. No me voy a oponer. Pero si cuando empieces la Universidad te agobias, es algo de lo que puedes prescindir.

—Gracias.

Sofía lo abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho. Jorge seguía proporcionándole tanta protección y tanta seguridad que se sentía en el Cielo. Era una sensación que no había cambiado en los dos meses que llevaban casados.

—Te quiero —le dijo a Jorge, apretándose contra él.

—Y yo a ti, mi niña —afirmó él, acariciándole cariñosamente la cabeza.

Después de clase, Alexia se fue directamente a casa, declinando la invitación que le había hecho su amiga Miriam de tomarse algo juntas.

—¿Cómo te ha ido en el Colegio de Abogados? —le preguntó Jimena, que salió a su encuentro en cuanto sintió la puerta. Alexia alzó la mirada—. Alexia, ¿has llorado? —añadió cuando vio que tenía los ojos vidriosos y ligeramente irritados.

Alexia se apoyó en la pared del pasillo y se pasó la mano por la frente.

Suspiró.

—Estás empezando a preocuparme. ¿Qué pasa? —insistió Jimena, acercándose a ella—. ¿Te han dado malas noticias en el Colegio de Abogados?

—No. Todo ha ido bien —comenzó a decir Alexia—. En el Servicio de Orientación Jurídica me han dicho que es casi seguro que me asignen un abogado de oficio, ya que cumplo todos los requisitos necesarios.

—¡Eso es genial! —exclamó Jimena. Sin embargo, la expresión de Alexia no cambió—. Entonces, ¿qué ocurre? ¿Por qué estás así?

—Me he encontrado con Raúl Montenegro en el Colegio de Abogados...

—Qué casualidad.

—Sí, el diablo parece que se ha empeñado en juntarnos —comentó Alexia—. Después también me lo he encontrado cuando iba de camino al metro y, como llovía a cántaros, se ha prestado a llevarme a la Escuela de Diseño. Bueno, más bien me ha obligado a subir al coche.

—¿Y? —preguntó Jimena en un tono impaciente.

—Todo iba bien hasta que hemos empezado a discutir.

—¡Joder! —exclamó Jimena, por momentos decepcionada.

—¡Lo detesto! —aseveró Alexia.

Apretó con tanta fuerza los dientes que le rechinaron.

—Pero, ¿por qué? No entiendo nada.

—Porque no pierde ocasión para hacerme daño.

—¿Qué? —Jimena movió la cabeza, confusa—. ¿Cómo? —preguntó, abriéndose de brazos.

—Con Francisco. ¿Y sabes qué es lo peor? Que lo consigue. —Alexia hizo una pausa y se colocó el pelo detrás de las orejas—. No para de atacarme con lo de que he sido su amante, que soy una interesada y que soy poco menos que una zorra.

La olla rápida pitó al otro lado de la casa.

—Vamos a la cocina. Estoy preparando la comida y no quiero que se queme —comentó Jimena.

Alexia asintió.

Ambas se fueron a la cocina. Alexia dio un pequeño salto y se sentó encima de la mesa mientras su hermana controlaba las lentejas que había hecho.

—Empiezo a estar cansada... —comentó Alexia con apatía.

—Alexia, a ti nunca te ha importado lo que piense la gente de ti. ¿Te importa lo que piense Raúl Montenegro? —le preguntó Jimena.

Alexia chasqueó la lengua.

—Sí —admitió al fin—. Por alguna razón no quiero que piense de mí lo que no soy. No soy una interesa y tampoco soy una zorra.

—Lo sé, cariño. Yo lo sé —se apresuró a decir Jimena, acariciando el hombro de Alexia. La miró directamente a los ojos—. ¿Te gusta ese hombre? —sondeó. Alexia se mordió el labio superior—. ¿Alexia? —le instó.

—No lo sé —dudó ella—. Me saca de mis casillas y no hacemos otra cosa más que discutir... Pero está claro que no me es indiferente.

—¿Por qué no le dices la verdad? —sugirió Jimena.

—Porque no puedo... Se lo prometí a mamá. Si le contara la verdad a Raúl Montenegro, sería como traicionarla...

—Pero... —la interrumpió Jimena. Sin embargo Alexia no la dejó continuar.

—Y eso no me lo perdonaría jamás —se impuso por encima de la voz de su hermana.

—Pero la mentira se va a volver en tu contra, Alexia. Ahora más que nunca.

Alexia ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—No puedo hacer otra cosa. Estoy atada de pies y manos —respondió—. De todas formas, no creo que sirviera de nada. Raúl es el abogado de los Malasaña, mis enemigos declarados, y además, no está dispuesto a escuchar. Tiene una opinión formada y no parece que nada de lo que pudiera decirle fuera a modificarla.

—Aún eso, creo que lo más conveniente sería que le contarás la verdad.

—Qué no puedo, Jimena —le contradijo Alexia—. Joder, ¿es que no lo entiendes? No le puedo hacer eso a mamá.

—¿Qué es lo que no puedes hacerme?

Escuchar la voz de su madre hizo que Alexia se quedara pálida.

CAPÍTULO 20

—Mamá... —murmuró.

Bajó la cabeza para disimular la expresión de sorpresa que en esos momentos debía de tener en el rostro.

—Dime, Alexia, ¿qué es eso que no puedes hacerme? —repitió Valeria ante la ausencia de respuesta de su hija.

Dio un paso hacia adelante y entró en la cocina.

Alexia se bajó de la mesa de un salto y se irguió. Carraspeó un par de veces para tratar de ganar algo de tiempo.

Vamos, piensa algo rápido. Vamos, vamos, se ordenó a sí misma.

—Pagar los honorarios de un abogado, si finalmente no me asignan uno de oficio —soltó, sin meditarlo mucho. Más bien fue lo primero que se le vino a la cabeza.

Valeria arrugó la frente.

—Pero eso no va a suceder —intervino Jimena en tono distendido, siguiendo la corriente a su hermana, que la miraba con unos ojos que decían: «por favor, ayúdame»—. Alexia me estaba contando que en el Servicio de Orientación Jurídica del Colegio de Abogados le han dicho que es muy probable que le asignen un abogado de oficio —añadió, intentando que su voz sonara lo más convincente posible, aunque lo que estaba diciendo era verdad, pero no menos verdad que el hecho de que la interrupción de su madre las había descolocado.

Valeria giró el rostro hacia Alexia.

—¿Eso es cierto? —le preguntó.

Alexia asintió varias veces con la cabeza.

—Sí —afirmó—. Según me han dicho, en principio cumplimos todos los requisitos.

Mientras hablaba, observó la cara de su madre y cruzó los dedos a la espalda para que las creyera.

—Eso es maravilloso —dijo Valeria, con un inicio de sonrisa en la comisura de los labios.

—Sí, lo es.

Alexia miró de reojo a Jimena. Ambas respiraron aliviadas cuando advirtieron que su madre se había creído lo que habían dicho. Alexia no estaba preparada para que supiera todo lo que se estaba tejiendo alrededor del abogado de los Malasaña. Bastante había sufrido ya.

—¿Cuándo sabrás si te asignan un abogado? —quiso saber Valeria.

—Mañana tengo que llevar la solicitud cumplimentada y en unos días me lo dirán.

—Perfecto. —Valeria entornó los ojos y miró a Alexia de arriba abajo—. Por cierto, ¿dónde has estado? Parece que vienes de buscar droga en algún callejón —bromeó al ver su aspecto desaliñado.

—Es que me ha pillado la tormenta —respondió Alexia.

—No te libras de ninguna, ¿eh?

—No. Soy un imán para la lluvia.

Las tres se echaron a reír.

—Me alegro de que hayas traído buenas noticias —dijo Valeria, retomando el tema.

—Y yo —afirmó Alexia.

—Voy a cambiarme.

—Nos hemos librado por pelos —comentó Jimena a media voz, cuando su madre salió de la cocina y volvieron a quedarse solas.

—Ni que lo digas —apuntó Alexia, resoplando.

—Supongo que no has podido ver cómo tiene el culo Raúl Montenegro, ¿verdad? —dijo Jimena en broma, para aliviar la tensión del momento.

—Me temo que no —negó Alexia, sonriendo.

—¡Lástima!

Alexia puso los ojos en blanco y se echó a reír.

—Voy yo —dijo Jorge, mientras se dirigía a la puerta.

—Vale —se oyó decir a Sofía, que estaba en la cocina ultimando los preparativos de la cena.

Jorge abrió.

—Bienvenido, hermanito —saludó a Raúl.

—Hola —respondió él—. He traído un *Ribera* —dijo, levantando la botella de vino tinto que tenía en la mano—. ¿Viene bien?

—Un *Ribera* siempre viene bien —afirmó Jorge con una sonrisa en los labios—. Anda, pasa —le indicó con la cabeza.

—Hola, Raúl —dijo Sofía cuando fue al hall para recibirle.

—Hola, cuñadita —la saludó cariñosamente.

—¿Has traído vino?

—Un *Ribera*. ¿Viene bien? —repitió.

Se acercó a Sofía y le dio un par de besos.

—Un *Ribera* siempre viene bien —respondió Sofía.

Raúl negó con la cabeza.

—¿Siempre respondéis lo mismo? —les preguntó—. ¡Que sincronización la vuestra!

Sofía miró a Jorge, sin entender.

—Es que yo he dicho lo mismo —le aclaró Jorge.

Sofía rio.

—Ya sabes lo que dicen: los que duermen en el mismo colchón...

—...Se vuelven de la misma condición —intervino Raúl, terminando el dicho español con una ligera nota de mofa en la voz.

Jorge miró a Sofía con complicidad y se encogió de hombros cómicamente.

—Sentaos mientras voy a por la cena —les pidió Sofía—. He hecho sopa de marisco y merluza al horno. ¿Te gusta? —le preguntó a Raúl de camino a la cocina.

—¿Sopa de marisco? —repitió Raúl, poniendo cara de circunstancia.

Sofía se detuvo en seco y se giró.

—Sí. ¿No...no te gusta? —titubeó al ver la expresión poco clara de Raúl.

—Soy alérgico al marisco —respondió él.

Oh, oh...

El rostro de Sofía se llenó de preocupación.

—¿En serio? —Sofía miró a Jorge. Enarcó una ceja interrogativamente—. ¿Por qué no me has dicho que Raúl era alérgico al marisco?

Raúl apretó los labios para reprimir la risa mientras observaba a Sofía.

—Porque no lo es. Te está tomando el pelo —afirmó Jorge.

Sofía se llevó la mano al pecho y dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Menos mal! Te juro que por un momento me lo he creído —confesó—. Ya estaba dispuesta a matar a Jorge por no habérmelo dicho. ¿Qué clase de anfitriona sería si el primer día que viene a cenar mi cuñado a casa le hubiera querido intoxicar?

—Una con muy mala leche, sin duda —anotó Raúl en broma.

Sofía se echó a reír.

—Con muy, muy mala leche —dijo entre risas—. Entonces, ¿te gusta la sopa de marisco y la merluza al horno? —volvió a preguntarle.

—Sí. Las dos cosas me encantan. Tengo muy buena boca.

—Vale... —dijo Sofía más tranquila—. Voy a ir trayendo la sopa.

Se dio la vuelta y se fue a la cocina. Jorge entornó los ojos y miró a Raúl.

—Deja de dar esos sustos a mi esposa o te las tendrás que ver conmigo —le

amenazó en tono de broma, señalándole con el índice.

—¿Quéee? Ya me conoces... —se excusó Raúl.

—Por eso te lo digo, porque te conozco.

CAPÍTULO 21

—¿En serio creéis que la tal Alexia Durán ha sido amante de papá? —preguntó Leonardo, el pequeño de los Malasaña.

Leonardo Malasaña era rebelde y poco dado a los encorsetamientos que a veces le exigía el apellido y la familia a la que pertenecía.

Vestía unos pantalones vaqueros ajustados a la última moda, botas de cordones de color cámel y una camiseta de manga corta blanca. Llevaba el pelo castaño suelto y a la altura de los hombros con aire desenfadado, enmarcando un rostro atractivo y de ojos azul oscuro.

—¿Acaso tú no lo crees? —soltó Graciela con su habitual desdén.

—No sé... —dijo, levantando las piernas y apoyándolas cómodamente en el reposabrazos del sillón—. Es solo una niña.

—¡Es una zorra! —exclamó Graciela. Dio un manotazo a los pies de Leonardo para que los bajara al suelo—. Baja los pies —le ordenó.

Sin embargo, Leonardo no le hizo caso.

—Te noto un poco nerviosa, hermanita —apuntó, mirándola por debajo del abanico de pestañas.

Graciela se giró de golpe hacia él.

—¿Y no es para estarlo? —ironizó—. Dime, *hermanito*, ¿no es para estarlo? Una zorra desconocida pretende quedarse con parte de la fortuna de papá, ¿y no tenemos que estar nerviosos?

Leonardo puso los ojos en blanco. Detestaba cuando Graciela se ponía así, que era casi las veinticuatro horas al día.

Tienes que follar más, pensó con burla para sus adentros.

—Tu parsimonia me desquicia —agregó Graciela.

—A ti todo el mundo te desquicia —dijo Leonardo—. Así que no me doy por ofendido.

Graciela apretó los dientes.

—Eres...

—¡Vale ya! —les hizo callar Andrés desde el otro lado del salón—. No vamos a conseguir nada matándonos entre nosotros.

—Entonces dile a tu hermano que no me saque de mis casillas —dijo Graciela, fulminando con la mirada a Leonardo.

—Pues dile a tu hermana que se tranquilice —afirmó Leonardo, dispuesto a no dejarse amedrentar.

—¡He dicho que vale ya! —exclamó de nuevo Andrés, elevando el tono de voz hasta casi gritar.

Graciela respiró hondo unas cuantas veces y trató de calmarse. Aquella estúpida discusión no les llevaría a ningún lado, pero es que Leonardo era como un grano en el culo. Le dirigió una mirada como si quisiera maldecirlo, aunque él ni siquiera se inmutó. Su hermana había terminado dándole exactamente lo mismo.

—Sea quién sea —comenzó a decir Graciela con gesto airado, echándose la melena hacia atrás—, Raúl Montenegro se va a encargar de ella. No vamos a pagarle una fortuna al mejor abogado de Madrid para nada.

—Te recuerdo que Alexia Durán ha renunciado voluntariamente a la parte de la herencia que le ha dejado papá en el testamento —apuntó Leonardo, que estaba dispuesto a amargarle la noche a su hermana mayor.

—¿Quién no nos dice que eso no es una estrategia para metérsola después doblada? —inquirió Graciela—. Con ese tipo de mujeres nunca sabe...

—Si tú lo dices —murmuró Leonardo, retrepándose en el sillón.

Afortunadamente, Graciela no le oyó. Si no le hubiera saltado a la yugular.

—¿Qué te ha dicho el abogado? —intervino Andrés, con la intención de encauzar de nuevo la conversación.

—*La pintas* ya ha...

—¿*La pintas*? —se mofó Leonardo.

—Sí, *la pintas* —recalcó Graciela— ¿O es que no viste las que traía el día que se abrió el testamento? Esa espantosa falda larga naranja de estilo hippy y el top de tirantes... —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. ¡Por Dios, no se puede tener menos glamour!

—Continúa —le pidió Andrés, cada día más cansado de las peleas de sus hermanos.

—*La pintas* ha recibido ya la demanda que le hemos interpuesto —explicó Graciela—. Según me ha contado Raúl, cuando la recibió, fue a verlo al despacho y le montó un numerito.

—Vaya... Los tiene bien puestos —opinó Leonardo, sin disimular cierta admiración.

Graciela torció el gesto y decidió que lo mejor era ignorarlo.

—Aparte de vestir sin ningún tipo de gusto, es una arrabalera —afirmó—. Solo le falta un puesto de verduras en el mercado.

Leonardo dejó escapar una carcajada seca cuyo eco resonó en todo el salón. Su hermana no tenía límites. Graciela se dirigió a la ventana y cruzó los brazos a la altura del pecho mientras observaba cómo Madrid se agitaba en el exterior, al compás del resplandor de las luces de las tiendas más caras y sofisticadas.

Este asunto me tiene de los nervios, se confesó a sí misma en silencio.

Suspiró.

—¿Qué posibilidades tenemos de ganar? —quiso saber Andrés.

—Todas —respondió Graciela, volviéndose hacia él—. Esa zorra está acabada —añadió a modo de sentencia.

—Bien —asintió Andrés—. Entonces simplemente tenemos que esperar a que llegue el juicio y que el juez la quite de nuestro camino.

—Ser la amante de papá le va a salir muy caro —aseveró Graciela.

En esos momentos sonó un móvil. Era el de Graciela. Lo cogió de encima de la mesa.

—¡Natalia! —exclamó con voz animosa al descolgar—. No sabes cómo te he echado de menos en la partida de pádel de hoy...

Sin decir nada a sus hermanos, abrió la puerta del salón y salió de la estancia

con el móvil pegado a la oreja. Mientras se alejaba por el pasillo, se le escucha hablar con su amiga como si fuera una adolescente de quince años.

A veces es tan frívola, se dijo Leonardo.

Giró el rostro y posó la mirada en Andrés.

—¿Tú también crees que Alexia Durán era la amante de papá? —le preguntó.

Bajó los pies al suelo. Ahora que no le veía Graciela, tenerlos subidos al sillón no era tan divertido.

—No lo sé... —respondió su hermano.

Levantó la mano y se acarició las sienes.

—Sinceramente, no me imagino a papá restregándose con una chica a la que triplicaba la edad —dijo Leonardo.

—Yo ya no sé qué pensar.

—¡Pero era papá! ¡No haría algo así!

Leonardo trataba de convencerlo, o tal vez de convencerse a sí mismo. No podía creer que su padre hubiera traicionado a su madre, a la unidad familiar, de esa manera; con una amante de apenas veinte años.

—Nunca acabas de conocer a una persona —afirmó Andrés, que no estaba seguro de que su padre no se hubiera buscado una querida—. Ni siquiera viviendo con ella durante más de dos décadas. Quizá papá no era quién pensábamos.

Las cejas de Leonardo se contrajeron.

—¿Entonces tú sí crees que Alexia Durán era su amante?

—Ya te he dicho que no sé qué pensar —repitió Andrés—. Pero de lo que sí estoy seguro es de que no pondría la mano en el fuego por papá. —Miró fijamente a Leonardo—. No lo haría.

CAPÍTULO 22

—Tienes muy buena mano para la cocina —opinó Raúl, al tiempo que se metía un bocado de merluza en la boca y lo saboreaba con delectación—. Sí, muy buena mano —reafirmó—. Esto está para chuparse los dedos.

—Me alegro de que te guste —dijo Sofía, satisfecha por haber acertado con la cena.

Sonrió para sus adentros. No podía evitar ruborizarse cuando halagaban sus platos, pero le gustaba. Jorge lo hacía constantemente y, según parecía, Raúl compartía opinión con él. Qué distintos a Carlos, que siempre los echaba por tierra, pese al esmero con que los preparaba. Eso cuando no acababan, literalmente, en la basura. Pero ahora estaba tan lejos de aquel trato vejatorio y humillante al que la sometía. Jorge era tan distinto; tan cariñoso, tan caballeroso...

Jorge la miró y vio que estaba pensativa, ausente. Alargó el brazo por encima de la mesa.

—¿Todo bien? —le preguntó, poniendo la mano sobre la suya y apretándola.

El contacto de Jorge la inmiscuyó de nuevo en la realidad.

—Sí —afirmó, regalándole una amplia sonrisa.

Jorge le devolvió el gesto.

—¿Cuándo empiezas la Universidad? —se interesó Raúl.

—Ahora, a principios de octubre.

—¿Nerviosa?

—Un poco, pero sobre todo ilusionada. Tengo muchísimas ganas de volver a estudiar —respondió Sofía con emoción.

—Eres un ejemplo de superación —comentó Raúl.

—Gracias —agradeció Sofía.

Partió un trozo de merluza y se lo llevó a la boca.

—Ahora que me viene a la cabeza... —Raúl giró el rostro hacia Jorge—. ¿Qué tal llevas el proyecto del chalet de La Moraleja?

—Bien. Ya casi está terminado —dijo Jorge. Cogió la copa de vino y dio un sorbo—. Solo me falta ultimar unos detalles de la estructura. En unos días estará listo.

—Te has dado prisa —comentó Raúl.

—Los dueños la tienen. —Jorge dejó la copa en la mesa—. Ese fue el acuerdo para quedarme finalmente con el proyecto. A principios del año que viene se trasladan desde Londres y quieren tener la casa lista.

—¿Y dará tiempo a construirla?

—Sí, los empleados van a trabajar a destajo día y noche.

Raúl silbó. La paliza iba a ser buena.

—Pues sí que tienen prisa, sí —anotó.

—Y tú, ¿qué tal va el caso de los Malasaña? —curioseó Jorge.

—Han demandado a la amante del difunto Francisco Malasaña.

Sofía abrió los ojos, asombrada.

—¿Francisco Malasaña tenía una amante? —preguntó.

—Sí —se adelantó a contestar Raúl—. Andaba enredado con una chica de veinte años.

—¿Veinte años? —Sofía no salía de su asombro—. ¿Y por qué la han demandado?

—El señor Malasaña le ha dejado un tercio de su herencia, y la esposa y los hijos no están de acuerdo en darle ni un céntimo, por supuesto.

—¿No iba a renunciar? —intervino Jorge.

—Sí, pero la familia piensa que es una estrategia, que detrás de esa negativa se oculta algo poco claro.

—¿No crees que están exagerando?

Raúl hizo una mueca con la boca.

—¿Exagerando? Con ese tipo de mujeres hay que tener mucho cuidado. No se sabe por dónde pueden salir.

—Raúl, es apenas una niña de veinte años —refutó Jorge—. ¿Qué intenciones va a tener?

Raúl se encogió de hombros.

—A saber —dijo serio, incluso molesto—. Pero sean las que sean, las vamos a cortar de raíz.

Jorge se quedó mirándolo fijamente.

—¿Conocías de antes a esa chica? Se llama Alexia, ¿no? —le preguntó.

—No —negó Raúl—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque parece que tienes algo personal contra ella —alegó Jorge—. Este caso no te es tan indiferente como otros. No lo estás tratando de una manera tan neutral a como lo haces siempre.

Raúl tiró la servilleta sobre la mesa.

—¿Por qué a todos os ha dado por decir lo mismo?! —soltó—. Esta mañana Adrián ha salido con la misma cantaleta cuando le llevaba al aeropuerto... Solo hago mi trabajo.

Sofía y Jorge intercambiaron una mirada muda, sin entender qué es lo que estaba pasando.

—¿Por qué no te relajas? —dijo Jorge con severidad.

Raúl suspiró, como si se fuera a dar por vencido.

Esto está llegando demasiado lejos.

Bajó la cabeza y apoyó la frente en la mano.

—¿Qué te pasa, Raúl? —le preguntó Sofía con voz suave.

—No lo sé —confesó él en tono conciliador unos segundos después—. No lo sé.

De pronto, Raúl se quedó sin palabras para poder explicar qué es lo que le pasaba. Pero es que ni siquiera lo sabía.

—¿Es algo relacionado con el trabajo? ¿Con algún caso? —intervino Jorge.

Raúl se adelantó a negar con la cabeza. Su expresión se había ensombrecido.

—¿Y algo relacionado con el caso de los Malasaña? —tanteó Sofía—. ¿Te ocurre algo con esa chica, con Alexia? —afinó la puntería.

—No debería de importarme —comenzó a decir Raúl, pasándose la mano por el pelo—. Lo único que debería de importarme es destrozarla en el estrado.

—Pero te importa —afirmó Jorge—, y más de lo que te gustaría.

—Es extraño... —repuso Raúl—. Me revienta que haya sido amante de Francisco Malasaña. Es tan...

Cerró la mano y dio un pequeño puñetazo en la mesa.

—¿Te gusta esa chica? —le preguntó Jorge sin preámbulos.

—No —negó rotundo Raúl.

Y lo dijo con tanta contundencia que pretendía convencerse a sí mismo.

—Raúl, estás celoso —afirmó Jorge.

—¿Celoso? ¿Yo? —repitió con sorna—. ¡Venga ya! Simplemente me indigna que la gente se venda por dinero al mejor postor —se justificó.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Jorge—. ¿A quién pretendes engañar?

—¿Qué?

—Raúl, te conozco, me consta que eres un hombre razonable, justo; un hombre de leyes. Pero siempre te has mantenido imparcial, incluso frío, en los casos que has llevado. Sobre todo, con la parte contraria. ¿Qué más te da si Alexia Durán era la amante de Francisco Malasaña o no?

—¡Joder, solo tiene veinte años! —atajó Raúl—. Debería estar divirtiéndose y ligoteando en las discotecas y no follando con un hombre que le triplica la edad.

—Quizás estaba enamorada de él —arguyó Sofía.

A Raúl le hirvió la sangre en el interior de las venas. ¿Alexia enamorada de Francisco Malasaña? No, eso no podía ser posible. Casi prefería que hubiera estado con él por dinero.

—Alexia no se pudo enamorar de él —dijo tajante.

La vorágine de sus pensamientos se detuvo de golpe.

¿Qué estoy diciendo?, se preguntó entre extrañado y sorprendido.

—¿Por qué no? —insistió Sofía—. El amor no tiene edad.

—¡Por Dios, le sacaba más de cuarenta años! ¡Cuarenta años! —dijo Raúl.

—Raúl, solo te voy a decir una cosa —dijo Jorge—. Si Alexia Durán te gusta, tienes un problema, y un problema gordo. Que no se te olvide que los Malasaña le han declarado la guerra y que tú eres el brazo ejecutor.

Raúl levantó la vista y la fijó en su hermano. Se quedó mirándolo durante unos instantes. Resopló.

CAPÍTULO 23

Al día siguiente, Alexia se acercó a primera hora al Colegio de Abogados para dejar la solicitud cumplimentada y toda la documentación que le habían requerido.

Cuando accedió al edificio por la puerta giratoria, miró a todas partes, temerosa de encontrarse a Raúl Montenegro allí. Con la mala suerte que tenía últimamente, seguro que el diablo, o quién pretendiera hacer que se encontraran una y otra vez, pondría todo su empeño en hacerlo también en aquella ocasión.

Subió al segundo piso, donde estaba el departamento de Servicio de Orientación Jurídica, girando la cabeza de tanto en tanto. Por nada del mundo quería ver otra vez a Raúl Montenegro, o acabaría saliendo en la crónica de sucesos de algún periódico de tirada nacional por asesina.

El funcionario que la atendió, revisó cuidadosamente la solicitud para comprobar que todo estaba correcto.

—Está todo bien —le dijo a Alexia, transcurrido un rato.

—¿Entonces cree que puedo optar a un abogado de oficio? —preguntó ella, preocupada.

—Sería muy difícil que no le asignaran uno —comentó el hombre con amabilidad—. Cumple cada uno de los requisitos y además el caso lo requiere.

—¿Cuándo lo sabré?

—En unos días le llegará una carta con la respuesta. Si es positiva, le notificarán también qué abogado le han asignado y la dirección donde tiene que acudir para hablar con él.

—Gracias —le agradeció Alexia.

—Suerte —le deseó el funcionario antes de que saliera del despacho.

Alexia se volvió en el umbral.

—Gracias —volvió a decir.

Algo me dice que la voy a necesitar, pensó para sus adentros.

Fuera, se cruzó con varios hombres trajeados que conversaban sobre estatutos y decretos. Pasó de largo y bajó las escaleras de prisa y corriendo. Cuando se disponía a salir, vio entrar a Raúl Montenegro.

—¡Joder! —masculló, dando un respingo.

Retrocedió rápidamente unos pasos y se ocultó detrás de un pilar. Se pegó con tanta fuerza a la pared que se hizo daño en la espalda.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y mil veces mierda! —maldijo en voz baja—. ¿Es que no ha podido entrar cinco minutos más tarde? —Alzó los ojos hacia el techo—. Te estás empleando a fondo, ¿eh? —preguntó, como si se dirigiera a Dios.

Asomó un poco la cabeza por el borde del pilar y volvió a prestar atención a Raúl. Se había parado a hablar con un hombre de pelo canoso. Estaba de espaldas a ella, con su inseparable maletín de cuero, enfundado en un traje negro que estilizaba su figura de Dios griego. Alexia tuvo que reconocer que le queda como un guante. Lástima que el largo de la chaqueta no permitiera verle el culo. Se acordó de Jimena y sonrió traviesamente para sí. Pero la sonrisa se le esfumó de los labios de un plumazo cuando vio que Raúl Montenegro había girado el rostro y miraba por encima del hombro en su dirección.

Alexia se pegó de nuevo a la pared y cerró los ojos con fuerza.

—Que no me haya visto, que no me haya visto, que no me haya visto... —susurró una y otra vez como si recitara un mantra.

Durante un tiempo indefinido contuvo el aire en los pulmones. Si a Raúl Montenegro le daba por ir hacia allí, estaba perdida. Miró el estrecho pasillo que se extendía hacia el fondo y con pies de gato se adentró en él. Al doblar la esquina, se encontró con un hombre que tenía aspecto de bibliotecario.

—Perdone —dijo a media voz, para llamar su atención—, ¿hay alguna otra salida aparte de la puerta principal?

El hombre la miró por encima de sus gafas como si fuera un bicho raro.

—No, la única salida es la entrada principal —respondió después de escrutarla

de arriba abajo.

Putá mierda, dijo Alexia mientras esforzaba una sonrisa y se la dedicaba al hombre, que siguió su camino por el estrecho pasillo.

Alexia volvió al pilar en el que se había ocultado. Raúl seguía allí plantado, como si fuera un abeto. Puso los ojos en blanco, molesta por su mala suerte y por el don de la oportunidad que tenía ese hombre, al que cada día detestaba más.

Miró su reloj de muñeca, impaciente.

—A este paso no voy a llegar a tiempo a clase. El profesor Frazer me va a matar —se lamentó.

Raúl Montenegro no parecía tener prisa por irse. Se le veía muy cómodo compartiendo risas y confidencias con quién quiera que fuera ese hombre de cabellera plateada. Seguro que se trataba de algún compañero de profesión.

Alexia chasqueó la lengua. Estaba empezando a desesperarse.

Un buen rato después, no le quedaba un solo santo al que suplicarle que Raúl se fuera. Sin embargo, ninguno quería hacerle caso, y ya se le estaban durmiendo las piernas de estar tanto tiempo de pie.

Un grupo de abogados se acercaba por el pasillo. Estaba compuesto por hombres y mujeres. Cuando pasaron a su lado, le dedicaron una mirada de extrañeza. Alexia supuso que se preguntarían que qué hacía allí, quieta como una estatua de sal.

Al pasar delante de ella, Alexia echó a caminar y se puso al lado contrario al que estaba Raúl Montenegro. El grupo disimularía su huida.

Estaba a solo unos metros de alcanzar la puerta, cuando alguien que entraba chocó con ella.

—Lo siento —se disculpó el hombre que la había empujado.

El grupo entre el que se había escondido Alexia salió del Colegio de Abogados y ella se quedó sola en mitad del hall. Echó a andar sin mirar atrás, como si el suelo quemara bajo las plantas de sus pies, pero de repente notó como una mano poderosa apresaba su brazo y la retenía.

No puede ser..., se dijo. Suspiró.

Raúl tiró de ella y la obligó a volverse hacia él.

—¿Por qué no me deja en paz, señor Montenegro?! —le espetó.

Raúl se sorprendió al ver sus ojos. Estaban llenos de rabia y de algo que no logró interpretar; y había dejado de tutearle.

—Tengo que hablar contigo —dijo Raúl.

La tuteó tratando de acortar la distancia que imponía el «usted».

—No tenemos nada de que hablar —le cortó Alexia.

Dio un tirón con brusquedad y se soltó del agarre de Raúl.

—¿Qué tal tienes los dedos? —le preguntó él con voz suave.

—No le importa.

—Alexia, por favor...

—¡Por favor nada! —dijo ella entre dientes.

Raúl miró al guardia de seguridad. Contemplaba la escena a hurtadillas, pero sin perder detalle. Sin pensárselo mucho, cogió de nuevo a Alexia del brazo y tiró de ella hacia el interior.

—Ven —dijo tajante.

Alexia le hubiera dado una patada y hubiera gritado como una loca para zafarse de él, pero en esos momentos otro grupo de abogados cruzaba el hall en dirección a la salida y eso hizo que se cortase. No iba a montar un pollo. Tenía carácter, sí, pero no era ninguna verdulera.

CAPÍTULO 24

Raúl la llevó al servicio de mujeres y la metió allí.

—Pasa —dijo.

—Suélteme —le exigió Alexia nada más de cruzar el umbral.

—Solo si me prometes que vamos a hablar.

—Yo no tengo que prometerle nada. ¡Váyase al infierno! —exclamó Alexia.

Raúl arqueó las cejas en un gesto interrogativo mientras seguía agarrando a Alexia. No estaba dispuesto a liberarla si la respuesta no era positiva. Ella, advirtiendo que no iba a claudicar, finalmente accedió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Está bien —dijo.

Raúl abrió la mano y la soltó.

—¿Qué tal tienes los dedos? —volvió a preguntarle, utilizando un tono suave.

—Bien —respondió Alexia—. Ya le dije que no fue nada.

—¿No vas a tutearme?

—No —negó ella.

Raúl respiró hondo y se armó de paciencia mientras observaba cómo el pecho de Alexia subía y bajaba. Estaba nerviosa y eso le gustó, porque significaba que no le era del todo indiferente.

Bien, eso está muy bien.

—¿De qué quiere que hablemos? —abrevió Alexia, cruzándose de brazos. Tenía la imperiosa necesidad de poner una barrera entre Raúl Montenegro y ella—. No tengo todo el día.

Raúl la miró fijamente a los ojos sin decir nada. Alexia se movió incómoda en el sitio. Después fue bajando la mirada por su rostro hasta que la posó en su boca pequeña y jugosa, de labios ligeramente rojos.

De nada, se respondió Raúl con malicia para sus adentros. *No quiero que hablemos de nada*.

Llevado por un impulso casi animal, se lanzó sobre Alexia. Le cogió el rostro entre las manos y la besó, tratando de saciar la urgencia de su cuerpo. La espalda de Alexia chocó contra la pared. Raúl aprovechó para introducir la lengua en su boca. Tenía que probarla, tenía que saborearla...

Alexia gimió fruto de la sorpresa y durante unos segundos se dejó llevar. Los labios de Raúl eran puro almíbar y puro fuego. Sin embargo, el único resquicio de sentido común que le quedaba le decía que aquello era una mala idea. Como pudo, metió las manos entre los dos y lo empujó, haciendo que sus bocas se separaran.

—¡No! —dijo.

—¿Estás segura?

La pregunta de Raúl estaba teñida de mordacidad.

—¡¿Pero qué cojones te has creído?! —aulló Alexia, volviéndole a empujar y olvidándose ya de utilizar cualquier tipo de tratamiento de cortesía.

Él sonrió ladinamente, como un lobo a punto de caer sobre su presa. Alexia levantó la mano para darle una bofetada; no soportaba tanta arrogancia, pero Raúl le sujetó la muñeca. Con un movimiento habilidoso le cogió también la otra, le puso las manos detrás de la espalda, rodeándola con sus brazos y la empujó de nuevo contra la pared. Cuando consiguió acorralarla, acercó su rostro hasta quedar a solo unos centímetros del de Alexia.

—Eres una gata muy traviesa —le susurró a ras de la boca. Alexia se revolvió, pero no logró moverse un milímetro.

—¡Eres un gilipollas! —exclamó ella, debatiéndose con las manos mientras trataba inútilmente de zafarse. Pero Raúl, lejos de soltarla, la apretó más contra su cuerpo.

—Y no sabes cómo me pone eso —siguió diciendo, ignorando los esfuerzos de Alexia por librarse de él.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —vociferó ella.

Raúl volvió a intentar besarla, pero Alexia giró la cabeza y le rechazó.

—¿No te gusta cómo beso? —le preguntó Raúl en un tono de voz peligrosamente suave—. ¿No me digas que preferías los besos de Francisco Malasaña?

—¡Pero, ¿qué...?! —Alexia no daba crédito a lo que estaba escuchando.

Raúl la interrumpió.

—¿Te gusta más el dinero? —la increpó, dolido por el rechazo—. ¿Es eso? Yo también tengo dinero, gatita, mucho... —afirmó con prepotencia—. Puedo pagarte lo que pidas...

El interior de Alexia estalló de rabia. ¿Cómo se atrevía Raúl Montenegro a hacer semejante afirmación? ¿Cómo se atrevía a insinuar que era una interesada? ¿Qué era una especie de puta a la que podía pagar para fallársela? ¿Hasta dónde llegaba su desfachatez?

En un arrebato, lo empujó con tanta fuerza que logró apartarlo un par de pasos de ella.

—¡No soy ninguna puta! —le escupió con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Haber sido la amante de Francisco Malasaña, un hombre que te triplicaba la edad, pero podrido en dinero, no habla muy bien de ti —apuntó Raúl con aire de suficiencia.

Alexia cerró la mano en un puño y le apuntó con el dedo índice.

—¡Yo no...! —súbitamente se interrumpió.

Apretó los dientes y se mordió la lengua para no hablar más de la cuenta.

Cállate, Alexia, cállate, se ordenó a sí misma con desesperación. *No puedes hablar. No puedes decir nada. No puedes decir la verdad. No puedes traicionar de esta manera a tu madre.*

Inhaló aire profundamente. Tenía que tranquilizarse o iba a explotar.

—Entonces, ¿estabas enamorada de él? ¿Estabas enamorada de Francisco Malasaña?

La respuesta tardó unos segundos en llegar a los labios de Alexia. Unos

segundos que a Raúl se le antojaron eternos.

—¿Qué narices te importa si fui su amante o su niñera? —espetó Alexia—. ¿Qué narices te importa? —repitió, subiendo cada vez más el tono de voz.

Raúl Montenegro esperaba que se lo negara, que dijera que ella no había sido amante de Francisco Malasaña, que le diera una explicación. Pero, ¿cómo se lo iba a negar si era verdad?

En esos momentos entró una mujer en el servicio. Miró extrañada a Raúl.

—Hola, Raúl —saludó con cautela.

—Hola, Marta —correspondió él en tono neutro, incluso indiferente.

La mujer deslizó la vista hasta Alexia y su expresión de extrañeza se acentuó. ¿Qué hacía Raúl Montenegro con esa chica de aspecto medio hippy en el servicio de las mujeres? ¿Sería alguna cliente? Fuera quién fuera estaba manteniendo con ella una acalorada discusión, visto lo alterados que se los veía.

Durante el tiempo que la mujer estuvo allí, ninguno de los dos se dirigió la palabra. El silencio que se había instaurado entre ellos era sepulcral. Raúl no retiraba los ojos de Alexia mientras ella se movía incómoda bajo el exhaustivo escrutinio de su intensa y profunda mirada.

¿Por qué coño me tiene que mirar así?, se preguntó. Con esos ojos fiscalizadores

Raúl no terminaba de entender por qué el hecho de que Alexia hubiera sido amante de Francisco Malasaña le afectaba tanto, por qué no se resignaba a lo evidente. Había trabajado en casos similares y siempre había mostrado una frialdad extrema con la parte contraria; a quién terminaba destrozando en el estrado. Sin embargo con Alexia Durán no podía. Le resultaba imposible mantener la distancia. Era como si una fuerza invisible lo empujara hacia ella. Una fuerza a la que no podía resistirse, como un poderosísimo imán.

—¿Qué tienes contra mí? —le preguntó Alexia, cuando finalmente la mujer abandonó el servicio.

—Nada —se apresuró a responder Raúl.

—Nada... —repitió Alexia con un viso de incredulidad—. Entonces, ¿por qué te empeñas en hacerme daño? —quiso saber.

Su mirada se empañó, pero como pudo se tragó las lágrimas. La pregunta

sorprendió a Raúl.

—Yo no quiero hacerte daño —afirmó rotundo.

Alexia dejó escapar una risilla entre amarga y burlona.

—Pues para no querer hacerme daño, estás poniendo los cinco sentidos en la tarea —dijo.

Raúl frunció el ceño. Él no quería hacerle daño. ¡Claro que no! ¿O sí? ¿Por qué entonces la torturaba diciendo que era una interesada, incluso insinuando que era algo así como una puta que se dejaba comprar por dinero? ¿Qué pretendía conseguir con ello?

Raúl la miró fijamente, intentando obtener las respuestas a sus preguntas en los ojos azul oscuro de Alexia. Entonces se dio cuenta de que estaba a punto de llorar, de llorar por su culpa. De repente, sintió un pellizco en el corazón. A pesar de todo, no le gustaba verla así. Parecía tan frágil, tan vulnerable pese a su impulsividad y su fuerte carácter... Dio un paso hacia adelante.

—No te acerques a mí —dijo ella al advertir sus intenciones. Su voz sonó tan categórica que Raúl se detuvo en seco.

—Alexia...

—Te debes a los Malasaña —le cortó—. Ellos son los que te están pagando para destrozarme la vida. —Raúl sintió un escalofrío con aquellas palabras. ¿Hasta dónde estaba llegando todo aquello?—. Tienes que proteger sus intereses, ¿no? —comentó Alexia con acidez, repitiendo la misma frase que le había dicho él cuando fue a su despacho.

—Por favor, Alexia...

Raúl intentó hacerse entender. De pronto necesitaba darle una explicación, aunque ni él mismo supiera a ciencia cierta qué es lo que estaba sucediendo y el motivo de por qué actuaba del modo en que estaba actuando, pero Alexia no le dejó.

—Y no se te ocurra volver a besarme, ni a tocarme, ni a nada —sentenció, sin dejarlo hablar. Sus ojos se tornaron fríos—. No tienes ningún derecho a hacerlo.

Echó a andar con paso decidido y cruzó por delante de Raúl dispuesta a irse. Pero en el umbral, se giró una última vez.

—Un día te vas a arrepentir de todo esto, Raúl —aseveró. La voz se le quebró,

pero consiguió continuar—. Del modo en que me has humillado. Un día vas a tener que tragarte cada una de tus palabras, y ese día espero sinceramente que te atragantes.

Dicho esto, se dio la vuelta, apretando los labios para no romper a llorar. Tenía que irse de allí o acabaría derrumbándose. Le escocían los ojos. Con la visión nublada por las lágrimas, tanteó el pomo con la mano, lo giró y salió del servicio.

Raúl se llevó la mano a la nuca y se la acarició, visiblemente turbado. Permaneció un rato mirando la puerta por la que había desaparecido Alexia. Después se giró sobre sí mismo y se enfrentó a la imagen que le devolvía el espejo.

—¿Qué cojones estoy haciendo? —se preguntó, mirándose directamente a los ojos.

Estaba desconcertado. Jamás había actuado así. Jamás se había comportado de una forma tan... ruin con nadie. ¿Entonces por qué lo hacía con esa chica? ¿Qué estaba ocurriendo?

Abrió el grifo del agua fría, se mojó las manos y después se refrescó la nuca al tiempo que exhalaba una bocanada de aire.

—Alexia Durán no me es indiferente. Nada indiferente —se dijo a media voz mientras el agua le enfriaba la piel.

Recordó el beso, el sabor de sus labios rojizos, la calidez de su aliento chocando contra su boca...

—Dios mío, quiero volver a besarla... Necesito besarla otra vez —se confesó a sí mismo.

CAPÍTULO 25

Alexia salió casi a la carrera del Colegio de Abogados, ante la atenta mirada del guardia de seguridad. Al alcanzar por fin la calle, las lágrimas que había estado conteniendo hasta ese momento con un enorme esfuerzo, comenzaron a rodar por sus mejillas precipitadamente. Por alguna razón que desconocía, le dolía que Raúl Montenegro la tratara de ese modo, que pensara de ella que era una interesada, una oportunista, una puta...

Cuando llegó a la estación de metro seguía llorando. Buscó un banco libre, apartado de la gente, y se sentó en él. Ya no llegaba a tiempo a la clase del profesor Frazer, así que lo mejor era que se fuera a casa. Ya se inventaría una excusa para que no le bajara la nota.

Mientras esperaba a que el metro llegara y trataba de contener las lágrimas, evocó en su mente el beso que le había dado Raúl. Inconscientemente se humedeció los labios con la lengua. Aún los tenía calientes. Aún sabían a él.

El beso había sido arrollador, impetuoso como lo es un huracán. Cerró los ojos, reviviendo las intensas emociones que había sentido.

Le había costado mucho detenerlo; se hubiera quedado besándolo toda la vida, toda la eternidad. Sin embargo, lo mejor era tener a Raúl Montenegro lo más lejos posible.

No podía borrar de su cabeza su mirada profunda y oscura escupiendo chispas de algo que no era capaz de interpretar, pero que no le gustaba. ¿Era odio? ¿Rabia? ¿Desprecio? ¿Era... deseo?

Cortó sus pensamientos en seco.

¡No, deseo, no! Lo único que Raúl Montenegro piensa de mí es que soy una interesada, una puta.

Sí, definitivamente, lo más saludable era tenerlo lejos, muy lejos de ella. Pero

el beso había despertado tantas cosas en su interior... El corazón comenzó a aporrear su pecho como un tambor.

—¡Joder, estoy tan confundida! —masculló en voz baja.

Exhaló un profundo suspiro, cansada, al tiempo que se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Raúl se fue del Colegio de Abogados sin hacer lo que había ido a hacer. Cogió el coche y salió disparado hacia el despacho. Iba tan embebido en sus pensamientos, reviviendo lo que había sucedido hacía un rato con Alexia, que se saltó un semáforo en rojo en la Gran Vía madrileña y tuvo que dar un frenazo para no chocar con una furgoneta que salió por una calle de su izquierda.

—¡Mira por dónde vas, gilipollas! —gritó nervioso el conductor, sacando la cabeza y medio cuerpo por la ventanilla.

Raúl levantó la mano a modo de disculpa y respiró hondo.

No estaría mal que me tranquilizara.

Al llegar al trabajo, se fue directamente al estudio de Jorge, sin pasar siquiera por su despacho. Necesitaba hablar con alguien. Tocó a la puerta, seguidamente abrió y se asomó.

—¿Estás muy ocupado? —preguntó a su hermano.

Jorge levantó la vista de su mesa de trabajo y giró la cabeza hacia él.

—No, pasa —respondió, haciendo un gesto con los dedos para que entrara. Lo miró con los ojos entornados—. ¿Qué te ocurre? No traes buena cara —comentó.

—La estoy cagando, Jorge. La estoy cagando bien —dijo Raúl sin dar rodeos, al tiempo que se sentaba en una de las sillas.

—¿A qué te refieres? ¿Con quién la has cagado?

—Con Alexia Durán —contestó Raúl.

Jorge se giró por completo hacia su hermano.

—¿Por qué? —se interesó.

—Porque soy un estúpido. Un completo estúpido —aseveró Raúl, enfatizando cada una de sus palabras.

—¿Qué ha pasado?

Raúl se encogió de hombros.

—No sé qué me pasa con esa chica, Jorge. De verdad que no lo sé... —Sacudió la cabeza, como si con ello quisiera aclararse las ideas y librarse de la confusión que lo hostigaba—. Tengo sentimientos encontrados —comenzó a explicar—. Quiero acercarme a ella, acortar la distancia que nos separa, pero lo único que consigo es alejarla, alejarla cada vez más, y abrir entre nosotros un abismo que a este paso va a llegar a ser insalvable.

—¿Quieres que te dé mi opinión? —dijo Jorge.

Raúl inclinó la cabeza.

—Sí, por supuesto.

—Creo que esa chica te gusta, de ahí la confusión que sientes.

Raúl resopló.

—Pero es que no puede gustarme —arguyó.

Jorge dibujó una sonrisa condescendiente en la boca.

—¿Crees que el corazón tiene en cuenta de quién debes o tienes que enamorarte? Eso a él no le vale —comentó—. Te enamoras de quien te enamoras y punto. Sin más explicación. No hay «debes» ni «tienes».

—¡Joder, Jorge! Es la enemiga declarada de los Malasaña, y los Malasaña son mis clientes. Debería de estar planeando como acabar con ella en el tribunal.

—Deja de estar pensando en lo que deberías estar haciendo. Deja a un lado tus obligaciones como abogado.

—No puedo —fue la respuesta de Raúl—. Me debo a mi profesión. —Guardó silencio durante unos segundos en los que parecía estar reflexionando—. Pero tampoco puedo estar alejado de Alexia.

—Raúl, si no estás dispuesto a cambiar esa actitud, si no estás dispuesto a relegar por una vez tu profesión a un segundo plano, tienes un problema, y un problema gordo —dijo Jorge.

Raúl se quedó unos instantes pensando.

—Hoy me la he encontrado en el Colegio de Abogados —comenzó a decir—. Está solicitando un abogado de oficio, y siguiendo un impulso la he besado.

—Vaya...

Jorge estaba asombrado. Su hermano podía ser muy impulsivo cuando quería.

—Tiene los labios más dulces que he besado en toda mi vida —apuntó Raúl, rememorando el momento—. Deseaba tanto besarla... —confesó.

—¿Y cómo ha reaccionado ella?

—Al principio ha correspondido al beso, pero después me ha rechazado. —Hizo una pausa en su relato—. Reconozco que su rechazo me ha sentado mal. Muy mal. Entonces le he dicho que si quería dinero, que yo tenía mucho...

—¿Que le has dicho qué? —le cortó Jorge, echando el cuerpo hacia adelante—. ¿Estás loco, Raúl? ¿Cómo se te ocurre decirle tal cosa?

—¡Estoy ofuscado! —se justificó él.

—Eso no es excusa.

Raúl apretó los dientes.

—Me hiere la sangre cuando pienso que ha sido la amante de Francisco Malasaña, cuando pienso que ha estado entre sus brazos, que se la ha follado, que... ¡Dios!

—¿Y qué si ha estado con Francisco Malasaña? —le preguntó Jorge—. No creo que haya sido el único hombre con el que ha estado. Seguro que ha tenido algún que otro novio más.

—¡Pero con él es distinto!

—¿Por qué?

—Porque con Francisco Malasaña ha estado por dinero, y eso la convierte en una interesada, en una cazafortunas, en una zorra —sentenció.

—Eso no lo sabes —acortó Jorge—. Sofía te lo dijo y yo también, Alexia pudo estar enamorada de él.

—No, no, no... —negó reiteradamente Raúl.

—¿No te das cuenta de que estás haciendo daño a esa chica? —le preguntó Jorge, tratando de que entrara en razón.

Raúl se pasó las manos por la cabeza, acariciándose el pelo.

—Lo sé... Lo sé... —murmuró—. Cuando se ha ido, estaba a punto de llorar —añadió.

Jorge contrajo las cejas.

—¿Qué cojones te pasa, Raúl?! —inquirió molesto—. Tú no eres así. ¿Desde cuándo los Montenegro nos dedicamos a hacer llorar a las mujeres?

Raúl chasqueó la lengua.

¡Puta mierda! Lo que menos entraba en mis planes era enamorarse de la enemiga de un cliente. Eso no está haciendo más que complicarlo todo, pensó para sí.

—No sé qué demonios hacer... —murmuró.

—Sigue a tu corazón.

Raúl miró fijamente a Jorge. Unos segundos después negó con la cabeza.

—No —dijo, como en un acto reflejo—. Tengo que sacar a Alexia Durán de mi cabeza al precio que sea. No puedo dejar que interfiera en mi carrera.

Jorge sonrió para sí con cierta indulgencia. Qué ingenuo era su hermano. No sabía que cuando alguien se te mete en el corazón, no sale con la facilidad con que te sacas una espina del dedo.

De todas formas es algo que vas a descubrir por ti mismo, pensó perspicaz. Y mucho antes de lo que te imaginas.

CAPÍTULO 26

Alexia introdujo la llave en la cerradura de la puerta y entró en casa.

—Mamá —dijo.

Pero Valeria no respondió. Miró el reloj.

Es pronto aún, seguro que está trabajando.

Quien sí estaba en casa era Jimena, lo supo porque sus llaves estaban encima del aparador, donde acostumbraban a dejarlas cuando no se encontraban fuera.

Enfiló el pasillo y se dirigió a la habitación de su hermana.

—Adelante —respondió Jimena, cuando Alexia llamó a la puerta.

Abrió y entró en el cuarto cabizbaja.

—Hola —saludó a Jimena, que estaba escuchando música con los cascos.

—Hola. Te hacía en clase —comentó ella, quitándose los cascos de los oídos.

—No me ha dado tiempo a ir.

La voz de Alexia sonaba desinflada, como un globo al que dejan escapar el aire. Arrastró los pies y se sentó en la cama.

—¿Has vuelto a llorar? —le preguntó Jimena.

—¡Estoy harta de Raúl Montenegro! —dijo Alexia como respuesta.

—¿Otra vez él? ¡Voy a matar a ese tío! —exclamó Jimena, poniendo una mueca de disgusto en la boca—. No tiene ningún derecho a tratarte mal ni a hacerte llorar —se quejó—. ¡No es más que un puto gilipollas! —Miró a su hermana—. Alexia, tienes que cortar esto de raíz.

—Lo intento, Jimena. Te juro que lo intento. Cuando le he visto en el Colegio de Abogados, he tratado de salir sin que me viera. Hasta me he metido entre un

grupo de abogados para pasar desapercibida, pero no ha habido manera. Un hombre que entraba se ha chocado casualmente conmigo y Raúl Montenegro se ha dado cuenta de mi presencia porque solo estaba a unos metros —le explicó Alexia.

—Porque las cosas entre vosotros son de la manera que son, sino juraría que Cupido quiere juntaros a toda costa —comentó Jimena.

Alexia bufó.

—¿Cupido? —repitió con mofa—. En todo caso el hermano travieso de Cupido, porque tiene tela el asunto. Menos mal que no tengo que volver al Colegio de Abogados.

—No tientes a la suerte —apuntó Jimena, tratando de decir que podían seguir encontrándose en cualquier otro lugar.

—Pues no quiero volver a verlo —dijo Alexia con contundencia—, y menos después de lo que ha pasado hoy —añadió. Jimena arqueó una ceja, expectante—. Me ha besado.

—¿Te ha besado? Pero, ¿dónde?, ¿cómo?

—¿Como que cómo? Con la boca.

—Ya sé que con la boca, Alexia. No te va a besar con los pies —dijo Jimena con evidente obviedad en la voz—. No me refiero a eso... Me refiero a cómo sucedió, cómo surgió.

—Fue en el servicio de mujeres del Colegio de Abogados. Me llevó allí supuestamente para hablar, pero cuando me descuidé, me besó.

Jimena acercó su rostro al de su hermana.

—¿Besa bien? —le preguntó en tono confidencial, sin poder contener la curiosidad.

Alexia apretó los labios.

—Sí, muy bien —respondió con un ligero sonrojo en las mejillas. En el fondo le daba vergüenza reconocerlo—. Pero lo rechacé, y no le sentó muy bien. Me preguntó que si quería dinero, que él tenía mucho y que podía pagarme lo que pidiera.

La boca de Jimena se fue abriendo poco a poco.

—¿En serio te dijo eso, Alexia? —dijo con expresión de incredulidad en el rostro.

Alexia asintió en silencio.

—Para Raúl Montenegro no soy más que una zorra.

Con un suspiro lleno de frustración, dejó de hablar y se miró las palmas de las manos.

—¡Valiente hijo de puta! ¡¿Pero quién se ha creído qué es?! —aulló Jimena—. ¡Maldita sea! ¡¿Pero qué tiene ese hombre en el corazón?!

Jimena estaba fuera de sus casillas.

—Nada —comentó Alexia—. Da igual el lado que mires, no tiene nada, excepto leyes, decretos, estatutos... Raúl Montenegro es una de esas personas que viven por y para su profesión. Es un tiburón de los tribunales, y va a ir a por mí a toda costa.

Jimena clavó la mirada en los ojos azul oscuro de Alexia.

—¿Sabes lo que creo? —le preguntó, poniendo los brazos en jarra.

—¿Qué?

—Que Raúl Montenegro está celoso.

—¡Venga ya! ¡Ni de coña! —bramó Alexia.

—Piénsalo bien...

—No hay nada que pensar.

—Alexia, te lo digo en serio.

—¡Que no, Jimena, que no!

—¿Entonces por qué tiene esa fijación con que si eres la amante de Francisco Malasaña? ¿O que si eres una interesada? —planteó Jimena.

—Porque le gusta intimidar —saltó Alexia—. Solo quiere intimidarme.

—No lo entiendo. ¿Intimidarte, para qué?

—Raúl Montenegro es un tiburón de las leyes. Ya te lo he dicho... Además, acuérdate de lo que leíste en su biografía, nunca ha perdido un caso y está considerado uno de los mejores abogados de España. Te aseguro que no se puede cosechar esa fama si no tienes un lado despiadado.

Jimena arrugó la nariz.

—¿Qué significa ese gesto? —le preguntó Alexia, que conocía las expresiones de su hermana tanto como las suyas propias.

—Que a mí, todo eso que me has explicado me parece muy bien, de verdad que sí, pero no me convence, hermanita. No me convence en absoluto.

—Se nota que no conoces a Raúl Montenegro.

—Quizás...

Jimena seguía sin dejarse persuadir.

—Te lo digo en serio —enfaticó Alexia—. Es un prepotente, un soberbio y...

—... y va de *sobrao*, por lo que veo —terminó de decir Jimena—. Hasta ahí estamos de acuerdo. Pero a mí esa obcecación suya por Francisco Malasaña me huele a celos.

—Jimena...

—Le molesta, Alexia. A ese tío le molesta pensar que has tenido una relación con el señor Malasaña. —Alexia abrió la boca para decir algo, pero Jimena no le dejó pronunciar palabra—. Y a eso se le llama celos.

—Creo que tienes demasiada imaginación —apuntó Alexia, que no estaba dispuesta a dar crédito a la teoría de su hermana. ¿A quién se le ocurriría elucubrar semejante cosa?

—Ya me lo dirás más adelante —afirmó Jimena, como si estuviera exponiendo una importante teoría científica.

—Más adelante lo único que voy a tener con Raúl Montenegro es un juicio. Eso es lo que debe preocuparme. Eso, y que el Estado me asigne un buen abogado; un muy buen, buen abogado —matizó.

—¿No puedes elegir?

—No. No podré escoger. Se me asignará uno. Por eso digo que espero que sea bueno.

—Lo será —aseveró Jimena—. Y le patearás el culo a los Malasaña y a su abogado.

CAPÍTULO 27

Los días siguientes Alexia trató de no pensar en Raúl y de relegar al fondo de su cabeza el centenar de sensaciones que había despertado en ella el beso que le había dado. Aunque a veces le resultaba imposible. Era como si el intenso calor de los labios de Raúl no acabara de desaparecer nunca.

Volvió a meterse de lleno en su rutina diaria y en sus clases de Diseño de Moda, tratando así de dar de nuevo normalidad a su vida. Sin embargo, esto duró poco.

El pulso se le aceleró cuando cogió del buzón una carta del Colegio de Abogados. Subió a casa sin abrirla. Le temblaba la mano.

—Me ha llegado la respuesta del Colegio de Abogados —anunció a su hermana, que se encontraba en esos momentos en el salón, viendo en la tele la reposición de la serie americana *The Walking Dead*.

—¿Y qué te dicen? ¿Te han asignado abogado? —le preguntó con impaciencia.

—Todavía no la he abierto —respondió, quitándose el bolso bandolera del hombro y dejándolo en el respaldo de una silla.

—¿Quieres que lo haga yo? —sugirió Jimena, levantándose del sofá.

Alexia se quedó unos instantes pensativa.

—No, ya la abro yo —dijo. Pero pasaron unos segundos y el sobre seguía intacto—. Toma, mejor ábrela tú —le dijo a su hermana, al tiempo que alargaba el brazo y se la ofrecía. Jimena tomó la carta. Sin embargo, cuando iba a abrirla, Alexia se la arrebató de las manos—. Mejor lo hago yo.

—¡Ya, Alexia! —prorrumpió Jimena, que, con semblante decidido, agarró de nuevo el sobre. Alexia la miró desconcertada—. Ya la abro yo, que tú estás un poco... indecisa, y no podemos tirarnos así todo el día.

—Sí, es lo mejor —accedió finalmente Alexia.

Jimena rasgó el sobre con el dedo y extrajo el pliego de papel que contenía su interior. Mientras leía la respuesta del Colegio de Abogados, Alexia se mordisqueaba el labio superior. La expresión de su cara reflejaba una mezcla de impaciencia y expectación.

—¿Qué? —sondeó ansiosa.

Si no tenía una respuesta pronto, iban a tener que hacerle un injerto de piel en el labio.

—¡Enhorabuena! ¡Ya tienes abogado! —exclamó Jimena, con una sonrisa que casi le daba la vuelta a la cara y sin dilatar más el sufrimiento de su hermana, que lo estaba pasando francamente mal.

—¿De verdad? —preguntó Alexia. Se notaba un visible alivio en la voz.

—Sí, no se me ocurriría bromear con algo como esto —repuso Jimena—. El abogado que te han asignado se llama Alan de la Torre. Esta es la dirección a la que tienes que acudir mañana por la mañana —añadió Jimena, mostrándole la carta a Alexia.

—¡Bien! —dijo Alexia, alzando los puños en señal de triunfo—. Por fin buenas noticias —añadió.

—Claro, no podía ser todo malo —la animó Jimena.

Alexia, ya más tranquila, leyó la carta de arriba abajo.

—Mamá se va a poner muy contenta —comentó—. Aunque trata de disimularlo, este tema la tiene muy preocupada.

—Saber que finalmente te han asignado un abogado de oficio le va a alegrar el día.

—Voy a llamarla para decírselo.

Alexia buscó su móvil entre todos los achiperras que tenía en el bolso bandolera, lo sacó y buscó el número de su madre.

—Dime, Alexia —dijo Valeria al descolgar—. ¿Ocurre algo? —preguntó con un deje de alarma.

—Acaba de llegar la carta del Colegio de Abogados, ya me han asignado abogado de oficio —le informó Alexia.

—¡Alabado sea Dios! —aclamó su madre al otro lado de la línea. Se llevó al pecho la mano que tenía libre—. No sabes cuánto me alegra, cariño.

—Mañana por la mañana tengo que ir a su bufete. Tengo cita a las once.

—Mejor así. Cuanto antes empiece todo, antes acabará.

—Tienes razón, mamá. Cuanto antes empiece todo, antes acabara —repitió Alexia.

—Luego me cuentas todo con detalle, cariño —se despidió Valeria, que estaba hasta arriba de trabajo.

—Hasta luego, mamá. Un beso.

—Un beso, mi niña.

Cuando Alexia colgó la llamada, se quedó unos instantes con el rostro meditabundo.

—¿Estás bien? —le preguntó Jimena, al verla con expresión ausente.

—Sí, sí —se apresuró a afirmar Alexia, volviendo en sí—. Estoy contenta porque contar con un abogado es contar con al menos una oportunidad, aunque sea ínfima. De lo contrario, los Malasaña acabarían conmigo en menos tiempo de lo que dura un chasquido de dedos, y más teniendo en cuenta que ellos han contratado al mejor abogado de España —dijo, pensando en Raúl.

—Ojalá que ganes.

Alexia apretó los labios.

—Aunque está difícil, no voy a dar la batalla por perdida antes de empezarla.

—¡Esta es mi hermana! —exclamó Jimena con vehemencia.

Alexia sonrió. El entusiasmo de su hermana le hacía tanto bien.

—Nada me gustaría más que pudieras patearle el culo a esos engreídos de los Malasaña —dijo Jimena, volviendo a hacer uso de la palabra.

—Nada me gustaría más a mí que poder patearle el culo a esos engreídos de los Malasaña —repitió Alexia—, y a Raúl Montenegro —agregó, aunque su tono de voz había bajado unas cuantas octavas. Hizo una pequeña pausa—. Solo espero que el abogado que me han asignado sepa lo que se hace, porque sino a la que van a patear el culo va a ser a mí.

—Eso no va a suceder —atajó Jimena.

—Yo no estoy tan segura.

—Pero tenemos que confiar. ¿Qué nos queda si perdemos la esperanza?

Alexia contempló a su hermana durante unos instantes.

—Nada —respondió.

—Actitud positiva —le aconsejó Jimena, al tiempo que le ofrecía una sonrisa llena de optimismo.

—Actitud positiva.

La noche había envuelto a Madrid como si hubieran echado un manto oscuro sobre ella. Alexia entró en su habitación, arrastró los pies hasta la cama y se dejó caer en ella bocarriba. Giró el rostro y se quedó mirando el techo. Trataba de poner orden a sus pensamientos, pero le costaba lo indecible.

Francisco Malasaña le había metido en un lío. En un lío gordo. Por supuesto que no lo había hecho intencionadamente, pero eso no quitaba para que su familia y el abogado que habían contratado no fueran a muerte a por ella. Trataba de ser optimista, pero en su fuero interno sabía que antes de ganar el juicio, sería más probable que las ranas tuvieran pelo.

Había renunciado a la parte de la herencia que Francisco le había dejado. ¿Qué más querían? No tenía ninguna intención de dar problemas.

Lanzó al aire un suspiro.

Su madre tenía razón, a los Malasaña no les gustaban los extraños, y ella lo era, y estaban más que dispuestos a reducirla a cenizas. Y luego estaba Raúl Montenegro, que parecía tener algo personal contra ella. Sonrió con amargura al recordar las palabras de Jimena.

—¿Raúl Montenegro, celoso? —se dijo—. Eso es un disparate. Se dio la vuelta y apoyó la mejilla en la almohada—. Ese hombre no tiene nada en el corazón. Solo arrogancia y vanidad. No es más que un creído... y un insolente.

Alexia estaba segura de que el beso que le había dado era para

desestabilizarla, para confundirla, y lo peor es que lo había conseguido, porque no podía estar más confusa de lo que estaba.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Qué me está pasando con ese tío? —se preguntó frustrada.

Mientras revivía el instante en que sus bocas se habían juntado, en que había sentido sobre sus labios el tibio aliento de Raúl Montenegro, la lengua abriéndose paso buscando la suya, la mano sujetando con fuerza sus muñecas, la imperiosidad de su cuerpo impidiéndole moverse, la venció el sueño y el cansancio y se quedó dormida.

CAPÍTULO 28

—¿Ya te vas? —le preguntó su madre desde la puerta de la habitación.

—Sí —respondió Alexia, metiendo el teléfono móvil en el bolso y colgándose en el hombro.

—A ver qué te dice el abogado.

—Luego te cuento.

Alexia se acercó a Valeria, le dio un beso fugaz en la mejilla a modo de despedida y enfiló el pasillo.

—Te quiero —vociferó su madre.

—Y yo a ti, mamá —correspondió Alexia antes de cerrar la puerta y marcharse.

Media hora y tres transbordos de metro después estaba esperando en la recepción del bufete de Alan de la Torre a que la recibiera.

—Señorita Durán, entre, por favor —le dijo la secretaria con suma amabilidad, abriendo la puerta del despacho del abogado de oficio.

Alexia se levantó del asiento y siguió las indicaciones de la mujer de mediana edad, morena y ojos negros.

—Alexia Durán, ¿verdad? —preguntó una voz masculina desde el otro lado.

—Sí —respondió ella.

Terminó de acercarse a la mesa llena de libros y papeles que había al fondo de la estancia y estrechó la mano que le ofrecía.

—Soy Alan de la Torre —se presentó el abogado—. Me voy a encargar de tu caso. ¿Puedo tutearte? —le preguntó en tono distendido, con la intención de romper el hielo y la formalidad que implicaba el encuentro.

—Sí, sí, por supuesto —respondió Alexia con una sonrisa.

—Siéntate, por favor —le indicó Alan.

—Gracias.

Alexia se sentó y puso el bolso sobre sus piernas mientras miraba a Alan de la Torre con detenimiento. Nunca se hubiera imaginado que también fuera joven. No sabía por qué, pero siempre se había imaginado que todos los abogados del mundo pasaban de la cincuentena. Sin embargo, Alan de la Torre tendría veinticuatro, o veinticinco años como mucho.

Es guapo, pensó para sus adentros. Lo miró unos instantes más. *Sí, es guapo*, se reafirmó a sí misma.

Su pelo era rubio oscuro y tenía los ojos azules. Alto y con unos músculos definidos que se dejaban adivinar bajo el riguroso traje sastre que llevaba puesto.

—He estado poniéndome al día y estudiando el caso y la demanda que te han interpuesto —comenzó a decir Alan—. Los Malasaña son un hueso duro de roer —comentó.

—Sí, lo son, y su abogado también —añadió a su vez Alexia.

—Ya he visto que los representa Raúl Montenegro.

Alan torció ligeramente la boca.

—Un peso pesado —afirmó Alexia.

No pretendía desmerecer la valía de Alan de la Torre, ni muchísimo menos, pero estaba claro que ninguno de los dos podía obviar la realidad y a la persona a la que tenían que enfrentarse.

—Su fama es conocida dentro y fuera de los círculos —dijo Alan—. Por todos es sabido que no ha perdido un solo caso, pero si algo he aprendido con los años es que no hay casusas pérdidas, por más difícil que parezca, y que hasta el más grande de los guerreros alguna vez pierde.

Alexia ladeó la cabeza. Le gustaba el optimismo que derrochaba Alan de la Torre. Estaba claro que no iba a dejarse vencer fácilmente y eso la motivó en cierta manera.

Alan levantó la mirada.

—Eso sí, si queremos tener una mínima posibilidad de ganarlos, es necesario que sepa toda la verdad.

Alexia frunció ligeramente el ceño.

Oh, oh...

—¿A qué te refieres? —preguntó, aunque sabía por dónde iban los tiros.

—¿Por qué Francisco Malasaña te dejó un tercio de su fortuna? —le preguntó el abogado directamente. Alexia mantuvo silencio—. Necesito saber qué relación te unía al señor Malasaña.

Alexia tragó saliva y carraspeó para ganar algo de tiempo.

—Bueno... nos conocíamos... nos conocíamos desde hace algún tiempo y...

—La gente no va dejando su herencia a las personas que conoce —la interrumpió Alan con suavidad. Alexia lo miró con cara de circunstancia—. ¿Mantenías una relación con él?

—¡No! —negó ella, casi sin dejarle terminar—. No era su querida, si es lo que estás pensando.

Estaba harta de que todo el mundo pensara que había sido la amante de Francisco Malasaña.

—¿Entonces? —insistió Alan. Viendo que Alexia no tenía intención de hablar, continuó—. Si no estás dispuesta a contarme nada, no podré ayudarte.

Alexia quería hablar, pero se acordaba del juramento que le había hecho a su madre y se echaba para atrás. Negó para sí.

—Alexia, no podré hacer nada si no hablas claro conmigo —seguía tratando de convencerla Alan—. Si no eras su amante, ¿qué te unía a Francisco Malasaña?

—¿Tú... tienes secreto profesional? —le preguntó Alexia—. Ya sabes... ¿Cómo los médicos y los curas?

Alan sonrió sin despegar los labios. Había condescendencia en su gesto.

—Por supuesto —respondió—. Nada de lo que me digas saldrá de este despacho. Todo lo que hablemos quedará entre tú y yo.

Alexia respiró hondo y expulsó el aire lentamente mientras se mordisqueaba el

labio.

—Francisco Malasaña era mi padre —afirmó. Y de pronto sintió como si se hubiera quitado una losa de mil kilos de encima.

Alan no pudo evitar sorprenderse ante aquella afirmación, aunque trató de que la expresión de su rostro no lo denotara. Debía mostrarse objetivo. Pero hubiera jurado que Alexia Durán había sido la amante de Francisco Malasaña. Iba a hablar, sin embargo Alexia le cortó de inmediato.

—Pero esto no lo puede saber nadie, ¿me oyes? Absolutamente nadie —le advirtió.

—¿Por qué? —fue la pregunta de Alan, extrañado por la actitud vehemente de Alexia—. Es la única baza de la que disponemos para poder ganar. No contar con ella va a ser poco menos que un suicidio.

—Pues me suicidaré, pero por nada del mundo quiero que se sepa que soy la hija de Francisco Malasaña.

Un silencio gravitó sobre sus cabezas. Alan se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos de las manos. Las líneas de su rostro se endurecieron ligeramente.

—Esto es serio, Alexia. Muy serio —dijo con voz grave—. He oído hablar de los Malasaña. Sé qué fama tienen... No van a andarse con tonterías y, conociendo su trayectoria, me temo que su abogado tampoco.

A Alexia le saltó el corazón dentro del pecho cuando le vino a la cabeza Raúl Montenegro.

—Lo siento, pero no puedo decir nada —apostilló.

—No entiendo por qué.

—Mi madre no me lo perdonaría jamás.

—¿Guardas silencio por tu madre?

Alexia inclinó la cabeza en un ademán de afirmación.

—Ella me hizo jurar que nunca lo diría. Conoce muy bien a los Malasaña. Sabe de lo que son capaces... —Su voz se fue apagando poco a poco—. Mi madre solo quiere evitarme sufrimientos y disgustos.

Alan trató de mostrarse comprensivo, pero no podía obviar la gravedad del

caso que tenía entre manos y las consecuencias que podía tener para Alexia perder el juicio.

—Tienes que hablar con tu madre —le pidió.

—Mi madre no...

—Alexia —le cortó Alan—, si pierdes, la indemnización que te van a pedir los Malasaña, más las costas del juicio, que vas a tener que pagar tú, se van a elevar a varios miles de euros.

—¿Qué?!

Alexia estaba escandalizada.

¿Por qué narices tengo que pagar yo nada? ¿De dónde voy a sacar el dinero en el que caso de que finalmente pierda el juicio? ¡Joder!

—Habla con tu madre —volvió a decirle Alan—. Explícale cómo son las cosas y las nulas posibilidades de ganar si no alegamos que eres hija biológica de Francisco Malasaña. Es la única baza importante con la que contamos. Lo demás es solo humo.

—Pero, aunque mi madre accediera, cosa que dudo, no se puede hacer nada. Francisco Malasaña no se hizo ninguna prueba en vida que comprobara que yo era su hija legítima. Él sabía que era mi padre, confiaba en mi madre y no quiso hacerme pasar por eso. Es mi palabra contra la de los Malasaña.

—No hay ningún problema con eso —la tranquilizó Alan—. La prueba de ADN se puede pedir a alguno de sus hijos reconocidos.

—Ninguno de sus hijos va a acceder a hacerse esa prueba —se adelantó a decir Alexia.

—Tampoco hay problema con eso. Si se niegan, pediré la exhumación jurídica del cadáver —intervino Alan en tono resuelto—. Pero antes necesitamos que tu madre esté de acuerdo en decir que tú eres hija biológica del difunto señor Malasaña.

—Conozco a mi madre... —dijo Alexia—, no va a dar su consentimiento.

—Explícale lo que te he dicho y de la manera que te lo he dicho. Dile que es la única oportunidad que tienes para ganar el juicio contra los Malasaña. Que de otro modo, lo único que vas a hacer es inmolarte en vano. Tienes que hacer que lo entienda, Alexia. Es sumamente importante contar con ese As.

Alexia chasqueó la lengua, frustrada.

—Mi madre no va a ceder —afirmó.

—Al menos dime que hablarás con ella y que tratarás de convencerla —anotó Alan.

Alexia guardó silencio durante unos segundos. Alan alzó las cejas a la espera de su respuesta.

—Está bien, hablaré con ella —claudicó al fin. Suspiró—. Pero no prometo nada.

—Bueno, algo es algo —apostilló Alan.

Sonrió satisfecho mientras recostaba la espalda en el asiento.

CAPÍTULO 29

Raúl se encontraba en su despacho, preparando el que iba a ser su alegato para el juicio de los Malasaña, cuando las notas musicales del himno del Real Madrid empezaron a sonar en su móvil, señal de que estaba recibiendo una llamada.

Cogió el teléfono de encima de la mesa y descolgó.

—Dime, Manuel —le dijo a su interlocutor.

—Ya tienes adversario en el caso de los Malasaña —le informó el hombre que hablaba al otro lado del auricular.

—¿Ya han asignado abogado de oficio a Alexia Durán? —preguntó Raúl, denotando en la voz interés y expectación a un tiempo.

—Así es.

—¿Y quién es el afortunado? —dijo con retintín.

—Desafortunado, más bien —bromeó Manuel. Un colega de profesión a quién Raúl había pedido que le avisara en cuanto tuviera conocimiento de algo relacionado con el abogado que asignarían a Alexia—. Un tal Alan de la Torre —respondió.

—¿Puedes decirme algo sobre él? —indagó Raúl.

—No mucho, la verdad. Solo que es un chico joven, que se ha incorporado hace algunos meses a la vida laboral y que ya ha tenido un primer contacto con Alexia Durán.

—Entiendo... —murmuró Raúl, algo desilusionado por los pocos datos que le había aportado Manuel acerca de Alan de la Torre.

—Es todo lo que puedo decirte.

—Es perfecto. Gracias —le agradeció Raúl.

—A ver cuándo nos tomamos un café.

—Cuando quieras.

—Que tengas una buena mañana —se despidió Manuel.

—Igualmente —correspondió Raúl.

Colgó la llamada y durante un rato hizo memoria por si Alan de la Torre le sonaba de algo. Sin embargo su nombre no le decía nada.

Con el teléfono aún de la mano, buscó el número de Bernardo, un amigo que trabajaba en el Colegio de Abogados. Él le ampliaría la información de Alan de la Torre. Marcó y se llevó el móvil a la oreja.

—Bernardo...

—Dime, Montenegro... —respondió Bernardo, que era la forma en que siempre le llamaba amigablemente.

—¿Qué me puedes decir de Alan de la Torre? —preguntó directo.

—¿Alan de la Torre?

—Sí, es el abogado de oficio que han asignado a Alexia Durán en el caso que estoy llevando, el caso de los Malasaña.

—Ah, sí —cayó en la cuenta Bernardo—. Alan no es un recién licenciado, pero casi. Lleva ejerciendo algo así como un año aproximadamente —comenzó a decir.

—No está mal tenerme que enfrentar a un novato —apuntó Raúl.

—Si me permites un consejo —dijo Bernardo en tono templado—. En este caso, no te fíes de su escasa experiencia. Por lo que tengo entendido, Alan apunta maneras y es uno de los abogados con más fututo del momento. Según he oído, tiene un porvenir que promete ser brillante. Aunque solo esté empezando, cuenta con un muy buen expediente.

—¿Ah, sí? Vaya, vaya... —dijo Raúl, pasándose la mano por la barbilla.

No podía evitar sentir el cosquilleo de la adrenalina en el interior de las venas. Le encantaba enfrentarse a abogados que supusieran para él un desafío, poder medirse con ellos. Quizá fuera masoquista, pero le gustan los duelos, los combates en los que podía demostrar su valía. No aquellos que ya estaban ganados de antemano. Esos le aburrían, porque no suponían ningún reto y ni siquiera le hacía crecer profesionalmente.

—Tal vez tengas que emplearte a fondo en este caso, Montenegro —bromeó Bernardo—. Alan de la Torre es avisado, incluso yo diría que astuto.

—Ya sabes lo que me gusta a mí un desafío —ironizó Raúl, relamiéndose por dentro.

—Sí, lo sé. De hecho, no me gustaría tener que enfrentarme nunca a ti. A veces resultas demoledor.

—No seas exagerado.

—Sí, sí, exagerado.... Pregunta a tus contrincantes si soy o no exagerado.

—Hablas como si el tribunal fuera un ring y nos enfrentáramos en un combate de boxeo —se mofó Raúl.

—En algunos casos lo parece —apostilló Bernardo entre risas—. Créeme cuando te digo que en algunos casos lo parece.

—Pobres jueces, que también tienen que hacer de árbitros —dijo Raúl.

Ambos rieron de forma distendida. Raúl volvió a hacer uso de la palabra.

—Si te enteras de algo nuevo sobre Alan de la Torre, me lo comunicas —le pidió a Bernardo.

—Por supuesto, cuenta con ello —respondió él con complicidad—. Suerte con este caso, Montenegro —le deseó—. Aunque la verdad es que no creo que la necesites.

—Gracias. Siempre se agradecen los buenos deseos y los halagos —alegó Raúl.

—Hablamos.

—Hablamos.

Raúl depositó el teléfono sobre los papeles que tenía extendidos encima de la mesa y dejó caer la espalda en el respaldo del sillón de cuero. Giró el asiento ciento ochenta grados y se puso de cara a los ventanales.

En otras circunstancias estaría pletórico con el caso de los Malasaña. Era una familia muy importante y ganar el caso aumentaría su notoriedad como abogado. Sin embargo no era así. Algo le impedía disfrutar de ello, y ese algo tenía nombre y apellidos: Alexia Durán.

—¿Cómo he llegado a este punto? —se preguntó mientras perdía la mirada en

el intenso escarlata que teñía el cielo del atardecer—. ¿Cómo? —Resopló—. Lo has complicado todo, Alexia. Todo.

El teléfono de su despacho sonó, sacándole de sus cavilaciones. Raúl volvió en sí, giró de nuevo el sillón, alargó el brazo y lo cogió.

—Señor Montenegro...

—Dime, Esther.

—Graciela Malasaña está aquí. Quiere verle.

Raúl miró su reloj de muñeca. Era casi la hora de irse.

—¿Ahora?

La pregunta salió instintivamente de sus labios. No le apetecía nada ver a Graciela. Tenía que reconocer que, pese a que había contratado sus servicios, no le caía bien. Era vanidosa y superficial al extremo.

—Sí —le confirmó su secretaria.

—Está bien. Hazla pasar, por favor —accedió Raúl.

—Enseguida, señor Montenegro.

Unos segundos después la puerta del despacho se abrió y Graciela Malasaña hizo su entrada, triunfal como si acabara de ganar una pelea de gladiadores.

CAPÍTULO 30

Resulta insufrible, pensó Raúl en silencio, según caminaba hacia él con ese aire de modelo de pasarela que se gastaba. Llevaba puesto un vestido blanco y negro ajustado que le llegaba por las rodillas.

¿De dónde viene, o adónde irá?, se preguntó. Aunque en el fondo le daba lo mismo. *Parece que se ha maquillado con un rodillo.*

—Buenas tardes, Raúl —le saludó Graciela.

—Buenas tardes —correspondió él con voz neutra, sin denotar ningún tipo de emoción.

Graciela avanzó hasta una de las sillas que había delante de la mesa de Raúl

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

Graciela se acomodó en el asiento. La superficie de la mesa era de cristal, así que Raúl vio claramente la forma sensual en que se subía la falda y cruzaba las piernas. ¿Se estaba insinuando o solo eran imaginaciones suyas? Apartó la mirada de inmediato.

—Siento haberme presentado sin avisar —dijo Graciela.

—No importa —la disculpó Raúl—. Soy tu abogado —le dijo a modo de recordatorio—, puedes venir cuando quieras.

—Sí, bueno... Quería saber cómo va todo, si hay fecha ya para el juicio.

—No. Si se hubiera fijado una fecha, te hubiera avisado.

—La impaciencia me está matando —alegó Graciela, haciendo un gesto teatral con la mano—. No sabes las ganas que tengo... que tenemos —rectificó—, de que acabe todo esto. En mala hora apareció esa zorra.

—Graciela... no es necesario utilizar esos términos —la amonestó Raúl.

No podía evitarlo, le bullía la sangre cada vez que Graciela insultaba a Alexia.

—Pero es que lo es, Raúl. Se tiraba a mi padre, un hombre casado y con hijos más mayores que ella. Eso la convierte en una zorra.

Raúl apretó los dientes y decidió que lo más apropiado era obviar sus comentarios, o acabaría echándola del despacho sin ningún tipo de miramiento.

—Ya le han asignado un abogado de oficio —la informó, para así desviar el tema—. No creo que la fecha del juicio se demore mucho.

—Esa noticia es estupenda.

Graciela pareció relajarse, cosa que Raúl agradeció. Se conocía y no se hacía responsable de su reacción si Graciela seguía agrediendo a Alexia de aquella manera tan despreciable.

—Deberíamos salir a celebrarlo —dijo Graciela entusiasmada.

—¿A celebrarlo? —repitió Raúl, que no entendía nada—. ¿Qué hay que celebrar?

—Que el juicio tendrá lugar pronto y que, por tanto, la vitoria está cada vez más cerca. ¿No me digas que no es motivo de celebración que dentro de poco vayamos a aplastar a esa mosquita muerta?

Raúl entornó los ojos y miró fijamente a Graciela. Se tuvo que recordar a sí mismo que era su clienta.

—Es pronto para celebraciones. Todavía no hemos ganado nada —dijo únicamente, tratando de mantener la compostura.

—Vamos, Raúl. No seas aguafiestas —se apresuró a decir Graciela.

—No tenemos nada que celebrar —repitió Raúl, dándole largas—. Aún no hemos ganado nada.

—¡Venga! Salgamos a cenar... a tomar una copa... —insistió Graciela, dedicándole una sonrisa insinuante—. Te aseguro que nos vamos a divertir —dijo, enroscándose un mechón de pelo en el dedo índice y jugueteando con él.

Si Raúl tenía alguna duda de que Graciela Malasaña estuviera flirteando con él, en ese momento se despejaron de golpe. De todas formas, no tenía ningunas ganas de salir con ella. Así que pensó en una excusa rápidamente.

—Lo siento. He quedado para cenar con mi hermano y su esposa. Tengo la noche comprometida —mintió.

¡Joder! Me he arreglado para nada, se quejó Graciela en silencio.

—¿No puedes anularlo? —le preguntó en voz alta.

Graciela dejaba claro que estaba acostumbrada a conseguir todo lo que quería, costara lo que costase y tuviera que insistir lo que tuviera que insistir, y a no recibir un «no» por respuesta. Casi igual que Raúl.

—Me temo que no —respondió, declinando de nuevo su invitación—. Tenemos que tratar algunos asuntos de urgencia.

Graciela torció el gesto de mala gana.

Maldita sea, ¿no tenía otra noche en la que quedar con su hermanito del alma?

Suspiró resignada.

—Está bien. Me rindo —claudicó.

Trató de sonar amable e indiferente, como si la negativa de Raúl no la afectara tanto como lo había hecho, pero no lo consiguió del todo. Detestaba hasta el infinito que las cosas no salieran del modo que había planeado. Y había planeado pasar la noche con Raúl Montenegro. Para eso había ido a verlo a su despacho. Con la excusa de preguntar por la fecha del juicio, le propondría salir a cenar y a tomarse algo, pero él había quedado con su hermano. ¡Qué oportuno!

Es igual..., se consoló a sí misma, para que se le pasara el berrinche. *Llamaré a Natalia y nos iremos a tomar algo. Después de haberme arreglado no voy a quedarme en casa. Sería un sacrilegio.*

—En otra ocasión será —dijo, tragándose la rabia y el mal humor.

Graciela forzó una sonrisa, pero no coló en Raúl, que advirtió la poca gracia que le había hecho que declinara su ofrecimiento.

—Te avisaré cuando sepa algo relacionado con el caso —dijo Raúl.

Graciela entendió que esa era la forma en que Raúl se estaba despidiendo de ella. Con toda la dignidad del mundo, cogió el pequeño bolso que había dejado sobre la mesa y se levantó.

Cuando se puso en pie, se alisó la falda del vestido con las manos, para que la

tela volviera a ceñirse a sus cuervas.

—Que pases una buena noche —fue su escueto comentario.

—Igualmente.

Graciela se giró airada y con la mano se sacudió el pelo, echándose hacia atrás. Raúl, con la misma impasibilidad con que la había visto entrar en su despacho, la vio salir. Graciela Malasaña no le producía ni frío ni calor, aunque él no le resultaba tan indiferente a ella.

—Solo espero que este encaprichamiento se te pase pronto —dijo cuando finalmente salió—. Si no va a traerme problemas.

Sin más, devolvió su atención al trabajo que le esperaba sobre la mesa.

Graciela sacó el móvil de su bolso de Gucci color cámel mientras bajaba en el ascensor.

—Natalia... —dijo.

—Dime, querida.

—¿Haces algo esta noche?

—Pues... no. No tengo ningún plan.

—Pues ahora ya lo tienes. —Graciela echó un vistazo a su lujoso reloj de muñeca—. Te paso a recoger en media hora y nos vamos a tomar una copa.

—¡Me parece perfecto! —exclamó Natalia, la mejor amiga de Graciela—. Estaba tan aburrida... —añadió suspirando.

—Vamos a divertirnos y a mover un poco el esqueleto —dijo Graciela.

—¿A qué viene ese humor de perros? —le preguntó Natalia a Graciela ya en la discoteca New Garamond.

Graciela cogió con los dedos la aceituna de su Dirty Gin Tonic.

—He ido a ver al abogado que hemos contratado para el caso de la fulana de mi padre...

—Raúl Montenegro.

—Sí. —Graciela mordisqueó la aceituna—. Quería invitarle a cenar, a tomar algo... Ya sabes, pasar la noche con él...

—¿Y?

—Ya tenía planes, o eso me ha dicho —respondió de mala gana. —Hizo una pausa mientras masticaba—. Detesto que los planes no salgan como quiero. Sobre todo, los planes que tengo pensados con él.

—Veo que ese hombre te gusta en serio —comentó Natalia.

Cogió su copa y bebió.

—Raúl Montenegro es uno de los últimos tíos que merecen ya la pena aquí —apuntó Graciela en tono desdeñoso—. Madrid está lleno de aparentadores y de muertos de hambre.

—La verdad es que no me extraña que te guste. El cabrón está cómo quiere. Tiene un buen polvo —opinó Natalia con deleite en la voz.

Graciela rodó los ojos hacia su amiga en la semipenumbra de la discoteca y enarcó las cejas.

—No se te vaya a ocurrir fijarte en él —la amenazó, sin ningún rastro de broma en la entonación.

Natalia levantó en son de paz la mano que tenía libre.

—Tranquila. Por nada del mundo se me ocurriría poner mis ojos en un hombre en el que tú te hayas fijado antes —se apresuró a decir—. Sé cómo te las gastas...

Graciela se calmó un poco.

—Raúl Montenegro me gusta, me gusta mucho —afirmó por encima de la música que sonaba en el local.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Natalia.

Graciela sonrió con malicia.

—Nat, parece mentira que me hagas esa pregunta —apuntó—. Ir a por él, por

supuesto. No voy a parar hasta que Raúl Montenegro acabe en mi cama.

—¿Solo en tu cama? —ironizó Natalia.

—En la cama y en el altar —sentenció Graciela. Levantó la copa para hacer un brindis—. Por mi futuro marido —dijo, riéndose.

—Por tu futuro marido —dijo Natalia, chocando su copa con la de Graciela.

Ambas bebieron un trago de su Dirty Gin Tonic.

—Aunque mientras llega, no está mal entretenerse con lo que hay a mano —dijo Graciela, mirando por encima del borde de la copa al chico de pelo corto castaño que la observaba desde el otro lado de la barra.

Le sonrió. La noche prometía.

CAPÍTULO 31

Alexia cogió una taza del estante, la llenó de leche y la introdujo en el microondas. Cuando la leche se calentó, la sacó y echó un número indeterminado de cucharadas de Cola Cao, suficientes para que la taza rebosara.

—¿Nunca se te va a quitar la costumbre de tomarte una tacita de leche con Cola Cao? —la interrumpió Jimena, que en esos momentos entraba en la cocina. Alexia se giró hacia ella.

—No —negó—. Nunca me privaría de un placer semejante. Aunque más bien es Cola Cao con leche —matizó Alexia en tono divertido.

—Tienes razón. Ahí dentro hay casi medio bote de Cola Cao —bromeó Jimena, apuntando a la taza.

—Y a ti, ¿tampoco se te va a quitar la costumbre? —le preguntó a su vez Alexia, cuando reparó en que iba a hacer lo mismo que había hecho ella.

—No —respondió rotunda Jimena—. Por nada del mundo.

Ambas rieron distendidas. Alexia se sentó a la mesa.

—¿Mamá no ha llegado aún? —interrogó a Jimena.

Metió la cuchara en la taza y movió la masa espesa que contenía.

—No —respondió Jimena—. ¿Estás preocupada? —se interesó mientras se preparaba su taza de leche caliente con Cola Cao.

—Sí, por qué sé que a mamá no le va a gustar lo que me ha dicho esta mañana el abogado —contestó Alexia.

Apretó los labios.

—Seguro que al final lo comprende.

—Yo no estoy tan convencida de ello, la verdad. Ya sabes la actitud que tiene

mamá respecto a este tema. No quiere ni oír hablar de los Malasaña y mucho menos que se sepa que yo soy hija biológica de Francisco.

—Pero esto va a ser un caso de fuerza mayor. Un mal necesario.

—Espero que mamá piense igual.

La puerta se oyó al otro lado de la casa y Alexia y Jimena guardaron silencio. Un minuto más tarde su madre apareció en la cocina.

—Buenas noches, niñas —saludó.

—Buenas noches, mamá —respondieron las dos al mismo tiempo.

Valeria se acercó y dio un beso a cada una de sus hijas.

—¿Qué tal te ha ido en el trabajo? —le preguntó Jimena.

—La señora Gómez cada día está más pesada. Va a acabar conmigo —comentó Valeria, aunque su tono no era de queja.

Dirigió su mirada a Alexia.

—¿Qué tal con el abogado? ¿Qué te ha dicho? —se interesó.

Jimena cogió su taza de Cola Cao de encima de la mesa.

—Bueno, yo me voy a mi habitación. Tengo que acabar un trabajo —anunció, dejando a solas a su madre y a su hermana.

Al salir de la cocina, miró a Alexia y le guiñó un ojo con complicidad. Alexia sonrió de manera imperceptible. Después giró el rostro hacia su madre.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Valeria dejó el bolso y la chaqueta encima de una silla y se sentó frente a Alexia.

—¿Ocurre algo grave? —preguntó ceñuda.

Durante unos segundos, Alexia buscó la manera de decirle a su madre que el abogado le había aconsejado que lo mejor era decir que era hija de Francisco Malasaña. Pero, conociéndola, de cualquier modo que lo dijera le iba a parecer un desatino. Estaba convencida de que su madre se negaría.

—Alexia, me estás preocupando —la apremió Valeria, que estaba comenzando a alarmarse ante el silencio de su hija—. ¿Qué te ha dicho el abogado?

Alexia respiró hondo y reunió todo el valor de que fue capaz.

—Cree que lo mejor es que confiese que soy hija biológica de Francisco Malasaña —dijo al fin, sin rodeos ni preámbulos inútiles.

Su madre se echó hacia atrás. Alexia estudió su reacción.

—¿Qué?! ¡No, no, no...! —exclamó Valeria.

—Mamá, es la única manera de tener alguna posibilidad en el juicio.

—Tiene que haber otra forma —se apresuró a afirmar Valeria.

—No hay otra forma —atajó Alexia—. Alan, el abogado, me ha dicho que las probabilidades de ganar son prácticamente nulas. Los Malasaña son una familia muy influyente en Madrid y además han contratado a uno de los mejores abogados del país. Si no digo que soy hija de Francisco, me estaré suicidando.

Valeria sacudió la cabeza de un lado a otro, negando reiteradamente.

—¡Pero es que no puedes decirlo! —prorrumpió nerviosa.

—Mamá...

—Los Malasaña van a ir a por ti, Alexia —le cortó Valeria.

—Van a ir de todas maneras —intervino ella.

Valeria se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por la cocina.

—¿Te imaginas qué van hacer contigo si se enteran de que eres hija biológica de Francisco? ¿De que legítimamente te pertenece ese tercio que te ha dejado de su fortuna? —preguntó—. No, no... No quiero ni imaginármelo. Te harán la vida imposible, de la misma forma que me la hicieron a mí. La madre de Francisco, tu abuela, se encargó junto con Leonor, su esposa, de que no encontrara trabajo de secretaria en ningún lado y de que me despidieran de la oficina en la que estaba. La única salida que me quedó después de años fue ponerme a limpiar casas, y eso porque nunca se enteraron de que estaba embarazada...

—Mamá, ahora son otros tiempos —intentó convencerla Alexia.

Valeria se paró en seco en mitad de la cocina y la miró. Había un reflejo de miedo en su mirada.

—No conoces a los Malasaña —aseveró—. No sabes de lo que son capaces.

—Soy uno de ellos —le recordó Alexia.

Valeria entornó los ojos. Sus pupilas vibraban. Aquellas palabras fueron una

especie de punzada en el corazón. Alexia se dio cuenta de que su afirmación le había hecho daño.

—Lo siento, mamá —se disculpó rápidamente—. No... Yo no...

Alexia respiró hondo y se pasó la mano por la frente. Se sentía agobiada por todo lo que estaba sucediendo.

—Solo quiero protegerte —dijo Valeria, sentándose de nuevo en la silla, frente a Alexia.

—Lo sé.

—No quiero que esa familia te haga lo que me hizo a mí. No quiero que pases por el calvario por el que pasé yo. Tú no. —Valeria alargó la mano y acarició la barbilla de su hija—. Tú no —repitió angustiada.

—Sé que has guardado este secreto para protegerme, pero quizás ya es hora de que se sepa la verdad. No podemos dejar que la gente piense que he sido la amante de Francisco —dijo Alexia—. ¡Por Dios, era mi padre!

Y Raúl Montenegro le vino de inmediato a la cabeza. Él más que nadie debía saber quién era ella en realidad. Quería hacerle tragar cada una de sus palabras y cada una de sus insinuaciones.

Valeria volvió a negar en silencio.

—Habla con el abogado —dijo—. Dile que busque otra forma. Él es experto en leyes, tiene que haber otro camino...

—No lo hay, mamá —volvió a decir Alexia, terca como una mula.

—No voy a ceder —sentenció su madre, levantándose de golpe de la silla—. No voy a darte mi aprobación.

—Pero...

—¡Pero nada!

—Mamá, si pierdo el juicio, nos va a tocar pagar una indemnización. ¿De dónde vamos a sacar el dinero? —arguyó Alexia como último recurso.

—Nadie puede saber que eres hija de Francisco Malasaña. Nadie, y menos su familia. —Fue la respuesta de Valeria.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

—Al menos piénsatelo, por favor —le rogó Alexia.

—Ya está todo pensado.

Valeria cogió el bolso y la chaqueta, dio media vuelta y salió de la cocina sin mediar más palabra. Los ojos de Alexia se llenaron de lágrimas. Hundió el rostro entre las manos y rompió a llorar. Aquel asunto comenzaba a pesarle demasiado. Demasiado.

Alexia sabía que su madre no accedería a sacar a la luz que ella era hija de Francisco Malasaña. Era un secreto que estaba dispuesta a llevarse a la tumba.

Nunca le había importado lo que pensarán de ella, de que no tuviera un padre reconocido y de que llevara los apellidos de su madre cambiados de orden. No tenía ningún problema con eso. Ni tampoco cuando un par de años atrás, Francisco Malasaña apareció en su vida diciendo que era su padre y que estaba dispuesto a reconocerla como hija. Su madre se había negado en rotundo. No quería tener nada que ver con los Malasaña, ni siquiera con Francisco, aunque le había amado hasta el dolor. Pero eso había sido en el pasado. Ahora lo más importante era Alexia y que la familia Malasaña no arremetiera contra ella del modo que habían arremetido contra Valeria, cuando se enteraron de que había empezado una relación con su padre.

Alexia suspiró y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

Ahora todo era distinto. Todo el mundo creía que había sido la amante de Francisco Malasaña y que por eso la había nombrado en el testamento.

¡Yo, amante de un hombre que me triplicaba la edad y que en realidad era mi padre! ¡Es una locura!

En el fondo le daba igual lo que pensara la familia Malasaña, pero no lo que pensara Raúl Montenegro, y él creía que era una interesada, una oportunista y una zorra, y si no se desvelaba finalmente la verdad, lo seguiría creyendo.

Alexia deseaba que también le diera igual lo que pensara Raúl, pero no era así. Había puesto todo de su parte para que ese hombre le fuera indiferente y no lo había conseguido. Afirmar lo contrario sería mentir y engañarse a sí misma. No quería que Raúl Montenegro creyera de ella lo que no era. Y desde luego no era una interesada, ni una oportunista, ni mucho menos una zorra.

Negó para sí.

Cogió la taza de leche con Cola Cao y dio un sorbo. Se había quedado frío. Daba igual. Terminó de tomárselo y se fue a la cama con el pensamiento de que mañana sería otro día y con la esperanza de que fuera otro día mejor.

CAPÍTULO 32

Alexia intentaba mantener la atención en lo que estaba exponiendo la profesora de Confección y Patronaje, pero los párpados le pesaban como si tuviera un saco de tierra colgado de ellos.

Voy a terminar dando un cabezazo, se dijo, apoyando la barbilla en la mano.

—¿Estás bien? —le preguntó Miriam en voz baja.

—Sí —respondió Alexia.

Se llevó la mano a la boca para ocultar un pequeño bostezo.

—No has dormido mucho, ¿verdad? —dijo Miriam.

—No. De hecho no he dormido nada. Así que no me extrañaría que me confundieran con un zombi —bromeó Alexia.

Y así es cómo se sentía, como un zombi. No había pegado ojo en toda la noche. Había estado dando vueltas de un lado a otro de la cama mientras las horas pasaban en el reloj con una lentitud desesperante.

Las conversaciones que había mantenido, primero con Alan, el abogado, y después con su madre, iban y venían a su cabeza formando una maraña confusa que le impidió dormir.

¡La situación era desesperante! El único modo de tener una mínima posibilidad en el juicio contra los Malasaña era confesando que ella era hija biológica de Francisco, pero tal y como se temía, su madre se negaba en rotundo, y parecía que no había forma humana ni divina de hacer que cambiara de opinión. Estaba cerrada en banda a decir nada.

—¿Hay algo que te preocupe? —se interesó Miriam.

Alexia giró el rostro hacia su amiga.

—No —mintió—. Simplemente me he desvelado y después no he sido capaz de coger el sueño.

No quería hablar del asunto de los Malasaña y de quien era su padre con Miriam. Era un tema demasiado delicado y no se veía con fuerzas suficientes para dar explicaciones.

—Últimamente estás muy pensativa —opinó su amiga—. Como si estuvieras en tu mundo y...

En esos momentos la campana sonó, interrumpiendo la conversación de Miriam y Alexia. Por fin la clase había terminado. Ambas recogieron los libros y la carpeta y abandonaron el aula. Alexia estaba dispuesta a obviar el comentario de Miriam, pero ella insistió.

—¿Has conocido a algún chico? —le preguntó de sopetón.

—¿A algún chico? —repitió Alexia para ganar un poco de tiempo—. No, no —negó categóricamente—. Si hubiera conocido a alguien lo sabrías.

—¿Estás segura? —preguntó Miriam con suspicacia.

—Claro que estoy segura —se reafirmó Alexia—. Tranquila, Miriam, que no he conocido a nadie.

A nadie que merezca la pena, porque no sé si Raúl Montenegro es un hombre que merezca la pena conocer, añadió en silencio.

—¿Hace una cerveza? —propuso seguidamente, a ver si así podía desviar el tema sobre si había conocido a alguien o no, y de paso distraerse un poco.

—¡Hace! —asintió Miriam.

—¿Podemos hablar? —le preguntó su madre cuando Alexia llegó a casa al mediodía.

—Claro —respondió ella.

Valeria estaba visiblemente nerviosa y debajo de sus ojos podían apreciarse unas pronunciadas ojeras de color violáceo. No era difícil adivinar que ella tampoco había dormido mucho.

—He estado pensando... —comenzó a decir algo titubeante.

En el pecho de Alexia se abrió una brecha de esperanza. ¿Habría recapacitado su madre? ¿Habría cambiado de opinión?

Por favor, por favor, por favor..., suplicó.

—¿Has hablado con el abogado? —quiso saber Valeria.

—No, aún no.

Valeria asintió.

—Quizás tenga razón.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alexia con cautela. No quería hacerse falsas ilusiones.

—A que se sepa que eres hija de Francisco Malasaña.

La expresión de Alexia se esponjó, aliviada.

—¿Lo dices en serio, mamá? ¿Estás de acuerdo? —dijo con voz incrédula.

—Bueno... tienes razón cuando dices que los Malasaña están yendo ya a por ti, sino no te hubieran demandado —repuso Valeria—. Así que lo mejor será contrarrestarlo de alguna manera y es cierto que la única es contando la verdad.

—Sí, mamá, es lo más acertado.

—Pero hay una cosa que me preocupa...

—¿Qué es?

—Francisco sabía que eras su hija, pero no hay nada oficial que lo dictamine así. Me refiero a que no hay ningún papel en el que se estipule que era legítimamente tu padre —alegó Valeria.

—No te preocupes por eso —la tranquilizó Alexia—. Se lo planteé al abogado y me dijo que pediría al juez que alguno de sus hijos reconocidos se hiciera la prueba de ADN.

—Ninguno va a querer hacérsela, Alexia —anotó su madre.

—Eso mismo le dije yo, pero el abogado también ha pensado en eso. Si se niegan, pedirá la exhumación jurídica del cadáver.

Valeria torció el gesto.

—No me hace mucha gracia que se tenga que desenterrar un cuerpo —dijo—. A los muertos hay que dejarlos descansar en paz.

—A mí tampoco y, sinceramente, a los Malasaña tampoco les va a gustar. Pero servirá para presionarles para que finalmente alguno acceda a hacerse la prueba de ADN, y si ninguno quiere... Bueno, pues habrá que proceder a la exhumación del cadáver. Al fin y al cabo, son ellos los que se lo han buscado —afirmó Alexia—. Yo estaba dispuesta a renunciar a la herencia para no tener problemas, pero para ellos no ha sido suficiente.

—Ellos solo están conformes cuando aplastan a la gente que consideran un estorbo —intervino Valeria, que hablaba con conocimiento de causa—. Otra cosa no les sirve.

—Confío en que evitarán por todos los medios levantar el cuerpo de Francisco, porque la prueba de ADN se hará de todos modos. —Alexia levantó los ojos y dedicó a su madre una mirada indulgente—. Gracias por recapacitar y por contar con tu beneplácito para que se sepa la verdad —le agradeció.

—No me tienes que dar las gracias por nada, cariño —dijo Valeria en tono cariñoso—. Reconozco que no es algo que me guste. Pero creo que es la única salida que tenemos.

—Soy consciente de que no te gusta y de que tampoco te resulta fácil que se sepa que soy hija de Francisco. Es un secreto que has estado guardando con mucho celo todos estos años, incluso cuando él y yo comenzamos a tratarnos como padre e hija. Pero no queda otra opción. Estamos contra la espada y la pared —dijo Alexia.

—De algún modo hay que frenar a los Malasaña —afirmó Valeria, ahora ya sin ningún titubeo en la voz. Estaba muy segura de lo que estaba diciendo.

Alexia se acercó a ella y en silencio la abrazó.

—Todo va a ir bien —dijo su madre, dándole un beso protector en la cabeza—. Todo va a ir bien.

CAPÍTULO 33

Alexia se detuvo frente a la puerta y la golpeó ligeramente con los nudillos.

—Adelante —oyó al otro lado.

—Hola —dijo al entrar en el despacho de Alan de la Torre.

—Hola —saludó él—. ¿Me tienes buenas noticias? —preguntó. Alexia esbozó una sonrisa cuando se sentó en la silla. Alan se imaginó qué respuesta le traía—. ¿Tú madre ha accedido finalmente?

—Sí —respondió Alexia, al tiempo que asentía con una entusiasta inclinación de cabeza.

—Eso está muy bien, Alexia —reconoció Alan sin ocultar su alegría.

—Cuando se lo comenté anoche no quería, se negó en rotundo. Me dijo que buscaras otra forma. Ni siquiera estaba dispuesta a pensárselo —comenzó a explicarle Alexia—. Sin embargo ha recapacitado y, afortunadamente, ha cambiado de opinión y ha entendido que es la única manera de hacer frente a los Malasaña.

—¡Bien, bien, bien! —exclamó Alan. Se levantó de su sillón—. ¿Te apetece un café? —le preguntó de improviso a Alexia.

—¿Un café? —dijo ella, sorprendida por la imprevista invitación de Alan.

Qué alto es, pensó Alexia, repasándolo en toda su estatura. Es casi tan alto como Raúl Montenegro.

Al sorprenderse pensando en Raúl, sacudió la cabeza.

—Sí, o un té, o una Coca Cola, o lo que tomes habitualmente —aclaró Alan—. Hoy está siendo un día duro y necesito cafeína para seguir adelante. Pero cafeína de la buena. No te recomiendo nada el matarratas de la máquina que hay fuera. —

Se puso la mano en la boca y bajó la voz—. Con él solo puede mi secretaria — agregó en tono divertido y confidencial.

Alexia se llevó la mano a la boca y se echó a reír.

—Está bien —asintió entre risas—. Lo tendré en cuenta. No me gustaría morir envenenada.

—Iremos a una cafetería que hay aquí abajo —dijo Alan—. Seguro que te gusta.

Se abrochó la chaqueta del traje, rodeó la mesa y salió junto a Alexia en busca del ascensor.

Entraron en una café-bar situado justamente al lado. Era un lugar recogido y coqueto, de paredes pintadas en tonos pastel.

—¿Qué quieres? —le preguntó Alan a Alexia.

—Un té blanco con leche.

Alan hizo una seña al camarero, que se acercó a la mesa en la que se habían sentado en cuanto lo vio.

—Un té blanco con leche y un café doble con leche, por favor —le pidió.

—Ahora mismo lo traigo —dijo el camarero.

—Creo que tenemos a los Malasaña agarrados por los huevos —le comentó Alan a Alexia.

Los ojos de Alexia relumbraron como el azul del mar con el resplandor del sol de media tarde que se colaba por las ventanas de la cafetería.

—¿De verdad lo crees? —preguntó con expresión incrédula—. Los Malasaña son... —No terminó la frase—. Bueno, todo el mundo sabe cómo son —dijo—. Al igual que su abogado —agregó.

Alexia se dio cuenta de que el subconsciente le había traicionado al mencionar a Raúl.

—Sí que lo creo —reafirmó Alan, sin apartar la vista de la mirada azul de Alexia—. Incluso los guerreros más aguerridos tienen un punto débil. Fíjate sino en Aquiles... Y el punto débil de los Malasaña va a ser la carta que nosotros tenemos bajo la manga. Ellos van a impugnar el testamento del difunto señor Malasaña para declararlo inválido. De ese modo tú te quedas definitivamente sin

la parte que te dejó de herencia. Sería algo irrevocable, de modo que jamás podrías reclamar nada, que es lo que ellos quieren. Eso y castigarte por haber sido la amante de Francisco Malasaña —agregó.

—¡Yo no he sido la amante de Francisco! —se apresuró a decir Alexia a la defensiva, olvidándose de que estaba hablando con Alan y no con Raúl Montenegro, y de que Alan ya sabía la verdad.

—Lo sé —apostilló él en tono comprensible y apaciguador—, pero los Malasaña no, y se sienten ofendidos por ello. Así que te lo van a hacer pagar.

Alexia suspiró y dejó caer los hombros.

—Tienes razón —concluyó más tranquila—. Solo hay que ver que quise renunciar a la herencia y no les pareció suficiente.

—Ahí lo tienes —anotó Alan.

—Mi madre está en lo cierto cuando dice que los Malasaña solo se conforman aplastando a la gente que consideran un estorbo.

—Presumo que tu madre los conoce bien.

—Muy bien... Sufrió mucho por culpa de esa familia. La madre de Francisco, mi abuela; y su esposa, le hicieron la vida imposible. Tanto, que llegaron a despedirla de su trabajo como secretaria y solo le quedó ponerse a limpiar casas y escaleras.

—Puedo hacerme una idea de lo mal que lo tuvo que pasar tu madre. La sombra de los Malasaña es muy larga para sus enemigos —dijo Alan. Acercó un poco el rostro a Alexia—. Pero contigo es distinto. La ley te ampara porque eres hija biológica de Francisco Malasaña y, les guste o no, no pueden cambiarlo ni hacer que la justicia no se cumpla.

Durante unos segundos, sus miradas se encontraron.

—Pero yo soy una hija fuera del matrimonio. Soy una bastarda —observó Alexia, que escuchaba con suma atención a Alan—. ¿Tengo los mismos derechos que los hijos que ha tenido con su esposa?

En ese momento llegó el camarero con sus consumiciones.

—Aquí tienen —dijo el hombre.

—Gracias —le agradecieron Alan y Alexia a la vez.

—Exactamente los mismos —respondió Alan, retomando el tema de la conversación—. Los hijos tienen derecho a la herencia de los progenitores a partes iguales, ya sean biológicos o adoptados, hayan nacido dentro o fuera del matrimonio —le explicó a Alexia con profesionalidad. Cogió el sobre de azúcar, lo abrió y lo vertió en la taza de café—. Es decir, que cuando la prueba de ADN demuestre que eres hija legítima de Francisco Malasaña, el tercio que te dejó de su fortuna será tuyo, y nadie podrá hacer nada para quitártelo.

—¿Ni siquiera los Malasaña ni su alargada sombra?

—Ni siquiera los Malasaña ni su alarmada sombra.

Alexia cogió la jarilla de la leche y echó un chorro en la taza de té.

—Para serte sincera, no estoy interesada en la fortuna de Francisco —dijo mientras agitaba la cucharilla en el interior de la taza—. No quiero un solo euro.

—Aún así, ellos no están dispuestos a dejarte en paz —aseveró Alan—. Además, te pertenece. Eres hija de Francisco Malasaña y él quiso, como última voluntad, dejarte parte de su herencia como hija suya que eres.

Alexia sacó la cucharilla y dio un sorbo de su té con leche.

—Sé que... mi padre lo hizo de buena voluntad —dijo con pudor, porque no estaba acostumbrada a llamarlo así—, pero lo único que ha conseguido nombrándome heredera es meterme en un montón de jaleos —dijo con voz apesadumbrada—. Desde que los Malasaña se enteraron de mi existencia, han ido a por mí.

Ellos y su abogado, añadió para sus adentros. Porque parece que Raúl Montenegro tiene algo personal contra mí, más incluso que los propios Malasaña.

Alan tomó la taza de café entre los dedos y dio un trago.

—No te preocupes, porque nos vamos a encargar de cortarles las alas —afirmó, dejando de nuevo la taza en el platillo.

Alargó la mano por encima de la mesa y cogió una servilleta de papel. Sus dedos chocaron con los de Alexia, que en ese momento también se encontraba con la mano en el servilletero.

Alexia notó que se le sonrojaban ligeramente las mejillas al contacto con Alan. Le sonrió con timidez y sin saber por qué, replegó la mano.

—Lo siento —dijo.

Alan sintió una suerte de corriente eléctrica que le subió hasta el codo. Se quedó sorprendido.

¿Qué ha sido eso?, se preguntó.

Entornó los ojos y miró a Alexia como si fuera la primera vez que la viera. Se fijó en sus ojos azul oscuro, en su melena rojiza, en su rostro atestado de divertidas pecas, en su boca pequeña...

Sonrió inconscientemente.

—¡Oh, mierda!

La exclamación de Alexia le devolvió a la realidad. Cuando la miró, estaba de pie y tenía la taza de té en la mano.

—¿Ocurre algo? —le preguntó, mientras ella se bebía el té de un trago.

—¡Llego tarde a la clase del profesor Frazer! ¡Joder, me va a matar! —respondió Alexia.

—No creo que sea para tanto —bromeó Alan.

—Sí, sí lo es, porque siempre llego tarde a su clase. ¡Maldita sea!

Alexia dejó la taza sobre la mesa y rápidamente cogió el bolso y se lo puso en el hombro.

—¿Quieres que te acerque a... dónde sea que estudies? —se ofreció Alan con toda la buena voluntad del mundo.

—Muchas gracias, pero no es necesario... —dijo Alexia.

—Venga, será mejor que te lleve —insistió Alan—. Si tienes que andar cogiendo el metro, no vas a llegar a tiempo ni a la clase de mañana.

Alexia lo miró unos segundos sopesando la idea.

—La verdad es que no me vendría mal. Sino el profesor Frazer se va a enfadar conmigo, y con razón. Pero no quiero molestarte.

—No es ninguna molestia.

Alan se levantó, sacó la cartera del bolsillo y dejó un billete de diez euros en la mesa.

—En serio, no...

—Vamos. No perdamos más tiempo —dijo Alan, sin esperar a que le trajeran la vuelta y sin dejar que Alexia rechazara de nuevo su ofrecimiento.

CAPÍTULO 34

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —le preguntó Jimena a Alexia, que en esos momentos se encontraba en la habitación, colocando la ropa que acababa de planchar.

—Voy a ir al cementerio, a hacer una visita a la tumba de Francisco.

—¿Quieres que te acompañe?

—Gracias por ofrecerte a acompañarme, pero prefiero ir sola —respondió Alexia con voz suave, para que su hermana no se enfadase por su negativa.

Jimena ladeó la cabeza.

—Te noto rara... ¿Estás triste? —se interesó, sentándose en la cama.

Alexia se encogió de hombros.

—Francisco era mi padre y bueno... lo echo de menos —dijo.

Abrió uno de los cajones del armario y metió un par de camisetas.

—Es normal que lo echas de menos, como tú misma has dicho, era tu padre.

—¿Y por qué me siento culpable?

—¿Culpable? ¿Por qué te habrías de sentir culpable? —le preguntó Jimena, extraña.

—No lo sé... —Alexia volvió a encogerse de hombros con unos pantalones de la mano—. Él solo se ha preocupado de mí durante los dos últimos años.

Colgó los pantalones en una percha y los puso en el armario.

—A ver... es lógico que tengas sentimientos encontrados —dijo Jimena, tratando de poner los pensamientos de su hermana en orden—. Era tu padre. Sangre de tu sangre y, además, lo quisiste mucho, y él a ti. Vuestra relación fue

muy estrecha el tiempo que compartisteis juntos. —Jimena hizo una breve pausa y estudió la expresión de su hermana—. Si es por mamá... —dijo de nuevo, adelantándose a los pensamientos de Alexia—, estate tranquila. A estas alturas, ella ha comprendido finalmente que Francisco Malasaña era tu padre y que, como tal, tenía derecho a querer saber de ti y a estar contigo.

—¿Tú crees? —le preguntó Alexia, sentándose a su lado en la cama.

—¡Claro! —la animó Jimena—. Para ella ha sido un paso hacia adelante acceder a que se sepa que eres hija de Francisco Malasaña —opinó—. Ya sabes que antes se cortarían un brazo que sacarlo a la luz —bromeó.

Alexia rio. Después se mordisqueó el labio superior, pensativa.

—Sé que mamá ha hecho el esfuerzo por mí y por atajar el ataque de los Malasaña —alegó.

—Esa familia no tiene medida —anotó Jimena.

—Ninguna —apostilló Alexia.

Jimena miró el reloj. Cuando vio qué hora era, se levantó.

—Tengo que irme —anunció.

—¿Tienes clase ahora?

—Sí.

—Que te vaya bien —le deseó Alexia.

—Igualmente —correspondió Jimena—. Nos vemos luego, guapa —se despidió.

—Nos vemos luego.

Jimena salió de la habitación y Alexia se quedó terminando de colocar la ropa.

Por la tarde, Alexia compró un pequeño ramo de flores en uno de los puestos que había en los alrededores del cementerio de La Almudena. Un manojo con unos cuantos claveles, un par de orquídeas y unas margaritas.

—¿Cuánto le debo? —preguntó a la florista.

—Son quince euros.

Alexia extrajo de su cartera un billete de diez euros y otro de cinco y se los tendió a la mujer.

—Aquí tiene —dijo.

—Gracias —contestó la florista.

Cogió el ramo que le ofrecía la mujer y se adentró en el camposanto, a través del hermoso pórtico de columnas y arcos por el que se accedía.

Durante un rato, caminó entre los centenares de tumbas y nichos que se desplegaban en el que era el mayor cementerio de Europa. En él estaban enterrados varios de los personajes nacionales más relevantes del siglo XX. Sin embargo, algunas zonas se encontraban sumidas en un total abandono, con las losas rotas y llenas de polvo, como si Dios no se acordara de ellas, ni desde luego los familiares a quienes pertenecían.

—Que pena —musitó Alexia.

Giró a la derecha por el sendero cercado por árboles centenarios por el que iba y que llevaba al mausoleo de su padre. Una joya arquitectónica que competía directamente con las obras de arte que podían encontrarse en el recinto.

La escultura de ángel de grandes dimensiones lloraba la pérdida de Francisco Malasaña, echado sobre la enorme losa de mármol.

—Los Malasaña son ostentosos hasta para las tumbas —comentó—. No creo que a mi padre le hubiera gustado tanta pomposidad. Él era más modesto que todo esto —apuntó, mirando de arriba abajo la imponente figura de mármol que se erguía ante ella.

Dio un par de pasos hacia adelante, se inclinó y colocó el ramito de flores sobre la tumba, con los cristalinos ojos azul oscuro empañados y el corazón lleno de pena.

—Te echo de menos —murmuró—. Te echo mucho de menos, Francisco.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Extendió el brazo y pasó la mano por el nombre escrito en letras de metal. Estaban frías como el hielo.

—Sé que lo hiciste con buena intención —comenzó a hablar—, pero no sabes en el lío en que me has metido al nombrarme tu heredera. Tenías que haber dejado las cosas como estaban. Sabías perfectamente que yo no quería nada. Me

perteneciera o no por ley, no lo quería.

Su voz se fue apagando poco a poco.

Sorbió por la nariz.

—Y ahora vamos a tener que sacar la verdad a la luz, aunque a mamá no le hace ninguna gracia. Ninguna. Ya veías lo celosa que era con ese tema, ni siquiera cuando tú quisiste darme tu apellido en vida accedió a contarlo. Pero ahora no le ha quedado otro remedio, porque tu familia está dispuesta a llevarme por delante.

Lanzó al aire un profundo suspiro.

—Y su abogado también —añadió después—. Si lo vieras... Va a por mí como un león a por una gacela.

Alexia sacudió la cabeza, apesadumbrada.

De pronto, sintió que unos dedos le aferraban el brazo como una garra y que tiraban de ella con fuerza.

CAPÍTULO 35

Alexia giró el rostro de golpe. Abrió los ojos como platos y el corazón le dio un vuelco dentro del pecho cuando vio que quien le estaba agarrando era Graciela. Su sorpresa alcanzó cotas máximas cuando advirtió que a su lado estaba Raúl Montenegro.

¡Mierda, mierda, mierda! ¿No había otro momento para venir al cementerio?

—¿Qué coño haces aquí, zorra? —tronó la voz de Graciela.

—He venido a ver a mi... —Alexia se calló de golpe. Iba a decir «a mi padre», pero no era el momento, aún no. Alan le había aconsejado que no dijera nada hasta el día del juicio. De ese modo, jugarían con el efecto sorpresa a su favor. Así que no tuvo más remedio que morderse la lengua.

—¿A tu amante?! ¿A tu querido?! ¿Eso es lo que ibas a decir?! —la increpó Graciela con ojos furiosos.

—Suéltame —fue lo único que respondió Alexia, y lo hizo en tono templado. No era el lugar ni el momento apropiado para un escándalo.

Trató de zafarse pero no pudo. La mano de Graciela se cernía alrededor de su antebrazo como un grillete de hierro. Estaba apretándola tan fuerte que le estaba haciendo daño.

—¿Qué me sueltas! —volvió a decir Alexia, levantando la voz.

Dio un tirón enérgico y por fin pudo liberarse de Graciela, que seguía fulminándola con la mirada. La hubiera matado con los ojos de haber podido. Alexia se acarició el brazo de arriba abajo para aliviar el dolor.

—No eres más que una put...

—¡Graciela! —le cortó apresuradamente Raúl, antes de que terminara de decir la palabra.

—¿Qué?! —se quejó ella—. ¿Acaso es mentira lo que estoy diciendo? ¿Acaso esta *pintas* no es una put...?

Raúl alargó la mano, agarró el brazo de Graciela y de un tirón certero la acercó a él.

Alexia se enjugó las lágrimas con los dedos mientras contemplaba la escena que se estaba desarrollando a unos metros de ella.

—Estás en un cementerio —amonestó Raúl a Graciela, hablando entre dientes—. Muestra un poco de respeto, por favor.

Graciela levantó la vista. Raúl tenía los ojos entornados y la miraba con una expresión inescrutable. No le gustaba lo que estaba pasando ni cómo estaba actuando ella. Dudó unos segundos.

¿Y qué cojones me importa si le gusta o no cómo actúo?, se preguntó a sí misma después. *Estoy cansada de guardar las formas delante de él.*

Se soltó de la mano de Raúl con un gesto de mala gana, se giró y con semblante airado se acercó a la tumba. Cogió el ramo de flores que había dejado Alexia unos minutos antes sobre la superficie de mármol y se lo espetó en el pecho con todo el desdén del que fue capaz.

—Llévate tu mierda de flores de aquí —dijo con rabia, bajo la mirada atónita de Raúl, que no daba crédito a que Graciela pudiera ser tan cruel.

Con el golpe, el ramo se desmoronó y cayó al suelo antes de que Alexia pudiera evitarlo.

Los ojos de Alexia volvieron a llenarse de lágrimas, por el trato vejatorio y humillante al que le estaba sometiendo Graciela. ¿Cómo podía ser así de mala? ¿Cómo podía ser tan insensible? Parecía increíble que pudieran llevar la misma sangre.

—¡Y no se te ocurra volver, zorra! —exclamó Graciela, que seguía escupiendo su veneno contra ella de forma incontrolada.

Alexia, llevada por una renovada determinación, dio un paso al frente y se encaró con Graciela.

—Vendré las veces que quiera —dijo—. Y ni tú ni nadie va a impedírmelo.

Graciela chasqueó la lengua.

—Aparte de *pintas* y muerta de hambre eres una jodida verdulera.

—¿Verdulera? —repitió Alexia, incrédula. Lanzó al aire una carcajada—. Y eso lo dice una persona que se ha puesto a insultarme a voces en pleno cementerio, sin tener en cuenta que hay que respetar un sitio sagrado como es este.

Graciela bufó, exasperada. Iba a empezar a salirle humo por las orejas.

—¿Quién te has creído que eres, niñata? —dijo—. ¿Piensas que por que te follabas a mi padre puedes hablarme de ese modo?

Raúl contrajo las mandíbulas. Había empezado a hervirle la sangre. Seguía sin soportar la idea de que Alexia hubiera sido la amante de Francisco Malasaña y de que hubieran tenido intimidad.

—¡Vete a la mierda! —soltó Alexia, sin dejarse amedrentar. Estaba harta de ella.

—¡Vete tú a la maldita mierda! —dijo Graciela. Se inclinó, recogió el ramo de flores del suelo y se lo tiró con fuerza a Alexia—. ¡Vete a follarte y a sacar los cuartos a otro, maldita zorra!

Alexia movió la cabeza imperceptiblemente, negando para sí. No podía hacer nada. Estaba atada de pies y manos.

Graciela, llevada por un arrebato, empujó a Alexia, que trastabilló unos pasos hacia atrás. Por suerte, pudo sujetarse en la cruz de la tumba que había detrás de ella y no se cayó.

—¡Lárgate! —le gritó Graciela con el rostro desencajado—. ¡Lárgate de aquí! —Levantó el dedo índice y la apuntó amenazadoramente—. Y pobre de ti si cuando vengas estoy yo, porque te voy a echar a patadas. Tú lugar no está llorando la tumba de mi padre, está en una esquina o en burdel. ¿Me oyes? Es ahí donde tienes que estar, como la puta que eres.

Alexia cogió el ramo de flores totalmente desmoronado, se giró con los ojos arrasados en lágrimas y arrastrando el alma con los pies, y salió del cementerio, sorteando las tumbas y los mausoleos, como si la persiguieran las mismísimas Furias.

Vio el Cielo abierto cuando finalmente alcanzó la puerta y salió del cementerio. Una vez fuera, respiró hondo y dejó que la brisa fresca le enfriara los pulmones.

—¡Joder! —masculló.

Raúl no se lo pensó dos veces y salió detrás de Alexia, ante la mirada desconcertada de Graciela, que no entendía por qué iba en su busca y no se quedaba consolándola a ella. Pero Raúl no estaba mucho por la labor de andar dándole explicaciones.

Cruzó el cementerio de La Almudena a zancadas. Cuando emergió al exterior miró a todos lados. Vio a Alexia irse. Echó a correr deprisa hasta que finalmente la alcanzó.

—Espera —dijo.

Alexia se sorprendió al escuchar su voz tan cerca, pero no se detuvo. Raúl se adelantó unos pasos y se colocó delante de ella para cortarle el paso.

—Alexia, espera —volvió a decir.

El tono de su voz era suave.

—Déjenme en paz —le pidió Alexia, aguantándose las ganas de llorar.

—No, espera...

—¡Qué me dejen en paz! ¿Es que no lo entienden?

—Alexia...

—Váyanse usted y su clienta a la puta mierda —le cortó ella.

Raúl intentó agarrarla para retenerla un minuto más, pero Alexia retiró el brazo antes siquiera de que pudiera cogérselo.

—Vaya a consolar a Graciela. Para eso ha venido, ¿no? —le espetó Alexia.

Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera frenarlas. Sin más que decir, echó a andar y se marchó de allí lo más deprisa que le permitían las piernas.

Raúl se dio media vuelta y la contempló alejarse con una extraña sensación en la boca del estómago. Cuando la figura de Alexia desapareció, se giró de nuevo. Sus ojos repararon en una de las papeleras que había al lado de la puerta del

cementerio. El ajado ramo de flores de Alexia descansaba en el fondo.

Se aproximó y lo sacó. Durante unos instantes lo observó. Los pétalos de la mayoría de los claveles se habían caído y las margaritas se veían deshojadas y lacias de tanto vapuleo como habían sufrido.

—¿Por qué coño has salido detrás de la muerta de hambre?

La voz siempre malhumorada de Graciela sonó detrás de él.

CAPÍTULO 36

—¿Es que no te cansas de insultarla? —le preguntó Raúl con voz áspera, al tiempo que metía otra vez el ramo de flores en la papelera.

—¿Insultarla? —Graciela estaba sorprendida ante la pregunta de Raúl—. Solo he dicho la verdad —respondió.

Raúl se giró hacia ella.

—Por Dios, estás en un cementerio. No es el lugar más apropiado para vocear.

Graciela frunció el ceño.

¿Qué le pasa a este imbécil?

—¿Estás de su parte, Raúl? —le dijo—. Creo que no tengo que recordarte que somos los Malasaña los que tenemos contratados tus servicios y quienes te vamos a pagar los honorarios. Por cierto, una cantidad nada desdeñable.

Raúl sonrió con sorna.

Es increíble que juegue con esa baza, pensó para sus adentros.

—No se me olvida, tranquila —apostilló con mordacidad en voz alta—. Pero quizás a ti sí tenga que recordarte yo quién soy, a qué familia pertenezco, cuáles son a día de hoy mis méritos profesionales y también que no necesito nada de los Malasaña, ni siquiera su dinero. —Hizo una pequeña pausa para dar más énfasis a lo siguiente que iba a decir—. Soy un Montenegro, Graciela.

Graciela tragó saliva ante la seriedad de Raúl. Nunca lo había visto así. Estaba descolocada, aunque dejó que no se le notara. No esperaba para nada una respuesta de ese tipo. Había sido demasiado osada al pensar que podría intimidar a Raúl con su apellido, su dinero o su posición dentro de la sociedad, y se había

olvidado por completo de quién era él y de que los Montenegro tenían tanto o más renombre en Madrid como los Malasaña. Raúl no era un abogado de tres al cuarto.

Lo mejor es cambiar de táctica.

—Siento el... escándalo que he montado —se disculpó, fingiendo que estaba afectada y midiendo cada palabra que salía de su boca—. Tienes razón, estamos en un cementerio y tenía que haber respetado eso. Pero es que esa... —Apretó los labios para no volver a soltar un improperio contra Alexia—, esa chica me saca de mis casillas. Es una descarada. ¿No se le ha ocurrido nada mejor que venir a traer flores a mi padre? —Graciela se cruzó de brazos—. ¡Es indignante!

Raúl llevaba ya un rato sin escuchar a Graciela. Su voz se había convertido en un murmullo molesto. Como el zumbido de una mosca cojonera que no deja de revolotear delante de la cara. Se había perdido en sus pensamientos. Le costaba reconocerlo, pero quizás Jorge y Sofía tenían razón y Alexia había estado enamorada de Francisco Malasaña.

He podido comprobar con mis propios ojos las lágrimas que estaba derramando por él cuando hemos llegado a la tumba. He oído sus tibios sollozos cuando pensaba que nadie la escuchaba. Le quería. Realmente quería a Francisco Malasaña. Estaba enamorada de él.

Sintió una punzada de celos.

Joder.

Lo admitiera o no, esa era la realidad. Verla con el rostro surcado de lágrimas le había conmovido de una forma extraña. No le gustaba verla sufrir de esa manera y no le gustaba que Graciela la insultara.

No sabía muy bien por qué había ido allí, pero quería largarse cuanto antes. Miró el reloj.

—Tengo que irme —dijo, sin sentir ningún tipo de apuro.

—Pensé que ibas a quedarte a acompañarme —comentó Graciela.

Raúl detectó una nota de reproche en su voz.

—Me acabo de acordar de que he quedado con un cliente —se excusó— y ya llego tarde.

La expresión de su rostro no mostraba ningún tipo de convicción, pero le daba

absolutamente igual que Graciela le creyera o no. Quería irse, y eso era lo único que le importaba.

Por hoy ya he tenido suficiente dosis de ti, se dijo.

—¿Podemos vernos en otro momento? —le preguntó Graciela.

—Estos días voy a estar muy ocupado —respondió sin más Raúl—. Me pondré en contacto contigo cuando sepa algo del caso.

Casi no dio tiempo a que Graciela abriera la boca. Solo a que dijera un simple «hasta mañana» al escape.

—Hasta mañana —se despidió Raúl.

Se giró y se alejó por la explanada de cemento con pasos largos y seguros.

—Estás resultando ser un hueso duro de roer —masculló Graciela con los ojos entornados, observando cómo la figura de Raúl se hacía cada vez más pequeña, hasta que finalmente desapareció tras la esquina de la calle—. Demasiado duro de roer...

Chasqueó la lengua, asqueada hasta la náusea.

¿Era posible que Raúl Montenegro hubiera sacado la cara por *la pintas*?, ¿por esa maldita zorra?, se preguntó Graciela. Era indiscutible que no le había sentado nada bien lo que había pasado dentro del cementerio. En ningún momento había recibido su apoyo y, aunque tampoco lo había hecho de manera explícita con Alexia, sí se había decantado por ella al salir a buscarla, dejando a Graciela sola en el camposanto.

—Lo que faltaba... —se quejó.

Claro, que no me extrañaría que se esté encaprichando de ella. Parece algo de familia. Solo hay que ver a su hermano Jorge, que se ha casado con una muerta hambre del calibre de la pintas. Los Montenegro tienen debilidad por las pobretonas.

Cuando terminó su particular monólogo interior, se giró ligeramente y miró hacia el pórtico del cementerio. Se le habían quitado las ganas de entrar de nuevo. Detestaba ese tipo de sitios; eran macabros y decadentes. Solo lo había utilizado como excusa para que Raúl la acompañara y estar a solas con él. Pero ahora que se había ido, no tenía ninguna pretensión de visitar la tumba de su padre.

Apartó la vista del camposanto y se marchó de allí.

CAPÍTULO 37

Raúl accionó el mando a distancia según se aproximaba a su Audi, abrió el coche y se metió en él. Durante un rato no hizo nada, simplemente se quedó allí sentado, mirando al frente y repasando todo lo que acababa de ocurrir.

Cada día que pasaba no hacía otra cosa que confundirse más. Lejos de aclararse, la maraña de sentimientos crecía en su interior más y más amenazándolo con volverlo loco.

«Vaya a consolar a Graciela. Para eso ha venido, ¿no?»

Las palabras de Alexia comenzaron a resonar en su cabeza una y otra vez.

—¡Putá mierda! —prorrumpió.

Al verle con Graciela en el cementerio se había pensado lo que no era. Por eso le había dicho lo que le había dicho.

—¿A qué coño he venido? —se preguntó con rabia—. Yo no pinto nada aquí, y menos con Graciela. ¡Maldita sea! ¡¿Por qué coño he tenido que venir?! —se lamentó.

Dio un puñetazo en el volante del coche. Las cosas entre Alexia y él se estaban complicando de mala manera. No entendía cómo se había dejado engatusar por Graciela para acompañarla.

No debería de importarle lo que pensara Alexia de él. Era un hombre soltero, estaba libre y podía hacer lo que le diera la real gana.

—Joder, pero no quiero que piense que entre Graciela y yo puede haber algo y que por eso la he acompañado al cementerio —se quejó—. ¿A quién pretendo engañar? —Sacudió la cabeza enérgicamente e hizo un chasquido con la lengua—. ¡Maldita la hora en que se me ha ocurrido venir al cementerio con Graciela! ¡Maldita la hora! —se lamentó otra vez entre dientes.

Las cosas entre Alexia y él no hacían más que enredarse. Parecía que estaban condenados a no entenderse.

En ese momento sonó su teléfono móvil. Introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y lo extrajo.

Era Jorge.

—Dime... —dijo al descolgar.

—¿Dónde andas? —le preguntó Jorge—. Pensé que estarías en el despacho.

—Estoy en... —comenzó a decir Raúl. Suspiró ruidosamente, vencido—. Es muy largo de contar —resumió.

—¿Qué te pasa?

—No voy a ponerme a explicártelo ahora. ¿Estás en el estudio?

—Sí, he ido a verte al despacho, pero me ha dicho Esther que habías salido.

—Sí, he salido. Pero ya voy para allá —dijo Raúl.

—¿Te espero? —le preguntó Jorge.

—Sí, por favor —respondió Raúl, al tiempo que arrancaba el coche—. En un rato estoy allí.

—Perfecto.

Raúl colgó con su hermano y lanzó el teléfono al asiento del copiloto. Un minuto después se encontraba circulando por las calles de Madrid en dirección al Paseo de la Castellana.

Alexia cerró las manos y formó un puño con ellas tratando de contener la rabia que sentía en su interior y que rugía como un dragón furioso. Si no fuera porque iba en el autobús, se pondría a gritar. Gritaría tan fuerte que la oirían en la mismísima Laponia. Tenía la sensación de que iba a explotar de un momento a otro.

¡Dios, Dios, Dios!

Giró el rostro hacia la ventana y miró a través de los cristales cómo la vida de

la capital pasaba delante de sus ojos mientras su cabeza formulaba una retahíla de preguntas que parecía no tener fin.

¿Por qué Raúl ha ido al cementerio? ¿Qué hacía con Graciela? ¿Acaso...? ¿Joder, acaso...?

No se atrevió a terminar la frase, pese a que lo intentó.

No, no, no, se negó a sí misma, sin querer admitir que Raúl podía haber empezado una relación con Graciela y que por esa razón la había acompañado a visitar la tumba de Francisco.

—¿De qué me extraño? —se le escapó decir en voz alta.

La anciana menuda y de pelo plateado que estaba sentada frente a ella se le quedó mirando con asombro. Alexia forzó una sonrisa de disculpa que apenas llegó a sus labios y que no tuvo ningún efecto sobre la mujer, que la seguía mirando como si fuera una psicópata. Alexia suspiró. La gente iba a terminar pensando que estaba loca.

Pero, ¿de qué me extraño?, se preguntó de nuevo en silencio. *Los dos pertenecen a la misma clase social, son jóvenes, solteros, ricos..., enumeró, imbéciles* —añadió furiosa.

Se colocó un par de mechones detrás de las orejas y se retrepó en el incómodo asiento del autobús.

Tienen que tener algo. ¿Sino por qué le ha acompañado al cementerio? Es su abogado no su amigo. ¿O es que la asesora las veinticuatro horas del día?, dijo con ironía. *Sí, claro que sí. Seguro que en la cama también la asesora*, se respondió.

Chasqueó la lengua ruidosamente. La anciana volvió a mirarla, pero Alexia decidió ignorarla.

¿Cómo se puede haber fijado en Graciela?, continuaba debatiendo con ella misma.

Es una creída, una narcisista, una soberbia, una estirada... ¡Dios, la detesto! ¡Y a él también!, concluyó.

Mientras Jorge esperaba a que Raúl llegara al despacho, llamó a Sofía. Siempre era un buen momento para oír su voz.

—¿Cómo estás, mi niña? —le preguntó.

—Bien —respondió ella animada—. Acabo de comprar los dos últimos libros que necesitaba para empezar el curso.

—¿Has tenido problemas para encontrarlos?

—No, que va. He ido a una librería especializada en literatura hispana que hay cerca de la Universidad. ¡Ya lo tengo todo! —dijo con un indisimulado entusiasmo.

Jorge sonrió.

—Me encanta verte tan ilusionada —apuntó, contagiado por la alegría que derrochaba Sofía.

—Lo estoy. Estoy muy emocionada con todo lo de la universidad, la carrera y demás.

—Lo sé. Se te nota a leguas. Tu entusiasmo es contagioso.

Sofía rio.

—Y tú, ¿qué tal?

—Bien. Estoy esperando a Raúl. No sé qué le ha pasado, pero creo no ha tenido una buena tarde —le explicó Jorge.

—Últimamente está un poco... raro —comentó Sofía.

—Yo también lo pienso.

—Yo creo que es por esa chica, por Alexia.

—No sé si es por esa chica o no, pero sea por el motivo que sea, le está afectando a su vida diaria.

—Luego me cuentas, ¿vale?

—Sí. A ver qué me dice.

—Te veo luego, mi amor —se despidió Sofía.

—Hasta luego, mi niña —dijo Jorge.

—Un beso.

—Un beso.

CAPÍTULO 38

—Te he traído un café —le dijo Jorge a Raúl, cuando entró en el despacho—. Creo que lo necesitas.

—Gracias, hermano —le agradeció Raúl—. La verdad es que sí, lo necesito, y no me importaría que llevara un chorrito de whisky —añadió.

—¿Quieres que vaya a por la botella de *Dalmore* de 50 años que tengo escondida en uno de los cajones de mi escritorio? —bromeó Jorge.

Raúl se dejó caer en el sillón de cuero.

—No me lo digas dos veces —apuntó.

Alargó el brazo y cogió el vaso que descansaba sobre su mesa.

—¿Qué te ha pasado? —sondeó Jorge, al tiempo que se sentaba en la silla.

—A veces me preguntó quién coño mueve los hilos allá arriba —dijo Raúl, levantando la vista y apuntando al techo con el dedo índice.

—¿A qué te refieres?

Raúl se llevó el café a los labios y dio un trago rápido.

—Sí, a ese alguien que nos maneja cómo marionetas..., como putos títeres —respondió—. Quién lo haga, se lo está pasando bomba conmigo.

—Explícate, Raúl —pidió Jorge.

No es que Jorge estuviera perdido, es que no se encontraba.

—No me preguntes por qué he acompañado a Graciela Malasaña al cementerio, a visitar la tumba de su padre —comenzó a decir Raúl—. Pero, cuando hemos llegado allí, estaba Alexia.

Jorge frunció el ceño.

—¿Por qué has acompañado a Graciela Malasaña al cementerio?

—Te he dicho que no me lo preguntes.

—Es que no lo entiendo.

—Ni yo tampoco.

—¿Entonces? —insistió Jorge.

—Esa no es la cuestión —cortó Raúl—. La cuestión es: ¿por qué tenía que estar Alexia? Precisamente en ese momento. ¿No había otro? ¿La semana no tiene más días? ¿El día no tiene más horas? ¡Sí, claro que sí! Pero tenía que ser en ese momento. En ese preciso momento —repitió, abriendo los brazos aspaventosamente.

—Esas cosas suelen pasar.

—La vida es cruel, hermano. Muy cruel.

Jorge reprimió la risa. Raúl parecía un actor de tragicomedia griega.

—Pero a ti no te importa Alexia, ¿verdad? —le picó, consciente de que en el fondo no era así—. ¿Qué más da si te ha visto con Graciela Malasaña o no?

—Sí, claro que me da igual... —se apresuró a decir Raúl con actitud airada. Hizo una pausa en la que Jorge lo miraba divertido—. ¡No, no me da igual! —prorrumpió Raúl de repente—. Cómo tampoco me da igual que Graciela la insulte. Me revienta que lo haga. Me revienta que diga que es una muerta de hambre, una *pintas*, una zorra... Es insufrible cuando se pone así. Insufrible.

Jorge esperó a que Raúl terminara su discurso para hablar.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta y vas a reconocer que esa chica te gusta? —dijo simplemente.

Raúl levantó la vista y miró a su hermano con ojos conclusivos. De pronto toda la verdad cayó sobre sus hombros.

—Ahora —admitió vencido, transcurridos unos segundos.

Solo le faltaba dejar caer la cabeza sobre la mesa.

—¡Ya era hora! —exclamó Jorge.

Raúl resopló.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa? —le preguntó a su hermano.

—Sí, que estás enamorado.

—No —negó Raúl—. Que no puedo ir contra ella en el juicio —dijo.

—¡Cojones, Raúl, deja de pensar en ese maldito juicio de una vez! —le regañó Jorge utilizando una entonación seria.

—No puedo. No puedo, Jorge. Los Malasaña son mis clientes —alegó Raúl.

—Tú no necesitas a los Malasaña para nada —atajó Jorge—. Que se busquen otro abogado. Hay decenas de ellos en Madrid.

—No puedo. A estas alturas no puedo. El juicio no va a tardar mucho en celebrarse.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a machacar a esa chica en el estrado?

Raúl se levantó del sillón, se pasó la mano por el pelo y se masajeó las sienes como si quisiera aliviar un fuerte dolor de cabeza.

—No sé. No sé qué voy a hacer. Nunca me había pasado algo semejante. Nunca me había encontrado en una tesitura como esta —dijo, caminando a grandes zancadas de un lado al otro del despacho.

—No puedes ir en contra del corazón —afirmó Jorge, tratando de que su hermano entrara en razón—. Si lo haces, terminará pasándote factura.

—No puedo hacer otra cosa —repuso él.

—Raúl, hazme caso: no puedes ir contra los dictados del corazón. Eso es ir contra ti mismo. Te hará sufrir y harás sufrir a Alexia.

—No seas tan tremendista, Jorge.

—¿Tremendista?

—Sí, tremendista —cortó Raúl, girándose de golpe—. Es solo un capricho. Un capricho. Se me pasará.

Jorge no le replicó, pero movió la cabeza negando para sí. Sabía sobradamente que las cosas no funcionaban así. Él lo había intentado con Sofía; había intentado olvidarse de ella, había intentado amordazar al corazón, silenciarlo, pero fue imposible callarlo. Por el contrario, gritaba más y más fuerte para hacerse oír. Pero Raúl ya se daría cuenta solito, sin ayuda de nadie. Era solo cuestión de tiempo.

CAPÍTULO 39

—Uyyy... ¿Y esa cara? —le preguntó Jimena a Alexia cuando entró en casa—. ¿No te ha ido bien en el cementerio?

—¡No! —respondió Alexia.

—¿No? ¿Qué puede pasar en un cementerio? —dijo Jimena en un tono ligeramente de broma, pensando que fuera lo fuera, su hermana lo estaba exagerando. Últimamente estaba muy sensible.

—Encontrarte a Graciela Malasaña y a su abogado —escupió Alexia.

Jimena abrió la boca. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Te has encontrado con Graciela Malasaña y Raúl Montenegro? —repitió, por si no había oído bien.

—Sí. Tal cual.

—Empiezo a pensar que te ha mirado un tuerto. Tu mala suerte es de libro —afirmó Jimena cuando reaccionó.

Alexia se dejó caer en el sofá del salón, como si no pudiera con su propio cuerpo.

—A Graciela no le ha gustado nada verme allí —comentó—. Me ha llamado de todo menos bonita y me ha tirado a la cara el ramo de flores que había comprado para Francisco en uno de los puestos que se ponen en la puerta del cementerio de La Almudena.

—Será todo lo hermana tuya que quieras, pero debería de controlar ese humor de perros que se gasta —afirmó Jimena sin poder contenerse—. Es como un *pitbull* rabioso, dispuesto a morder cuando la ocasión lo requiera. Lo que en su caso es siempre. —Jimena se calló de golpe—. Lo... Lo siento —se disculpó, rascándose ligeramente la cabeza—. No deja de ser tu hermana.

—Tranquila, yo no la considero mi hermana —dijo Alexia—. Además, te recuerdo que es mi *medio* hermana —puntualizó, entrecomillando de manera elocuente con los dedos la palabra «medio».

—Bueno, yo también soy tu *medio* hermana —dijo Jimena apocada.

—Sí, pero tú vales por diez hermanas enteras, y no Graciela —alegó cariñosamente Alexia—. ¡A veces creo que la odio! Y pienso como tú. Es inaguantable. Mejor dicho, es una payasa.

—Parece mentira que llevéis la misma sangre. Sois tan distintas...

—A Dios gracias —apostilló Alexia.

—Sí, a Dios gracias —dijo Jimena con alivio—. Si fueras como ella, ya te hubiera arrancado el pelo de la cabeza y tendría una hermana calva.

Alexia estalló en una carcajada. Cuando recuperó la compostura, retomó el tema de la conversación.

—En el fondo los insultos de Graciela no me han afectado tanto como verla con Raúl. —Giró el rostro hacia su hermana—. ¿Por qué fue con ella, Jimena? —le preguntó.

—¿Crees que...?

—¿Qué tienen algo? —terminó la frase Alexia.

—Sí.

Alexia asintió mientras se mordía el labio.

—Sí, si no, ¿por qué la ha acompañado?

—¿Quién sabe? Puede ser por mil razones.

—¿Por mil razones? Dime una.

Jimena se encogió de hombros.

—La razón no tiene que ser que estén juntos, Alexia —dijo razonadamente—. ¿Quién querría estar con Graciela Malasaña? —preguntó en broma—. Como tú misma has dicho: es una payasa.

Alexia hizo una mueca con la boca.

—Pues al parecer, Raúl Montenegro —contestó, dejando caer la espalda sobre el respaldo del sofá, como si fuera un pesado saco.

—No hagas conjeturas ni suposiciones antes de tiempo —le aconsejó Jimena—. No hagas lo mismo que Raúl está haciendo contigo, juzgándote del modo tan duro como lo está haciendo, porque se cree que eras la amante de Francisco Malasaña en vez de su hija.

—Es distinto.

—No es distinto.

Alexia suspiró.

—De todas formas, ¿qué más da? —dijo abatida—. Raúl Montenegro no es un hombre para mí. Además, me detesta.

—¿Se unió también al escarnio? —preguntó Jimena en tono defensivo, por si tenía que empezar a soltar una letanía de improperios contra él.

Alexia se quedó pensando durante unos segundos.

—No —negó meditabunda, y por primera vez cayó en la cuenta de que Raúl había salido detrás de ella, a buscarla—. Trató de contener a Graciela un par de veces —continuó—, pero a duras penas lo consiguió, porque ella estaba como un caballo desbocado. Aunque cuando me fui, Raúl salió detrás de mí.

—¿Y dejó a Graciela sola en el cementerio?

—Sí.

Jimena silbó.

—Pues no creo que eso le haya hecho mucha gracia a *la estirada* —comentó, dibujando una sonrisa maliciosa en los labios.

—No, seguro que no —reafirmó Alexia, que no pudo reprimir soltar una risilla.

—¿Y qué te dijo Raúl?

—No le dejé hablar. Le mandé a la puta mierda y le dije que se fuera a consolar a su cliente.

—¿Iba a atacarte?

—No.

—Entonces, ¿por qué no le dejaste hablar? —le reprendió ligeramente Jimena—. Por lo que me cuentas, él fue detrás de ti en son de paz.

—Estaba ofuscada —se justificó Alexia—. Me puso enferma verle con

Graciela. ¡Enferma! Me quedé de piedra cuando me giré y los vi juntos.

—¿Te das cuenta de que estás celosa? —le preguntó Jimena.

Alexia suspiró profundamente.

—Sí.

—¿Te das cuenta de que Raúl Montenegro te gusta en serio?

—Sí —afirmó por segunda vez Alexia, resignada.

—¿Y te das cuenta de que es el abogado de los Malasaña, tus enemigos declarados?

—Sí.

Jimena elevó las cejas.

—Soy una desgraciadita —dijo Alexia, con un matiz cómico en la voz—. Una desgraciadita. ¿No había otro hombre sobre la faz de la Tierra que me pudiera gustar? ¿No lo había? —lanzó al aire, abriendo los brazos—. Raúl Montenegro me detesta.

—No te detesta, Alexia.

—¿Ah, no?

—No —negó Jimena—. Si te detestara, hubiera dejado que Graciela siguiera insultándote y no hubiera salido a buscarte cuando te fuiste del cementerio. Se hubiera quedado con ella. Sin embargo, parece que tenía la intención de consolarte a ti.

—Yo no lo veo tan claro como tú —opinó Alexia.

—Es más —continuó Jimena, obviando el comentario pesimista de su hermana—, sigo pensando que no le eres indiferente, nada, nada indiferente.

—Jimena, deja de flipar, por favor.

—Sí, sí, flipar... —se burló—. Ya veremos dónde acabáis tú y Raúl Montenegro.

—En un juicio —atajó Alexia, casi sin dejarle terminar de hablar.

—Ya, ya...

—¡Jimena!

Alexia puso los ojos en blanco.

—Voy a la cocina a preparar la cena —anunció Jimena, ignorando completamente a Alexia.

Se levantó del sofá y echó a andar.

—¡Jimena!

Jimena se echó a reír de forma escandalosa y, sin volverse en ningún momento, salió del salón en dirección a la cocina. Alexia suspiró ruidosamente y negó con la cabeza.

—Te dejo por imposible —murmuró—. En serio, te dejo por imposible.

CAPÍTULO 40

—He venido lo antes que he podido —dijo Alexia al entrar en el despacho de Alan.

—Siéntate —pidió Alan con visible impaciencia.

—¿Ha... ocurrido algo? —preguntó Alexia algo temerosa.

Después de que Alan le mandara un WhatsApp en el que le decía que fuera a verle lo antes posible, Alexia había corrido hacia su despacho acto seguido de salir de clase.

Alan insinuó una sonrisa en los labios. Las comisuras se elevaron un poco.

—Ya hay fecha para el juicio —la informó.

—¿Sí?

Alan asintió.

—El veinticinco de octubre.

—Eso es dentro de un mes. ¿No es un poco... pronto? —preguntó Alexia asombrada.

—No se nos puede olvidar que estamos hablando de los Malasaña.

—Comprendo... —dijo Alexia, que sabía perfectamente qué quería dar a entender Alan. Algo sencillo: los Malasaña habían hecho algo para acelerar el lento y tedioso proceso judicial—. Es increíble comprobar hasta dónde llega la sombra de esa familia —comentó, poniendo voz a sus pensamientos.

—Es indiscutible que es larga... —Alan se inclinó hacia adelante—. Pero nosotros vamos a frenar esa sombra —afirmó.

—Ojalá.

—No lo dudes.

—¿Estás seguro de que podemos ganar el juicio? —preguntó Alexia, sin poder disimular cierta preocupación.

—Completamente seguro —respondió Alan.

—Solo espero que la sombra de los Malasaña no nos aplaste como si fuéramos gusanos.

Alan soltó una carcajada ante la ocurrencia de Alexia.

—Tranquila, no nos aplastarán como si fuéramos gusanos —repitió entre risas—. Una vez que consigamos que se lleve a cabo la prueba de ADN y se demuestre que eres hija biológica de Francisco Malasaña, el juicio será nuestro. ¿Me oyes bien? Nuestro.

Alexia sonrió dejando ver ligeramente las dos filas de dientes. La seguridad de Alan era contagiosa y le imbuía confianza.

—A partir de ahora prometo ser más optimista —bromeó.

—No estaría mal que fueras un poco más positiva, sí, y también que sonrieras un poco más. Tienes unos dientes preciosos.

¿Eso ha sido un piropo?

—¿Unos dientes preciosos? —preguntó extrañada.

—Es que decir que tienes una sonrisa preciosa está muy visto, ¿no? —arguyó Alan.

—Vaya... Entonces agradezco la... ¿originalidad? —dijo Alexia, sin poder evitar que sus mejillas se sonrojaran.

—Ahora en serio...

—¿Ahora en serio? —cortó Alexia—. ¿Es que lo de mis preciosos dientes era broma?

—No, era muy en serio.

Y debía de serlo, porque su voz sonó grave, como si estuviera dictando una sentencia. Sus ojos azules se achinaron debajo de sus cejas de color rubio oscuro. Alexia carraspeó nerviosa y se colocó el pelo detrás de las orejas. Pasado el extraño momento. Alan tomó de nuevo la palabra

—No te preocupes por el juicio —afirmó—. Todo va a ir bien. Confía en mí —dijo en tono suave.

—Vale...

La voz de Alexia se escuchó con poca convicción.

—¿Vas a confiar en mí? —insistió Alan, cómplice con ella.

Alexia lo miró unos segundos mientras se mordisqueaba el labio superior. Alan tenía las pupilas extraordinariamente dilatadas, dejando ver solo un fino anillo azulado a su alrededor, como si quisiera abarcarla por completo con la mirada.

—Sí, voy a confiar en ti —respondió Alexia al fin. Hizo una breve pausa—. Lo que ocurre es que estoy cansada de todo esto —confesó.

—Te entiendo. Me pongo en tu lugar y créeme que te entiendo —intervino Alan con expresión indulgente—. Es un problema que no te has buscado, que te ha venido, pero tienes que hacer un último esfuerzo. En cuanto pase el juicio, todo habrá acabado.

—Eso espero.

—Ya lo verás.

El sonido del teléfono fijo del despacho sonó. Alan alargó el brazo y lo cogió.

—Señor de la Torre, está aquí el señor Martín, el hombre que quiere dejarle la herencia a su perro y a su gato. Tiene cita con él ahora —le anunció su secretaria.

Alan puso los ojos en blanco.

—Hágalo pasar dentro de cinco minutos, por favor —indicó.

—Sí, señor.

—Gracias.

Alan colocó el teléfono en su sitio. Alexia, al ver que Alan estaba ocupado, se levantó de la silla.

—Me voy —dijo.

—Te invitaría a comer, pero un cliente y la herencia que le quiere dejar a sus mascotas me van a tener ocupado parte de toda la tarde.

—¿Estás de broma?

—No —negó Alan.

—¡Venga ya! ¿Un hombre quiere dejar su herencia a sus mascotas? No puede ser cierto.

—Te aseguro que lo es. A un perro y a un gato.

Alexia echó la cabeza hacia atrás y rio.

—¡La gente está tarada! —exclamó.

—Así es. Este hombre es un claro ejemplo de ello, porque tiene una tara considerable en la cabeza —bromeó Alan—. Pero yo solo soy el abogado y, como tal, tengo que procurar que su voluntad se cumpla. Aunque veo complicado que un perro y un gato puedan hacer frente al pago del Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones.

—¿Y tiene una fortuna cuantiosa o el pobre va a dejarles solo las cunas en las que duermen? —preguntó Alexia.

—Su legado asciende a casi un millón de euros.

—¡¿Qué?! ¡Dios mío, no me lo puedo creer!

Alexia seguía sin poder salir de su asombro. ¿Cómo era posible que un hombre quisiera dejar un millón de euros a un perro y a un gato? ¿No podía dárselo a una ONG o a una asociación benéfica?

—En fin... —concluyó, sin poder darse una explicación convincente—. Te dejo.

—En cuanto tenga el alegato listo, te llamó para que lo eches un vistazo y añadas lo que creas oportuno, ¿ok? —dijo Alan.

—Ok.

—Así de paso aprovecho y te invito a comer.

Alexia se quedó un poco descolocada.

—Como... como quieras —respondió únicamente, sin tener muy claro si aceptar o declinar la invitación.

—¿Hablamos, entonces?

—Hablamos.

Alexia se dio media vuelta.

—Y que la tarde te sea leve con El señor Tarado —dijo mientras se dirigía a la

puerta.

—Gracias —agradeció Alan sonriente.

Cuando Alexia salió, Alan se giró con el sillón y miró por la ventana. Alexia le gustaba. Tenía un *no sé qué* al que no podía sustraerse. Era una chica con mucho carácter; impulsiva y fuerte, pero a él le entraban unas enormes ganas de protegerla, y estaba dispuesto a dejarse la piel para ganar el juicio contra los Malasaña. Sería su particular regalo para Alexia.

—Señor De la Torre...

La voz del cliente que quería dejarle su fortuna a su perro y a su gato se oyó detrás de él, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. Alan se dio la vuelta.

—Pase, señor Martín —dijo.

Respiró hondo y se armó de paciencia. Iba a ser una tarde muy larga. Muy larga.

CAPÍTULO 41

El mes hasta que llegó el día del juicio transcurrió con una rapidez inusitada, en un abrir y cerrar de ojos. Alexia se metió de lleno en sus estudios de Diseño de Moda mientras rezaba cada vez que salía a la calle para no encontrarse con Raúl. Visto lo visto, tenía que esquivar esas malditas casualidades que hacían que se tropezaran una y otra y otra vez. Bajo ninguna circunstancia debía volver a verlo, excepto en el juicio, y bajo ninguna circunstancia debía permitir que la tocara o que tratara otra vez de besarla. ¡No, no, no! Eso lo único que conseguiría sería desestabilizarla por completo y hacerla perder el juicio, no el que tenía contra los Malasaña, sino el de la cabeza.

—Niñas, ¿estáis listas? —preguntó Valeria.

—Sí —respondió Jimena.

—Sí —dijo Alexia, uniéndose a ellas en el pasillo de la casa, mientras se colgaba el bolso bandolera en el hombro.

—Marchando a los juzgados —dijo Valeria.

Bajaron en el ascensor, cogieron el coche y se fueron a los juzgados.

Cuando llegaron, media hora antes de la celebración del juicio, se encontraron con Alan. Ninguna de las dos había tenido oportunidad de conocerlo, así que Alexia procedió a presentarles.

—Alan, ella es Valeria, mi madre, y ella Jimena, mi hermana.

—Encantado —dijo Alan.

—Encantada —correspondió Jimena.

—Encantada de conocerlo —dijo Valeria, al tiempo que le estrechaba la mano.

—Por favor, tutéeme, si es tan amable —apuntó Alan.

—Y tú a mí —señaló Valeria.

Jimena dio un pequeño codazo a Alexia mientras Alan y su madre intercambiaban algunas palabras.

—No me habías dicho que Alan era tan guapo —le reprochó en tono de cuchicheo.

—¿Lo es? —preguntó Alexia.

—Vamos, no te hagas la tonta. Es algo que se ve: alto, atlético, rubio, ojos azules...

—Bob Esponja también es rubio y tiene los ojos azules y no es guapo —ironizó Alexia.

—Ya, pero Bob Esponja no es alto ni atlético —subrayó Jimena.

Alexia puso los ojos en blanco.

—Madre de Dios —oyó murmurar de pronto a su hermana.

—Jimena, ¿de verdad es para tanto?

—¿Ese es Raúl Montenegro? —preguntó Jimena.

Alexia giró el rostro para mirar hacia donde le señalaba disimuladamente Jimena. El corazón se le aceleró vertiginosamente cuando levantó la vista y vio a Raúl al fondo del pasillo. Los rayos de sol que entraban por los ventanales se reflejaban en su cabello negro, confiriéndole un color azabache. Alexia reparó en su immaculado traje marrón oscuro y en su camisa blanca, que resaltaba el bonito moreno de su piel.

—Sí —respondió.

¡Joder, qué guapo está!, pensó en silencio. ¿Por qué tiene que ser tan asquerosamente guapo? Todo sería más fácil si se pareciera a Quasimodo, el jorobado de Notre Dame.

—Está tremendo —comentó Jimena.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —dijo Alexia con mordacidad.

—Las dos cosas.

Parece que Raúl notó los ojos de Alexia sobre él —que le miraba completamente hipnotizada—, porque giró el rostro y se encontró con ella. Alexia

tragó saliva cuando sus miradas se encontraron. Decidida a no perder más tiempo babeando por Raúl, apartó la vista de él, aunque tuvo que hacer un esfuerzo.

—Si las miradas matasen, *la estirada* te estaría asesinando en estos momentos —comentó Jimena.

Alexia rodó los ojos hasta Graciela.

—Está más crecida que el Nilo en época de lluvia —dijo con sarcasmo.

Le ponía enferma verla a escasos centímetros de Raúl y tener que presenciar sus constantes coqueteos con él. ¡Era una descarada! Meneó la cabeza y retiró la mirada de ellos.

—¡Oh my god! —exclamó Jimena.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Alexia.

—¿Quién...? ¿Quién es ese?

—¿Quién es quién?

—Ese chico, el del pelo castaño por los hombros.

Alexia volvió el rostro.

—Es Leonardo Malasaña —respondió.

—¿Tu hermano?

—*Medio* hermano —la corrigió.

—Tiene un buen polvo —comentó Jimena, que se había quedado obnubilada con Leonardo.

Leonardo acababa de entrar con Andrés y la esposa de este, Laura. Jimena había reparado en él mientras avanzaba por el pasillo para unirse al resto de la familia. Su aire moderno y rebelde, lejos de las etiquetas, le había llamado poderosamente la atención.

—Es el pequeño —dijo Alexia.

—No, la pequeña eres tú —matizó Jimena, que no estaba dispuesta a que nadie le quitara a su hermana el puesto que le correspondía dentro del clan de los Malasaña.

—Bueno... ya me entiendes —terció Alexia, restándole importancia.

—Hacía años que no le veía —dijo Jimena—. Pero está buenísimo.

Leonardo se pasó la mano por la melena desenfadada mientras hablaba con su hermano Andrés, y aquel gesto acabó de derretir a Jimena, que suspiró sonoramente.

—Santo Dios, creo que me voy a desmayar —murmuró—. ¡Mamma mía!

—Jimena, no seas tan exagerada —dijo Alexia.

Jimena sonrió con aire bobalicón sin dejar de mirar a Leonardo. Parecía que estaba hechizada. Alexia negó para sí.

—¿Nerviosa?

La voz de Alan a su lado la devolvió a la realidad.

—Un poco —contestó Alexia.

Alan le acarició levemente el brazo.

—Todo va a ir bien —dijo.

Alexia agradecía las palabras tranquilizadoras de Alan y la preocupación que demostraba por ella, pero le era imposible no tener los nervios a flor de piel. Se jugaba mucho en ese juicio. Demasiado, quizás.

Trataba de imaginarse las caras que pondrían cuando Alan solicitara la prueba de ADN para certificar que era hija de Francisco Malasaña, pero no podía. Su mente no quería jugar con la decena de posibilidades que ofrecía. ¿Qué pensaría Graciela? ¿Qué pensaría Raúl? ¿Y qué pensaría Leonor, la viuda?, que miraba en esos momentos a su madre como si sus ojos fueran dos cuchillos, con la rabia crispándole los labios, dejando claro que no había olvidado el pasado.

—¿Estás bien? —le preguntó Alexia a Valeria, que se movía visiblemente inquieta.

—Sí —respondió ella—. Lleva mirándome así desde que hemos entrado. Leonor Malasaña no es tonta. Estoy segura de que ahora mismo está atando cabos.

—¿Quieres decir que...?

—Sí —cortó Valeria—. Seguro que ella ya ha llegado a la conclusión de que tú eres hija de Francisco. Solo hay que ver que nos está fulminando con los ojos.

Valeria sintió una punzada de angustia en el corazón. Ver a los Malasaña y, sobre todo, a Leonor, le recordaba el calvario por el que había pasado años atrás. Revivirlo y enfrentarse de nuevo a su mirada inquisidora y amenazante le produjo

un escalofrío. Alexia enseguida se percató de ello.

—No te preocupes, mamá, las cosas ya nos son como antes. Ahora somos nosotras las que tenemos la sartén por el mango —la tranquilizó—. Los Malasaña no van a volver a hacernos daño.

Valeria blandió en los labios una tibia sonrisa, se inclinó y dio un beso en la cabeza a Alexia.

—Mi dulce niña... —susurró—. Parece mentira que seas uno de ellos.

Alexia le devolvió el gesto.

—Bueno, también soy una Durán —comentó a media voz.

—Pueden ir pasando a la sala —anunció el guardia jurado.

Alexia y Valeria se miraron. Alexia respiró hondo y suspiró. El momento que tanto había esperado había llegado.

Alan buscó a Alexia y la cogió suavemente del codo.

—Tú tienes que permanecer a mi lado —le indicó—. Sígueme.

—Vale —dijo ella.

CAPÍTULO 42

Alexia no pudo evitar sentirse intimidada por el puñado de personas ataviadas con toga y con un claro gesto adusto, sentadas en la tribuna que había al fondo de la sala: el fiscal, el secretario judicial, los procuradores...

¿No es demasiada gente?, se preguntó mientras les daba un repaso con los ojos.

Tragó saliva.

Lo único que la tranquilizaba en cierta manera era tener al lado a Alan y el As con el que iban a jugar. Pero en el fondo ese momento la aterraba tanto como la impacientaba. Pedir una prueba de ADN para confirmar que era hija biológica de Francisco Malasaña iba a hacer que ardiera Troya, o mejor dicho, el juzgado entero.

Alan le indicó que se colocase junto a él en un banco situado a la izquierda, donde corresponde que se siente el abogado y la parte demandada. Raúl y Graciela, en representación de la familia Malasaña, se situaron en el banco de la derecha, donde debe ir la parte demandante.

—Ante ustedes, su señoría Bernardo Marín, el juez que llevará el caso de la familia Malasaña contra Alexia Durán —habló el secretario judicial.

Todos al unísono se levantaron, como en la celebración de una misa.

Un hombre de mediana edad, alto, con rostro serio y hebras plateadas en la cabellera, hizo su aparición en la sala. Con actitud solemne se dirigió a la tribuna y se sentó en la silla que había libre en la parte central.

—Siéntense —ordenó, al tiempo que sacaba unas gafas de una funda negra y se las ponía—. Procedimiento abreviado. Juicio oral número 215, barra 2017 —comenzó a decir en tono profesional—. Se declara abierta la sesión —dijo. La mirada del juez se dirigió a Alexia, que volvió a tragar saliva—. Alexia Durán,

póngase en pie. —Alexia hizo lo que le pidió.

—Tranquila —oyó que le susurraba Alan. Sin embargo, sus manos empezaron a sudar copiosamente.

—Le informo de su derecho a no declarar contra sí misma y a no confesarse culpable de los cargos que se le imputan —continuó el juez—. ¿Va usted a declarar?

—No, señorita —respondió, siguiendo el consejo que le había dado Alan de no hablar.

—Siéntese.

Alan sonrió con complicidad a Alexia cuando volvió a tomar asiento a su lado. Pero ella no se dio ni cuenta, estaba rígida, como si se hubiera tragado un palo.

—A continuación se va a dar lectura a los escritos de la acusación y la defensa —habló de nuevo el juez—. Letrado Montenegro, proceda —dijo, dándole el turno.

A Alexia le saltó el corazón cuando Raúl se levantó. Le miró a hurtadillas y se ruborizó cuando él le pilló mirándole. Alexia giró de golpe la cabeza.

Durante unos segundos, su mente voló traicioneramente y se le imaginó frente a ella en el estrado, con su imponente figura en actitud amenazante, preguntándole una y otra vez con la ferocidad que le precedía como abogado. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo de los pies a la cabeza. Por nada del mundo querría que Raúl Montenegro fuera contra ella. Estaba segura de que le haría trizas.

Raúl terminó de incorporarse y se alisó la chaqueta del traje en un gesto de seguridad.

—Señoría... —comenzó a decir. Su voz sonaba firme—, el cliente al que represento, la familia Malasaña, quiere hacer uso de la justicia para proceder a la impugnación del testamento del señor Francisco Malasaña, en detrimento del tercio de la fortuna que le legó a la señorita Alexia Durán, aquí presente. —Raúl dirigió la mirada a Alexia. Ver aquellos ojos azul oscuro colmados de preocupación, incluso angustia, le estaba matando. Parecía tan vulnerable en esos momentos. Sin embargo, debía continuar. Respiró hondo y siguió—. Para ello, mi cliente ha interpuesto una demanda contra Alexia Durán, seguro de que se valió de engaños, ardidés y malas artes para hacer que el señor Francisco Malasaña...

A Alexia se le revolvió el estómago.

—¿Qué?! —explotó sin poder contenerse, levantándose de golpe—. ¿Engaños?, ¿ardides?, ¿malas artes? ¿Pero de qué narices están hablando? ¿Acaso se creen que soy una bruja? —bramó.

Un murmullo recorrió la sala de un extremo a otro. Alan tiró de ella.

—Alexia, por favor, cálmate —le pidió en tono medido.

Raúl la contempló en silencio y vio las huellas del dolor en sus ojos, mientras Graciela la fulminaba con la mirada. El pecho de Alexia subía y bajaba fruto de la rabia y de la impotencia que sentía.

—Señorita Durán, siéntese y guarde silencio —le ordenó el juez con voz severa—. Si vuelve a interrumpir el alegato del letrado Montenegro, me veré en la obligación de expulsarla de la sala.

—Alexia... —murmuró Alan.

Al tiempo que Alexia se sentaba de mala gana, intercambió una mirada con Raúl. Cada minuto que pasaba le detestaba un poco más.

—Continúe con su alegato, letrado —pidió el juez.

Raúl volvió la vista al frente después de unos instantes en que no era capaz de quitar la mirada de Alexia, que había bajado la cabeza y se frotaba las manos nerviosamente. No le gustaba verla así.

—Letrado... —le instó de nuevo el juez, al ver que se mantenía callado.

—Sí, señoría —reaccionó Raúl—. Como iba diciendo, mi cliente ha interpuesto una demanda contra Alexia Durán, seguro de que se valió de engaños, ardides y malas artes para hacer que el señor Francisco Malasaña cambiara el testamento a su favor, en calidad de... amante.

Alexia apretó los puños al escuchar aquello.

¿Amante? ¿Amante?, repitió.

Alan la agarró del brazo tratando de contenerla. No fuera que le diera por saltar otra vez como una escopeta de feria.

—Tranquila, en unos minutos va a llegar nuestro momento —le dijo al oído confidencialmente.

Alexia inhaló una bocanada de aire, intentando calmarse. Si no lo hacía,

acabaría saltando a la yugular de alguno de los presentes.

Raúl se sentó en el banco. El juez le dio el turno de la palabra a Alan.

—Letrado De la Torre, proceda a exponer su alegato —le indicó.

Alan miró una última vez a Alexia y después se incorporó.

—Señoría, como representante de Alexia Durán que soy, pido el aplazamiento del juicio —alegó.

El juez frunció el ceño con gravedad. Sus cejas canosas se juntaron hasta formar una línea en su rostro.

—¿En base a qué, letrado? —preguntó serio.

—En base al verdadero motivo que llevó al señor Francisco Malasaña a nombrar a mi clienta en su testamento y a dejarla un tercio de su fortuna.

—Explíquese, letrado...

—Señoría, pido el aplazamiento del juicio hasta que algún miembro de la familia Malasaña acceda a hacerse las pruebas de ADN para confirmar que Alexia Durán es hija biológica y legítima de Francisco Malasaña. —Hizo una pausa—. Esa fue la verdadera razón por la que incluyó a mi cliente en su testamento. Lo hizo en calidad de padre, no de amante, como muchos piensan —concluyó Alan, dando a sus palabras todo el efectismo del que fue capaz.

Un silencio sepulcral y denso como un chorro de miel invadió la sala. Las cabezas se giraron unas hacia otras, y algunos ojos se miraron horrorizados por lo que acababan de oír.

CAPÍTULO 43

—¿Qué? —murmuró Raúl, perplejo.

Tuvo la sensación de que le acababan de echar un jarro de agua fría por encima. La cabeza le iba a cien por hora.

¿Hija? ¿Alexia es hija de Francisco Malasaña? ¡Putá mierda! He metido la pata. He metido la pata hasta el fondo.

Levantó la vista y se encontró con los ojos de Alexia, que lo miraba con un halo de decepción.

—¡Eso es una vulgar mentira! —estalló histérica Graciela. Todos pusieron su atención en ella, incluidos Raúl y Alexia, que giraron el rostro hacia el lugar en el que se encontraba—. ¡Tú no eres hija de mi padre! ¡No puedes serlo!

Alexia sintió un escalofrío y un calambre en el estómago cuando Graciela la acuchilló con la mirada.

—¡Silencio en la sala! —gritó el juez, tratando de poner orden, pero a esas alturas era imposible.

El revuelo que se había levantado ya en la sala era muy difícil de controlar.

—No pienses ni por un momento que vamos a prestarnos a hacernos esa maldita prueba. ¡Ni locos! ¡¿Me escuchas bien, muerta de hambre?! ¡Ni locos! ¿Quién te has creído que eres? —seguía gritándole a Alexia.

—¡Silencio en la sala! —repitió el juez—. Si no se callan mandaré que la desalojen. ¡Silencio! ¡Silencio!

Las expresiones de inquietud, de perplejidad y de sorpresa se pintaban en los rostros de los miembros de la familia Malasaña y de Raúl mismo, que no podía dejar de dar vueltas al alegato de Alan y al hecho de que Alexia fuera hija de Francisco Malasaña.

Leonor se comía con los ojos a Valeria, a quien no paraba de mirar. Ahora entendía muchas cosas. Mejor dicho, ahora lo entendía todo. Lejos de amedrentarse, Valeria hizo acopio de valor y con determinación levantó ligeramente la barbilla. No estaba dispuesta a que aquella mujer volviera a atemorizarla del modo que lo había hecho en el pasado. La verdad había salido a luz. Una verdad que nadie podía cambiar, pesara a quien le pesara.

Jimena deslizó la mirada hasta Leonardo. No sabía si eran imaginaciones suyas o no, pero no parecía afectado, o por lo menos, no tanto como el resto de la familia, cuyas caras se veían visiblemente descompuestas. Sin embargo, él parecía que se divertía con todo aquello. Había algo irónico en sus ojos.

—Señoría... —La voz de Alan se alzó por encima del murmullo—. Si ningún miembro de la familia Malasaña se presta voluntario para realizarse la prueba de ADN, pediré la exhumación jurídica del cadáver.

La sala estuvo a punto de echar a arder cuando Alan dijo aquello. Es como si acabara de proferir una blasfemia.

—¿Qué?! —rugió Graciela, que no podía mantenerse callada—. ¿Exhumar el cadáver de mi padre? ¡Antes muerta que profanen el cuerpo de mi padre! ¡Antes muerta! ¡Muerta!

Raúl intentó calmarla, pero no pudo. Graciela estaba fuera de sí. Por lo que tuvieron que acudir Andrés y Leonardo para intentar tranquilizarla.

—¡No lo voy permitir! —gritó entre dientes con los ojos casi fuera de las órbitas—. ¡Maldita sea, no lo voy a permitir!

Alexia permanecía con el corazón encogido. Toda aquella escena se le estaba yendo de las manos. ¿Cómo podía ponerse Graciela así? Estaba desquiciada.

—¡Orden en la sala! —vociferó el juez.

Tras unos segundos, los presentes en la sala consiguieron mantener silencio.

—La prueba de ADN tiene importancia de grado superlativo —comenzó a decir el juez—. En tal caso, para responder a las exigencias de la justicia, se exhorta a alguno de los hijos legales de Francisco Malasaña a someterse a ella, a fin de confirmar que Alexia Durán es hija biológica de Francisco Malasaña.

—No, no, no... —mascullaba Graciela, como si elevara un lamento al Cielo.

—Si todos se niegan —continuó el juez—, se procederá a la exhumación del

cuerpo.

—No, no... —seguía diciendo Graciela mecánicamente.

—Yo me la haré. —La voz de Leonardo hizo que los murmullos de la sala se apagaran de golpe—. Yo me haré la prueba de ADN.

En ese momento, Leonardo era el centro de todas las miradas, especialmente de la de Graciela, que lo taladraba con los ojos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás loco? —le increpó desdeñosamente.

—No, simplemente voy a hacer valer mi derecho legal a saber si tengo una hermana —dijo, sin ninguna intención de echarse para atrás o de dejar que Graciela le convenciera de lo contrario.

Imbécil, farfulló ella para sus adentros.

Apartó la vista de Leonardo y la posó en su madre, que la miraba con expresión inquieta. Leonor estaba muy nerviosa.

Alexia respiró aliviada en el otro lado de la sala. Tampoco quería llegar al extremo de tener que levantar el cuerpo de su padre. Era un asunto que no dejaba de resultarle sumamente desagradable. Menos mal que Alan había tenido razón y al menos un miembro de la familia había accedido a hacerse la prueba.

Gracias, Leonardo.

El juez hizo de nuevo uso de la palabra.

—Bien, si Leonardo Malasaña se presta voluntario para la prueba, el juicio queda aplazado hasta que se sepan los resultados. ¿Alguno de los abogados tiene algo que decir? —preguntó a Raúl y a Alan—. ¿Letrado Montenegro? ¿Letrado De la Torre?

—No, señoría —respondieron a la vez.

—Si no tienen nada que añadir, se suspende la sesión. Por favor, despejen la sala —ordenó el juez, que tenía unas enormes ganas de acabar de una vez.

En apenas un par de minutos la sala quedó completamente vacía.

—¿Más tranquila? —le preguntó Alan a Alexia.

—Oh, sí —dijo ella—. Mucho más tranquila, aunque todavía me tiemblan un poco las piernas.

Alan apoyó las manos en sus hombros.

—Pero eso es por el escándalo que ha montado Graciela Malasaña. Nos ha alterado a todos —comentó—. Esa mujer no se mide.

—No, ni siquiera delante de un juez —apuntó Alexia.

—Tengo que ir a hablar con el procurador. Será solo un momento —dijo Alan.

—Vale.

—Estoy contigo en cinco minutos.

Cuando se quiso dar cuenta, Alexia se había quedado sola. Alan se fue a hablar con el procurador y su madre y Jimena a recoger el coche del parking. Echó un vistazo a su alrededor. Al levantar la vista, se topó con los profundos ojos de Raúl, que la miraba desde el otro lado del pasillo. El pulso se le aceleró.

¿Qué pensará de mí ahora que sabe que no he sido la amante de Francisco?

Las piernas no le respondían, pero se obligó a caminar hacia la máquina de café situada frente a ella. Cuando la alcanzó, abrió el bolso, extrajo un euro de la cartera y se sacó un descafeinado con leche. Quizás era brujería, pero sentía la mirada de Raúl clavada en su nuca.

Si en vez de tomarme un descafeinado, me tomo un café, con los nervios que tengo voy a subirme por las paredes cual Spiderman, pensó en silencio mientras removía el descafeinado.

—Hola, Alexia.

Alexia palideció.

CAPÍTULO 44

La voz de Raúl justo detrás de ella hizo que el corazón le diera un vuelco. El vaso de café comenzó a temblarle en la mano.

Tranquilízate, Alexia. Tranquilízate.

Respiró hondo y trató de mantener la compostura. No podía dejar que Raúl viera que la ponía en ese estado, que su presencia la afectaba de la manera en que lo hacía.

—¿No vas a darte la vuelta? —le preguntó Raúl.

—Por supuesto que sí —dijo Alexia, girándose hacia él. El corazón le aporreaba el pecho como un millón de tambores tocando a la vez—. Estaba metiendo el dinero de la vuelta en el bolso —se excusó.

Raúl sabía que mentía. La había estado observando y hacía ya un rato que había guardado en la cartera las monedas que le habían sobrado del café. Pero desde luego no iba a ponerse a discutir por eso, y menos en ese momento, en el que tenía que luchar contra sí mismo para no alargar los brazos, cogerla por la cintura y besarla hasta quedarse sin aliento.

—Quiero... —comenzó a decir.

—Alexia... —la llamó Alan, interrumpiéndolo.

Alexia rodó el rostro hacia su abogado.

—Ya he terminado. ¿Nos vamos? —le preguntó Alan, pasando la mirada de uno a otro.

—Sí —respondió Alexia, sintiendo un inmenso alivio al poder marcharse de allí.

—Me gustaría hablar contigo —dijo Raúl.

Alexia lo miró a los ojos.

—No tenemos nada de qué hablar —atajó rápidamente, fingiendo indiferencia.

—Yo creo que sí —la contradijo Raúl.

Alexia tenía que irse. Debía irse. Sin embargo, los ojos intensos y profundos de Raúl la incitaban a quedarse, a hablar con él.

—Tengo que irme. Me están esperando —dijo, haciendo un esfuerzo. Si le miraba un segundo más acabaría sucumbiendo a su magnético encanto.

—Solo serán unos minutos —insistió Raúl.

—Que tenga un buen día, señor Montenegro —fue la despedida de Alexia. Se recolocó el bolso en el hombro y enfiló los pasos hacia Alan.

Durante unos segundos, Alexia lamentó irse, pero a la vez, experimentó un profundo alivio al tener una excusa para alejarse de Raúl. Su cercanía la ponía nerviosa.

—¿Va todo bien? —le preguntó Alan.

—Sí, perfectamente —respondió ella, con el amago de una sonrisa en los labios.

—¿Estaba hablando Raúl Montenegro contigo?

Alan estaba extrañado.

—Sí. Me estaba... preguntando si tenía cambio para la máquina de café —dijo Alexia.

Hoy es el día de las excusas, se dijo a sí misma.

—Tu madre y tu hermana te están esperando fuera —le informó Alan, cambiando radicalmente de tema.

Parece que se ha quedado conforme con la respuesta, pensó Alexia.

Sonrió.

Raúl no se movió del sitio, permaneció impasible, observando cómo Alexia se alejaba con su abogado. Viendo el modo suave en que él ponía la mano en su espalda, cómo le hablaba, cómo la miraba, y sintió una punzada de algo que últimamente conocía muy bien siempre que pensaba en Alexia: celos; estaba celoso de Alan de la Torre. Su cuerpo se tensó de inmediato como si acabaran de

darle un puñetazo en el estómago.

La atención que le prestaba iba más allá de la que un abogado le presta a un cliente. A un cliente que, fuera de la relación profesional, te es totalmente indiferente. Él sabía de lo que hablaba. Pero, ¿qué iba a esperar? Alexia tenía un encanto especial. Él mejor que nadie era consciente de ese encanto. ¿Por qué no iba a fijarse en ella ese tal Alan? Lo peor es que era muy atractivo. Cualquiera mujer que tuviera ojos lo vería, incluida Alexia, y eso hacía que los tentáculos de los celos se retorcieran en su interior, quemándole las entrañas.

—Raúl...

Raúl se giró. Graciela estaba a su espalda con los brazos en jarra.

—Dime —dijo él.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —le preguntó con malas pulgas.

—Esperar a que se hagan las pruebas de ADN para confirmar que Alexia Durán es hija de...

—¡Esa muerta de hambre no es hija de mi padre! —le cortó secamente Graciela.

—Eso lo decidirá la prueba de ADN —apuntó Raúl en tono tajante. Estaba cansado de los gritos, del mal humor y de los numeritos de niña malcriada de Graciela.

—Las pruebas no van a confirmar nada. Eso es solo una patraña de esa zorra. Una jodida patraña. ¿Es que estamos locos? —Raúl miraba a Graciela con los ojos entornados mientras respiraba hondo y se armaba de paciencia—. ¿En qué cabeza cabe que esa *pintas* pueda ser una Malasaña? ¿En qué maldita cabeza?

Andrés se acercó a su hermana.

—Graciela, por favor, cálmate —le pidió, a punto de sacar la voz de quicio.

Aquella amonestación provocó aún más la ira de Graciela.

—¿Que me calme? ¿Que me calme? —siseó entre dientes—. ¿Es que a vosotros no os corre sangre por las venas?

—Graciela, no es el momento ni el lugar —intervino Leonor.

—Mamá, por Dios, para ti nunca es el momento ni el lugar.

—Ya basta de dar voces, hermanita —terció Leonardo, que estaba tan harto de

los gritos y de los numeritos de su hermana como lo estaba Raúl—. Ya hablaremos de todo esto en casa.

La agarró del brazo con la intención de sacarla del juzgado, pero Graciela dio un tirón y se soltó.

—¡Suéltame! —dijo—. Tú no eres más que un judas. Te ha faltado tiempo para prestarte voluntario para hacerte la prueba de ADN.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Prefieres que exhumen el cuerpo de papá? ¿Eso es lo que quieres? —la presionó Leonardo.

—No. Maldita sea, no —negó Graciela con vehemencia—. Lo único que quiero es que esa muerta de hambre se muera —afirmó.

Raúl levantó los ojos como si acabara de recibir un latigazo. Apretó los dientes.

¿Es que Graciela no tiene límite? ¿Hasta dónde llega su odio por Alexia?

—Deja de decir esas cosas —la reprendió Andrés—. Te va a oír alguien —repuso, mirando a un lado y a otro para comprobar que nadie la había escuchado.

Graciela bufó y se sacudió la melena de forma airada, pero al menos se calló. Andrés aprovechó que su hermana había dejado de vocear para mirar a Raúl.

—¿Qué va a pasar ahora? —dijo, retomando la pregunta que había hecho Graciela unos minutos antes.

Durante unos segundos, Raúl sopesó las palabras que iba a decir, para evitar que Graciela volviera a tener un brote de histeria como el que acababa de presenciar.

—Se fijará un día para que acudan al laboratorio tanto Leonardo como Alexia y se procederá a realizar el test genético. Cuando se tengan los resultados, el juez determinará una nueva fecha para la celebración del juicio —le informó.

—¿Cuánto tardaremos en saber los resultados de la prueba de ADN? —quiso saber Andrés.

—Unos quince días hábiles aproximadamente —respondió Raúl.

—¿Así que toca esperar?

—Sí.

—Bien, pues esperaremos —intervino Leonardo, intentando dar por zanjado el

tema. Por lo menos de momento, porque sabía sobradamente que el asunto iba a traer cola, una cola muy, muy larga.

CAPÍTULO 45

—¿Habéis visto la cara de los Malasaña cuando Alan ha pedido que se aplazara el juicio hasta que las pruebas de ADN confirmen que Alexia es hija de Francisco Malasaña? —comentó Jimena, montadas ya en el coche de camino a casa—. ¡Oh, Dios! ¡Ha sido apoteósico! —exclamó, con una sonrisa que se extendía en su rostro de oreja a oreja—. Les ha tenido que sentar como una patada en los huevos. ¿Y Graciela? —continuó—. Esa mujer está psicótica. Vaya loca de mis narices.

—Jimena, no hables así —la reprendió Valeria, mirándola por el espejo retrovisor—. No deja de ser la hermana de Alexia.

Alexia soltó una risotada seca y desdeñosa.

—Graciela no es nada mío, aunque nos corra la misma sangre por las venas —se apresuró a decir—. Nada más que veas cómo me ha tratado en la sala del juzgado. Ni siquiera saber que podemos ser medio hermanas ha hecho que se conmueva.

—Tampoco creo que a Andrés y a Leonardo les haya sentado muy bien la noticia de que tienen otra hermana—apuntó Valeria.

—Pues seguro que no. Pero al menos ellos se han mantenido callados. No echando serpientes por la boca —arguyó Alexia—. Jimena tiene razón. Graciela está a un paso del diván de un psiquiatra.

—Hubo un momento que te juro que pensé que la cabeza comenzaría a darle vueltas como a la niña del exorcista —bromeó Jimena.

—Yo también —dijo Alexia—. ¿Te la imaginas soltando espuma por la boca y caminando marcha atrás haciendo el pino puente?

—Sí, y dirigiéndose hacia el juez, al que tenía hartos con tanto escándalo. El pobre tenía una cara de mártir.

Alexia hizo una cruz con los dedos índices de las manos.

—*Vade retro, Satán* —le hubiera dicho el juez—. *Vade retro*.

Jimena se echó a reír y Alexia la acompañó sin poder contenerse.

—Niñas...

Valeria trató de amonestarlas, pero fue en vano, porque Jimena y Alexia no podían parar de reír. Y mejor que a nadie, a Alexia le venía bien reír, para soltar todos los nervios que había tenido durante el juicio y después, cuando Raúl se había acercado para hablar con ella. Necesitaba deshacerse del estrés. La mañana había sido muy dura.

Mientras Valeria buscaba aparcamiento, Alexia y Jimena se fueron a comprar el pan al establecimiento habitual.

—¿Sabes que cuando Alan se ha ido a hablar con el procurador y me he quedado sola, Raúl se ha acercado a mí? —le comentó Alexia a su hermana, haciendo cola hasta que les llegara su turno.

—¿Y qué quería? —preguntó Jimena, cuya curiosidad había crecido como la espuma en solo una décima de segundo—. ¿Iba a disculparse?

Alexia alzó los hombros.

—No lo sé —respondió—. Alan volvió en esos momentos y me fui con él.

—¿Y tú crees que iba a pedirte perdón por haberte tratado como si fueras...?

—¿Una puta? —terminó de decir Alexia.

—Sí.

Se adelantaron un par de pasos.

—No lo creo, la verdad —respondió Alexia—. No se nos puede olvidar que estamos hablando de Raúl Montenegro, el paradigma de la vanidad y la soberbia.

—Pues yo sí creo que te quería pedir perdón. Te ha tratado muy mal con todo eso de que eras la amante de Francisco Malasaña.

—Raúl Montenegro no parece un hombre acostumbrado a pedir perdón.

—Entonces, ¿para qué se acercó a ti después de la vista del juicio, si no era para disculparse?

Alexia volvió a encogerse de hombros al tiempo que la cola de la panadería avanzaba.

—Seguramente para insultarme, o para decirme que me he inventado todo esto de que soy hija de Francisco Malasaña —dijo.

—Alexia, no seas tan retorcida —refutó Jimena.

—Buenos días, jovencitas —las saludó el panadero. Un hombre que rondaba los sesenta años, no muy alto y con el pelo canoso.

—Buenos días, Sebastián —correspondieron ellas.

—¿Os pongo lo de siempre? —preguntó él.

—Sí, por favor, un par de chapatas, como todos los días.

—No muy hechas, ¿verdad?

—No, ya sabes que nos gustan blanquitas —intervino Jimena.

—¿Has visto la pitanza que tienen los donuts? —comentó Alexia.

—¡Madre mía!

—Están diciendo: ¡Cómeme!

—¿Compramos un docena?

—Por supuesto.

—Sebastián, ¿nos pones una docena de donuts?

—Que buen ojo tenéis, jovencitas. Los acabamos de hacer —dijo Sebastián.

—Mmmm... Por eso huelen que alimentan —anotó Alexia.

Sebastián contó doce donuts y con las pinzas los hecho en una bolsa.

—Aquí tenéis —dijo, cogiendo los donuts y las chapatas y dándoselos a Jimena.

Alexia tendió un billete de cinco euros para que Sebastián se cobrara.

—Gracias —dijo, cuando le dio la vuelta.

—Hasta mañana —se despidió él.

—Hasta mañana.

—No sé si voy a ser capaz de aguantar sin comerme uno —dijo Jimena cuando salieron de la panadería.

—Tendrás que hacerlo, si no quieres que mamá te mate —bromeó Alexia.

Se detuvieron en el borde de la acera, miraron a derecha y a izquierda y cuando no pasaban coches, cruzaron la calle. Valeria les esperaba al pie del portal.

—Mira, mamá, hemos comprado donuts —dijo Jimena, levantando la bolsa y mostrándosela a su madre.

—A los donuts sí que les digo yo eso de *Vade retro, Satán* —bromeó Valeria, buscando las llaves en el bolso—. Son completamente incompatibles con mi dieta.

—Pero, ¿y lo buenos que están? ¿Eh? ¿Eh? —dijo Alexia. Abrió la bolsa y dejó que el delicioso olor saliera para que inundara las fosas nasales de su madre—. ¿No te apetece uno, mami?

—No.

—¿Ni siquiera un trocito? —insistió Alexia de buen humor.

—Venga, mamá, un mordisquito de nada —dijo Jimena, siguiendo la broma.

—¡Ya! No me torturéis más, por favor —suplicó Valeria.

Las tres rieron al unísono mientras entraban en el portal.

CAPÍTULO 46

—Mamá, ¿qué posibilidades hay de que esa muerta de hambre pueda ser hija de papá? —le preguntó Graciela a su madre, nada más de llegar a casa y quedarse a solas con ella.

Entre Graciela y Leonor siempre había existido un vínculo especial que no existía ni con Andrés ni con Leonardo.

Todas, pensó Leonor con rabia para sí.

—No lo sé —respondió, sin embargo, en alto.

—¿No lo sabes? ¿No lo sabes? —repitió Graciela, sin dar crédito—. ¿Acaso una mujer es tan tonta como para no darse cuenta cuando su marido la engaña con otra? ¡Por todos los santos, mamá!

La mirada de Leonor se achinó. Un abanico de arruguitas afloraron alrededor de sus ojos castaños, pese a la cirugía estética que se había hecho años atrás para tratar de paliar el efecto del paso del tiempo en su piel.

—No podemos dejar que Leonardo se haga la prueba de ADN —dijo de repente, abandonando en el aire el interrogatorio de Graciela.

—Claro que no...

Leonor levantó la vista y la clavó en su hija. Sus ojos parecían dos dagas afiladas.

—Te la tienes que hacer tú —aseveró.

Graciela contrajo el ceño con gravedad. Su rostro se mostraba incrédulo ante lo que estaba diciendo su madre. ¿Ella? ¿Hacerse la prueba de ADN? ¿De dónde había sacado esa absurda idea?

—¡¿Qué?! ¡¿Te has vuelto loca o qué?! Ni muerta me haré esa maldita prueba

—saltó.

Leonor dio un contundente paso hacia Graciela y le cogió el brazo con fuerza.

—Tienes que seguir mis indicaciones —le ordenó sin que su tono dejara lugar a dudas—. Tienes que hacer lo que te digo.

La expresión de Leonor era hermética, impenetrable como un pozo cerrado y profundo, incluso siniestra.

Graciela sintió un escalofrío en la espalda.

—Pero... ¿por qué? —alcanzó a preguntar.

Estaba profundamente confundida. Sabía que su madre tenía mucho carácter, pero nunca la había visto así.

—Tú solo haz lo que te digo. Habla con Leonardo y dile que serás tú quien se haga la prueba de ADN.

—No entiendo por qué, mamá. No...

Leonor apretó con fuerza el brazo de Graciela, clavándole las uñas en la carne. Graciela se calló de golpe.

—Haz lo que te digo —volvió a repetirle en un tono que exigía ser obedecido.

—Está bien —accedió finalmente Graciela—. Pero suéltame, me haces daño —se quejó.

Leonor la soltó. Seguidamente irguió su figura delgada y arrogante, aparentando ser la mujer distinguida que siempre había sido.

Graciela no entendía en absoluto la reacción que estaba teniendo su madre ante aquel espinoso tema. ¿Por qué demonios quería que fuera ella y no Leonardo quien se hiciera la dichosa prueba de ADN? ¿Qué razón había para ello? ¿Por qué se mostraba tan nerviosa? ¿Tan ansiosa? ¿Por qué no era capaz de mantener las formas? ¿Qué ocultaba?

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Por qué quieres que me haga yo la prueba? —le preguntó mientras se masajeaba el brazo. Tenía que intentar sacarle toda la información que fuera posible. La curiosidad la estaba matando.

—Primero haz lo que te digo, después te daré las explicaciones pertinentes —aseveró Leonor, que no estaba por la labor de abrir la boca.

Graciela la miró durante unos instantes y finalmente asintió. Su madre no le

contaría nada. La conocía bien. Lo único que podía hacer era seguir su orden.

—No te preocupes, hablaré con Leonardo y le diré que seré yo quien se va a hacer la prueba.

—Bien —masculló Leonor.

Raúl llegó a casa agotado, como si hubiera corrido la San Silvestre Vallecana; la carrera que cada 31 de diciembre congrega a más de cuarenta mil personas por las calles de Madrid desde 1964.

La vista del juicio con Alexia le había descolocado por completo.

Necesitaba un trago para calentarse la sangre de algún modo.

Se dirigió a la cocina y abrió una botella de vino. Un Rioja del 2000. Cogió una copa del estante y se sirvió un poco. Cuando volvió al salón, se sentó frente a la ventana, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y las apoyó en el alféizar.

El cielo se había cerrado repentinamente con unas inesperadas nubes de aspecto plomizo, y desde hacía un rato llovía sin cesar.

Raúl se retrepó en el sillón y se refugió en la oscuridad grisácea y melancólica que se filtraba desde la calle. Lentamente, se llevó la copa a los labios y dio un sorbo, mientras dejaba que sus ojos vagaran por la estampa envuelta en gotas de agua que se veía al otro lado del cristal.

—Cómo han cambiado las cosas... —se dijo en tono medio—. ¿Cómo es posible que la situación haya dado un giro de ciento ochenta grados del modo que lo ha hecho? Alexia hija de Francisco Malasaña...

Se pasó la mano por el pelo y lanzó al aire un suspiro.

—He metido la pata hasta el fondo —susurró apesadumbrado—, y he hecho tanto daño a Alexia con mis insinuaciones, con mis ataques... Dando a entender que era una vendida, una interesada, incluso una...

No se atrevió a pronunciar la palabra que le atravesaba ese momento la cabeza.

—He sido tan ruin.

Bajó los pies al suelo e inclinó el cuerpo hacia adelante. La silueta de su figura se recortaba negra contra el gris ceniciento que desprendía la atmósfera. Se sentía abrumado, incluso estaba enfadado consigo mismo. Aquel error era imperdonable.

—Dudo muy seriamente que Alexia pueda perdonarme algo semejante —se dijo—. ¡Joder! ¿Cómo he podido ser tan idiota? ¿Cómo es posible que me haya dejado llevar por las apariencias sin pensar que había otra posibilidad? La posibilidad de que Alexia fuera hija de Francisco Malasaña.

Raúl se pasó parte de toda la tarde dándole vueltas a eso. Sin prestar atención a que existía el riesgo real de perder el juicio. Si finalmente la prueba de ADN arrojaba que efectivamente Alexia era hija biológica de Francisco Malasaña, tenía derecho a la herencia legítima como descendiente directo de él que era, es decir, que le correspondía un tercio de su fortuna. Sí o sí. La ley la amparaba como tal. No se podría impugnar el testamento ni tendría lugar ningún tipo de demanda.

Aunque, ¿qué importaba eso cuando Raúl tenía la sensación de que estaba en juego algo más? Pero, ¿el qué?

Caía la tarde en Madrid y la noche comenzaba a tomar protagonismo cuando el móvil de Raúl sonó. Lo sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta y lo descolgó.

—Dime, Jorge...

—No te he podido llamar hasta ahora. He estado liado... ¿Cómo ha ido el juicio? —le preguntó.

—No muy bien —respondió Raúl.

—¿Por qué?

—Alexia y su abogado se han sacado un As de la manga que nadie se esperaba.

—¿Me lo vas a contar de una vez o voy a tener que esperar a enterarme por la prensa? —le apremió Jorge.

—Alexia es hija de Francisco Malasaña —soltó Raúl a bocajarro.

—¿Cómo dices? —Jorge estaba visiblemente asombrado—. ¡No me jodas! —exclamó—. Eso no es un As bajo la manga, eso es un órdago a grande.

—Gracias —se burló Raúl.

—Lo siento —se disculpó Jorge—. Y dime: ¿cómo se lo han tomado los

Malasaña?

—Pues, imagínate... Aún no está confirmado. El abogado de Alexia ha pedido que se aplase el juicio hasta tener los resultados de la prueba de ADN que confirme que Alexia es hija del difunto Malasaña. Pero para mí, y creo que en el fondo para todos, es un hecho. Nadie jugaría una carta de ese calibre si no es verdad.

—¿Y cómo está el juicio de cara a los Malasaña, si finalmente se confirma que Alexia es hija de Francisco?

—Perdido.

La voz de Raúl sonó rotunda.

—¿No hay ninguna posibilidad?

—No.

—Vaya... ¿Y cómo llevas tú que vaya a ser el primer caso que no ganes? —preguntó Jorge.

—¿La verdad? Me da igual —respondió Raúl.

—¿Lo dices en serio?

Jorge estaba extrañado. Sabía lo importante que era para su hermano su carrera y la imbatibilidad de casos ganados —casi de récord—, que engordaba su fabuloso currículum.

—Sí. Lo que me preocupa no es mi papel como abogado. No en este caso. Sino mi papel delante de Alexia. Todo este tiempo la he tratado como si fuera la amante de Francisco Malasaña y ha resultado ser su hija. ¡Su hija! ¿Te das cuenta de hasta dónde he metido la pata? ¿Del daño que he hecho a Alexia con mi trato?

Raúl sonaba apesadumbrado. Jorge notó a través del teléfono la desazón que atenazaba la voz de su hermano.

—Todo el mundo se equivoca. Somos humanos —comentó para animarlo.

—Tengo la sensación de que este error es irreparable. Los celos me comían y la traté como si fuera una... —Raúl se interrumpió súbitamente—. ¡Maldita sea, no soy capaz ni de pronunciar la palabra!

—Vale —le cortó Jorge, para que no siguiera castigándose de esa manera—. Habla con Alexia. Explícale las cosas y el porqué de tu comportamiento —le

aconsejó.

—Ya lo he intentado y no quiere hablar conmigo.

—Pues sigue intentándolo. ¿Desde cuándo los Montenegro nos rendimos a la primera de cambio?

—No sé... No...

—¡Por Dios, Raúl! Esa chica te gusta hasta las trancas. ¿La vas a perder así por así?

Raúl suspiró a través del teléfono, intentando calmarse y liberar la tensión que había ido acumulando durante todo el día. Estaba tan confundido... Era la primera vez en su vida que una mujer lo tenía en aquel estado de desconcierto, entre otras cosas. Jorge volvió a tomar la palabra.

—Date una ducha, Raúl. Relájate. En frío las cosas se ven de otra forma.

—Gracias, Jorge.

—Anda, hazme caso.

Raúl asintió para sí.

—Te haré caso, no te preocupes —murmuró.

—¿Te veo mañana y hablamos más detenidamente de esto?

—Sí.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

Raúl colgó la llamada y durante unos segundos reflexionó sobre las palabras de Jorge, mientras dejaba que la mirada se perdiera en un punto impreciso de la nada que se desdibujaba por la lluvia al otro lado de la ventana. El salón estaba sumido ya en las sombras que componían la noche y que solo permitían intuir el contorno de las cosas.

Un rato después, Raúl se movió por fin del sillón. Se levantó y bajo la tenue claridad del resplandor de la luna, arrastró los pies hasta el cuarto de baño. Iba a seguir la recomendación de su hermano. Una ducha con agua caliente no le vendría mal.

CAPÍTULO 47

Raúl salió de la ducha con una toalla atada a la cintura. Enfiló los pasos hacia el armario, lo abrió y escogió algo cómodo que ponerse. Mientras se vestía frente al espejo, la imagen de Alexia viraba a un extremo y a otro de su cabeza.

Tenía sensaciones encontradas. Por un lado, sentía un inmenso alivio de que finalmente fuera hija de Francisco Malasaña y no su amante. Esa posibilidad lo estaba desquiciando, por lo que significaba y por la clase de persona en que la convertía a ella. Por otro estaba el trato al que él mismo la había sometido debido a esa confusión.

Había sido un estúpido. Pero de nada valía ahora lamentarse.

Y luego estaba Alan de la Torre. Raúl estaba convencido de que Alexia le gustaba.

—Solo hay que ver cómo la mira —se dijo.

Los celos volvieron a hacer de las suyas en su interior.

Relájate, Raúl, se aconsejó a sí mismo mientras se metía la camiseta por el pantalón.

Durante unos segundos se miró directamente a los ojos y se sostuvo la mirada a través del reflejo que le devolvía el espejo. Los pensamientos atravesaban su mente vertiginosamente.

—Quizás lo mejor es coger el toro por los cuernos —susurró, haciendo gala del dicho popular español.

Se pasó las manos coquetamente por el pelo para levantarlo un poco y se giró sobre sus talones. Siguiendo un impulso, salió de la habitación, cogió las llaves de encima del aparador del hall, abrió la puerta y se fue.

Sofía levantó los ojos del libro y cogió el teléfono, que desde hacía un rato sonaba insistentemente, aunque estaba tan concentrada estudiando que no lo estaba oyendo.

—¡Eva! —dijo con voz alegre al descolgar.

—Ya iba a dejar de insistir —afirmó Eva con buen humor—. Pensé que no lo ibas a coger.

—Ay, lo siento... —se disculpó Sofía—. Es que estoy estudiando y pierdo la noción del tiempo.

—Ya veo, ya... ¿Qué tal lo llevas?

—Este primer mes ha sido un poco lioso hasta que me he organizado, pero ahora muy bien.

—Me alegro tanto de que hayas retomado tus estudios.

—La verdad es que nunca pensé que acabaría estudiando una carrera y reconozco que Lengua y Literatura Hispana me encanta —comentó Sofía en un tono que no podía ocultar su entusiasmo.

—El cabrón de Carlos nunca te lo hubiera permitido —dijo Eva.

—No, hubiera puesto el grito en el Cielo.

—Si solo pusiera el grito en el Cielo... —La voz de Eva se fue apagando poco a poco—. Pero Jorge es distinto —dijo alegre.

—¡Y tan distinto! —exclamó Sofía—. Jorge no solo me apoya, sino que fue él el que me dio la idea.

—Estáis tan enamorados... ¡Qué envidia! Pero de la sana, ¿eh? —bromeó Eva.

Las dos estallaron en carcajadas.

—Dejemos de hablar de mí y hablemos de ti —se arrancó a decir Sofía—. Dime, ¿qué tal te va por tierras londinenses?

—No me puedo quejar... Pero echo de menos Madrid —respondió Eva con voz de añoranza—. El jamoncito, la paellita, la cervecita, el tapeo, la fiesta... Mmmm...—enumeró mientras la boca empezaba a salivarle.

—¿Por qué será que te creo?

—Porque como España no hay dos.

—Bueno, tienes que aprovechar tu estancia allí. Es una oportunidad que te has ganado a pulso —la animó Sofía.

—Tienes razón. No creo que se me vuelva a presentar otra oportunidad así. —Eva hizo una breve pausa—. ¿Sabes que echo también de menos?

—¿Qué?

—A los chicos. Aquí son tan blanquitos, tan rubitos, con la piel tan sonrosadita... Necesito ver ya un maromo ibérico de esos nuestros, de pelo en pecho, que te pongan mirando a Cuenca.

—Qué explícita eres —rio Sofía, imaginándose a Eva gesticulando sin parar al otro lado del teléfono, como era su costumbre.

—Bueno..., en realidad a quien necesito ver es a Adrián —se sinceró Eva—. Sofía, ¿sabes algo de él? —le pregunto sin poder contenerse—. ¿Cómo le va en Nueva York?

—Bien. Está muy contento —le informó Sofía, que sabía lo que estaba empezando a sentir su amiga por Adrián—. Por lo que me cuenta Jorge, el proyecto va viento en popa a toda vela.

—Me alegro mucho por él. Se lo merece, porque ha trabajado muy duro.

En esos momentos la puerta de casa se oyó y unos segundos después Jorge apareció en el salón. Sofía le recibió con una cálida sonrisa.

—Hola, mi niña —la saludó Jorge.

—Hola, mi amor. —Jorge se acercó a Sofía y le dio un fugaz beso en los labios—. Estoy hablando con Eva —le dijo Sofía.

—Hola, Eva —dijo Jorge, levantando la voz para que Eva pudiera oírle claramente al otro lado del teléfono.

—Hola, Jorge —respondió ella.

—Voy a ducharme —le dijo después a Sofía.

—Vale.

Jorge salió del salón y enfiló las escaleras que le llevaban al segundo piso.

Cuando Sofía se quedó sola, volvió a retomar el tema de Adrián.

—Eva, no te preocupes, Adrián solo va a estar fuera tres meses, y uno y medio ya ha pasado —la animó—. Además, tú también estás fuera de España.

—Ese es el problema —atajó Eva—. ¿Por qué él se ha tenido que ir a Nueva York y yo a Londres precisamente ahora? ¿Ahora que nos estábamos conociendo? —se lamentó.

—Esas cosas pasan. Pero ya verás que cuando regreséis, retomaréis el contacto.

—Ay, ¿tú crees?

—Claro que sí.

—¿Y si conoce a una neoyorkina de esas delgadas, rubísimas y estilósísimas y se queda allí? —planteó Eva.

—Adrián siempre ha mostrado interés por ti desde el día que te conoció.

—Ya, pero...

—Pero nada —cortó Sofía con suavidad—. Adrián ha ido a Nueva York a trabajar y, conociéndolo como lo conozco, seguro que no tiene tiempo para nada más.

—Ay, ¿tú crees? —volvió a preguntarle Eva.

—Por supuesto. Ten un poco de paciencia y aprovecha tu beca Erasmus y tu estancia en Londres. Ya verás que antes de que te des cuenta, estarás de regreso.

—Ojalá sea así. Mantenme informada de cualquier cosa que pase con Adrián, por favor —le pidió Eva.

—Tranquila, lo haré. Ya sabes que tengo información de primera mano —apuntó Sofía en tono distendido.

—Si te enteras de que alguna neoyorkina le está haciendo tilín, me lo dices —bromeó Eva—. Te juro que soy capaz de coger un vuelo hasta allí y presentarme en plena Quinta Avenida.

Sofía rió.

—No será necesario —dijo entre risas.

—Por si acaso...

—Anda, disfruta de Londres y de esta experiencia que estás viviendo —la animó Sofía.

—Y tú estudia mucho.

—Vale.

—Que sepas que te echo de menos —dijo Eva con voz ñoña.

—Y yo a ti. Mucho —afirmó Sofía.

—Y también echo de menos nuestros miércoles de poesía en el Marimba Café Bar...

—El Marimba Café Bar no se va a mover de su sitio, así que cuando vuelvas a Madrid, retomaremos nuestra vieja costumbre.

—Muchas gracias por animarme. Lo necesitaba —le agradeció Eva.

—Para eso están las amigas. Ya sabes que puedes llamarme todas las veces que quieras y a la hora que quieras.

—¿Sabes que te adoro?

—Sí, tanto como yo te adoro a ti.

—Tengo que irme a cenar —anunció Eva—. Te llamo en otro momento.

—Cuando quieras.

—Un beso, Sofía.

—Un beso, Eva.

CAPÍTULO 48

—¿De verdad que no quieres venir a darte una vuelta? —preguntó Jimena a Alexia, apoyada en el marco de la puerta de su habitación—. Has tenido un día lleno de emociones. Te conviene desconectar.

—Me encantaría —respondió Alexia—. Pero con todo lo del juicio no he podido acabar los bocetos que tengo que presentarle mañana al profesor Frazer para la asignatura de Proyectos de Estilismo, y no quiero granjearme otra regañina. Últimamente ando un poco despistada con su clase —explicó. Jimena enarcó las cejas—. He llegado tarde varios días —aclaró Alexia.

—Está bien —accedió Jimena—. Pero la próxima no te libras —añadió, apuntándola con el dedo índice.

—Lo prometo —dijo Alexia.

Jimena se adelantó un par de pasos, alargó los brazos y estrechó a su hermana contra ella.

—Te quiero, pequeñaja —apuntó cariñosamente.

—Solo me sacas dos años —se quejó Alexia, que no le gustaba que le llamara así—. Además, soy cuatro centímetros más alta que tú.

—Da igual. Para mí siempre serás mi pequeñaja —dijo Jimena.

Alexia lanzó al aire un suspiro, resignada. Había cosas que no iban a cambiar nunca.

—Pásatelo bien —le deseó Alexia cuando deshicieron el abrazo.

—Y tú, dale duro a esos bocetos. Seguro que creas unos diseños maravillosos.

—Gracias.

—Mañana te veo —se despidió Jimena.

—Ciao.

Jimena salió de la habitación de Alexia, dejándola sola. Se giró sobre sus talones y se sentó en la silla de estudio, dispuesta a continuar con el diseño que tenía entre manos. Oyó cómo la puerta de casa se cerraba al final del pasillo.

Sin poder resistirse a la tentación, abrió la bolsa de los donuts, cogió uno y le dio un bocado.

—Dios santo —murmuró, relamiéndose y poniendo los ojos en blanco—. Estos donuts están de muerte.

El timbre sonó. Chasqueó la lengua.

—¿Qué se le habrá olvidado a Jimena?

Se levantó, atravesó el pasillo y abrió la puerta.

—Se me ha olvidado la cartera —se adelantó a decir Jimena, antes de que Alexia le preguntara.

Alexia sacudió la cabeza mientras esperaba con la puerta abierta. Dio otro bocado al donuts.

—Gracias —dijo Jimena.

—Anda vete —sonrió Alexia mientras masticaba.

Jimena salió y Alexia cerró la puerta. Antes de llegar a su habitación, el timbre volvió a sonar.

—No me lo puedo creer. ¿Qué coño se le habrá olvidado ahora? —refunfuñó.

Deshizo los pasos hasta la puerta y abrió de nuevo.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —se disculpó Jimena—. Las llaves —dijo, arrugando la nariz.

—No puedo contigo —bromeó Alexia—. Un día vas a perder la cabeza.

—Lo sé... —dijo Jimena, cogiendo las llaves del aparador—. Que aproveche —añadió.

Antes de que Alexia pudiera reaccionar, se lanzó al donuts y le dio un mordisco.

—¡Jimena!

—No me he podido resistir —se excusó mientras masticaba.

—Lárgate —dijo Alexia.

—Está bien. Ya me voy, ya me voy...

La puerta se cerró tras Jimena y la casa quedó en silencio. Alexia volvió a darse la vuelta. Estaba a punto de llegar a la habitación cuando el timbre sonó por tercera vez.

—¡No puede ser! —bufó exasperada—. ¿Pero qué se le ha olvidado ahora?

Se giró bruscamente y caminó por el pasillo como si quisiera taladrar el suelo con los pies.

—¿Es que vas a tenerme así toda la noche? —voceó, para que Jimena pudiera oírla al otro lado de la puerta. —. ¡Si sigues así voy a emparedarte en el muro del cuarto de baño para que huelas todas nuestras cacas sin que te puedas mover! — Rodeó el pomo con la mano que tenía libre y abrió—. ¿Me has oído...?

Su voz se apagó de golpe. Los ojos se agrandaron y la mandíbula estuvo a punto de descolgársele hasta el suelo. Durante unos segundos tuvo la sensación de que el corazón se había detenido y de que había dejado de latir.

—Raúl... —alcanzó únicamente a articular.

Tragó saliva y notó una especie de debilidad en las rodillas que la dejó sin fuerzas.

—Espero que no —dijo él.

Alexia sacudió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó, sin entender.

—Lo de emparedarme en el muro del cuarto de baño para oler todas vuestras cacas —respondió Raúl con media sonrisa en los labios.

Alexia se sonrojó violentamente.

¿No he podido hacer otra broma?, se regañó para sus adentros.

—Oh, es que pensé... pensé que eras mi hermana —se justificó—. No se le dejan de olvidar cosas: la cartera, las llaves... Un día se va a dejar la cabeza.

Se ve preciosa cuando se ruboriza, pensó Raúl.

—Pues espero que a tu hermana tampoco la emparedes. Por lo menos no en el cuarto de baño —bromeó en voz alta—. Eso es muy sádico.

Alexia se echó a reír. Pese a que el diálogo estaba siendo de besugos, sirvió para romper el hielo entre ambos. Si no, probablemente se hubiera tirado a la yugular de Raúl.

—¿Puedo... pasar? —preguntó Raúl en tono cauteloso.

—Sí..., claro. Adelante —respondió Alexia de forma mecánica.

Se echó a un lado con el donuts a medio comer en la mano y le cedió el paso.

No me lo puedo creer. ¿Qué hace aquí? ¿A qué ha venido?, se preguntó en silencio al tiempo que Raúl pasaba justo a su lado y entraba en casa. *¡Dios, huele de maravilla!*, observó.

—Tal vez te pilló en un mal momento —comentó Raúl, girándose hacia ella.

—No..., bueno... estaba bocetando unos diseños —dijo Alexia cuando tuvo capacidad de reacción. Seguía sin creerse que Raúl Montenegro estuviera allí, plantado en mitad del pasillo de su casa.

Estaba extraordinariamente atractivo —o eso le parecía—, vestido con unos pantalones vaqueros ceñidos y una camiseta blanca ligeramente ajustada, pero sin marcar. Aunque los pectorales se notaban contra el algodón.

Nunca le había visto vestido de manera informal y reconoció que el traje le sumaba seriedad. Así le parecía algo menos intimidante, incluso menos agresivo, aunque su figura y sus rasgos masculinos le seguían imponiendo en cierta manera.

—¿Estás sola? —curioseó Raúl.

—Sí, mi hermana se acaba de ir a dar una vuelta con las amigas y mi madre tiene que quedarse esta noche con la señora que cuida —dijo Alexia. Se movió incómoda en el sitio—. ¿Qué haces aquí, Raúl? —le preguntó.

—Me gustaría hablar contigo —respondió él en un tono ya sin rastro de humor.

—¿Hablar de qué?

—Quiero pedirte disculpas.

Alexia enarcó las cejas.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Raúl Montenegro ha venido a disculparse?

CAPÍTULO 49

—No me he portado contigo de una manera muy... caballerosa, que digamos — continuó hablando Raúl—. Lo sé muy bien, Alexia. De hecho, soy consciente de que te he tratado como un capullo.

—Más bien como un cabrón —matizó Alexia.

—Sí, como un cabrón —le dio la razón Raúl—. Y creo que como mínimo te mereces una disculpa por mi parte.

Alexia se mordió el labio superior, nerviosa.

—No sé qué decir... —murmuró desconcertada. Alargó el brazo, dejó lo que quedaba del donuts sobre el aparador y se limpió ligeramente las manos.

—Sé que te he hecho daño...

—Sí —asintió Alexia. Se colocó el pelo detrás de las orejas—. Desde que empezó todo esto he sufrido mucho y desde luego tú has contribuido bastante a ello. Sobre todo porque no entendía por qué me atacabas del modo en que lo hacías. Yo no te había hecho nada.

A Raúl se le encogió el corazón al escuchar sus palabras en el tono apesadumbrado en que las pronunciaba.

—Alexia, ¿por qué no me dijiste que eras hija de Francisco Malasaña cuando yo te atacaba diciendo que eras su amante? —le preguntó.

—Porque mi madre me hizo jurar que nunca lo diría. Quería evitarme sufrimientos y disgustos —respondió—. Ella mejor que nadie conoce a los Malasaña y sabe cómo se las gastan —añadió. Alexia levantó la vista y miró fijamente a Raúl con sus aterciopelados ojos azul oscuro—. Aunque creo que tú también lo sabes... Supongo que debes de conocer muy bien a Graciela. —En su voz había un deje de reproche.

—¿Graciela?

—Sí. Estás saliendo con ella, ¿no?

—¿Yo? ¿Saliendo con Graciela? Una cosa es que sea mi cliente y otra muy diferente es que esté con ella —explicó Raúl.

Alexia sintió un profundo alivio.

—Entonces, ¿por qué la acompañaste al cementerio? —quiso saber.

—Eso fue un error por mi parte —reconoció Raúl—. Sinceramente, no sé decirte el motivo por el que la acompañé, pero te aseguro que no tiene nada que ver con que esté saliendo con ella. Antes me dejaría morder las manos por media docena de pirañas —dijo en tono distendido.

Alexia apretó los labios intentando reprimir la risa, pero no pudo y terminó soltando una pequeña carcajada. Su rostro se iluminó.

—Lo digo en serio. Graciela es insufrible —comentó Raúl.

Durante unos instantes, sus ojos se perdieron en Alexia. Estaba preciosa con el pelo suelto y ligeramente despeinado. Llevaba un pantalón vaquero negro y una camiseta de algodón de manga corta de color rosa. No estaba maquillada y la piel al desnudo destacaba las pecas que salpicaban su rostro y acentuaba la sensualidad de sus labios rojizos. Advirtió que no tenía puesto sujetador y aquello despertó el deseo en él.

El aspecto desenfadado, natural e inocente de Alexia lo sedujo de inmediato. Tuvo que hacer un ingente esfuerzo para no empujarla contra la pared y besarla.

—Por fin te he hecho sonreír —comentó, aguantándose las ganas.

La sonrisa de Alexia se amplió en sus labios. Raúl alargó el brazo y con el dedo, le quitó una viruta de azúcar glas que tenía en la comisura de la boca. Alexia se quedó paralizada mientras seguía el movimiento de su mano.

—Tenías un poco de azúcar —le dijo Raúl.

—Oh...

Raúl se llevó el dedo a los labios y lamió la viruta de azúcar que le acababa de quitar. Alexia lo miraba con ojos asombrados.

¿Acaba de hacer lo que veo que acaba de hacer, o estoy alucinando? ¡Joder, qué sexy!

Raúl le dirigió una mirada ladina

Como si su cuerpo tuviera voluntad propia, se acercó un par de pasos hacia ella, consciente de lo que iba a hacer, de lo que deseaba... La expresión de Alexia cambió y su respiración se aceleró en el interior del pecho; subiendo y bajando agitadamente.

—Ven aquí —susurró Raúl, atrayéndola hacia sí.

Alexia se dejó llevar. A Raúl no le pasó desapercibida cierta vacilación en ella, incluso notó su inseguridad. Pero él haría que cogiera confianza. No iba a besarla por la fuerza, como desatinadamente había ocurrido en la anterior ocasión. Tenía que cuidarla y enseñarle su cara amable.

Le levantó la barbilla con suavidad, inclinó la cabeza y acercó su boca a la de Alexia. Acarició sus labios con la lengua.

¡Joder!, exclamó.

Tenía una boca tibia, sensual, increíblemente sensual, y un sabor cálido y almibarado, como no había probado en ninguna otra chica. ¿Era posible?

Alexia se sintió desfallecer. Entreabrió los labios y dejó escapar un pequeño gemido. Raúl aprovechó para introducir la lengua en su boca y explorar cada recoveco de ella lenta y dulcemente. El corazón de Alexia latía tan deprisa que lo oía retumbar en las sienes.

Guiado por un impulso, Raúl sujetó su rostro con las manos y devoró la dulzura casi extasiante de su boca. La deseaba. La deseaba tanto...

Se echó hacia atrás para poder mirarla. Alexia suspiró.

—No sabes las ganas que tenía de volver a besarte —dijo Raúl.

—Raúl, yo...

—Shhh... —la silenció él, poniendo el índice sobre sus labios. Apoyó la frente en la de Alexia—. No digas nada. Déjame que te siga saboreando, por favor, por favor... —le pidió en un tono susurrante y voluptuoso.

Alexia volvió a suspirar.

Oh, Dios... Si me lo pides así.

Raúl enredó sus largos dedos en la melena sedosa de Alexia, acercó la nariz y aspiró el delicioso aroma a orquídeas que desprendía su pelo.

—Mi gatita pelirroja... —musitó en su oído.

Alexia no pudo contener una sonrisilla sonora al oír el modo en que la había llamado Raúl.

—¿Gatita pelirroja? —repitió.

Raúl también sonrió.

—Sí, eres como una gatita. —Rozó su oreja con los labios. El cosquilleo del aliento cálido hizo que Alexia se estremeciera—. Una gatita dispuesta a sacar las uñas si no me porto bien.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Alexia.

—Sí, lo sé. Lo sé muy bien —apuntó Raúl con ojos pícaros y doble intención.

Y sin mediar más palabra se lanzó a la boca de Alexia. Le mordió el labio inferior y tiró de él para sí.

—Raúl, espera... —murmuró Alexia de pronto—. Espera...

Raúl se separó de inmediato y dio un paso para atrás.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó con voz suave.

Alexia se quedó mirándolo durante un prolongado silencio mientras sopesaba la respuesta. En esos momentos su mente era un torbellino de emociones y, aunque una vocecita interior le decía que fuera cauta, decidió no escucharla.

—No —respondió finalmente con contundencia.

